

EL COLOR PÚRPURA

ALICE WALKER

No se lo cuentes a nadie más que a Dios.

A tu mamá podría matarla.

Querido Dios:

Tengo catorce años. Soy. He sido siempre buena. Se me ocurre que, a lo mejor, podrías hacerme alguna señal que me aclare lo que me está pasando.

La otra primavera, poco después de nacer Lucious, los oía trajinar. Él le tiraba del brazo, y ella decía: Aún es pronto, Fonso. Aún no estoy bien. Él la dejaba en paz, pero a la otra semana, vuelta a tirarle del brazo. Y ella decía: No puedo. ¿Es que no ves que estoy medio muerta? Y todas esas criaturas.

Ella se había ido a Macon, a que la viera la hermana doctora, y me dejó al cuidado de los pequeños. Él no me dijo ni una palabra amable. Sólo: Eso que tu mamá no quiere hacer vas a hacerlo tú. Y me puso en la cadera esa cosa y empezó a moverla y me agarró los pechos y me metía la cosa por abajo y, cuando yo grité, él me apretó el cuello y me dijo: Calla y empieza a acostumbrarte.

Pero no me he acostumbrado. Y ahora me pongo mala cada vez que tengo que guisar. Mi mamá anda preocupada, y no hace más que mirarme, pero ya está más contenta porque él la deja tranquila. Pero está demasiado enferma y me parece que no durará mucho.

*

Querido Dios:

Mi mamá ha muerto. Murió gritando y maldiciendo. Me gritaba a mí. Me maldecía a mí. Estoy preñada. Me muevo con lentitud. Antes no vuelvo del pozo, el agua ya se ha calentado. Antes no preparo la bandeja, la comida ya se ha enfriado. Antes no arreglo a los niños para ir al colegio, ya es la hora del almuerzo. Él no decía nada. Estaba sentado al lado de la cama. Le cogía la mano y lloraba y repetía: No me dejes, no te vayas.

Cuando lo del primero, ella me preguntó: ¿De quién es? Yo le dije que de Dios. No conozco a otro hombre y no supe qué decir. Cuando empezó a dolerme y a movérseme el vientre y me salió de dentro aquella criatura que se mordía el puño, me quedé pasmada.

Nadie vino a vemos.

Ella estaba peor cada día.

Un día me preguntó: ¿Dónde está?

Yo le dije: Dios se lo ha llevado.

Pero se lo había llevado él. Se lo llevó mientras yo dormía. Y lo mató en el bosque. Y matará a este otro, si puede.

*

Querido Dios:

Dice que está harto de mí. Dice que estoy mala y que no hago más que fastidiar. A la otra criatura también se la llevó. Era un niño. Pero me parece que no lo mató. Creo que lo vendió a un matrimonio de Monticello. Yo tengo los pechos llenos de leche y se me sale y siempre estoy mojada. Él pregunta: ¿Por qué no vas más decente? Ponte algo. ¿Qué quiere que me ponga? No tengo nada.

Ojalá encuentre a alguien y se case. Mira mucho a mi hermana pequeña, y ella está asustada. Pero yo le digo: Yo cuidaré de ti. Si Dios me ayuda.

*

Querido Dios:

Ha traído a casa a una chica de por la parte de Gray. Es poco más o menos de mi edad, pero se ha casado con ella. Está siempre encima de ella y la pobre anda de un lado a otro, como si no supiera lo que le pasa. A lo mejor pensó que lo quería. Pero es que aquí somos tanta gente. Y todos necesitamos algo.

A Nettie, mi hermanita, le ha salido un pretendiente que es casi igual que nuestro papá. También es viudo. A su mujer la mató al volver de la iglesia un amigo que tenía. Pero él sólo tiene tres hijos. Vio a Nettie al salir de la iglesia, y ahora todos los domingos por la noche tenemos en casa a Mr. ———. Yo le digo a Nettie que siga con sus libros. Porque ella no sabe lo que es tener que cuidar a unas criaturas que ni siquiera son tuyas. Y mira lo que le pasó a mamá.

*

Querido Dios:

Hoy me ha pegado porque dice que en la iglesia le guiñó un ojo a un chico. Algo que me entraría, porque de guiñar, nada. Y es que a los hombres ni los miro, la verdad. A las mujeres sí las miro, porque a ellas no les tengo miedo. Pensarás que porque me maldijo le guardo rencor a mi mamá. Y no. Yo compadecía a mamá. El querer creer lo que él le contaba es lo que la mató.

A veces todavía mira a Nettie, pero yo siempre me pongo delante. Ahora le digo a mi hermana que se case con Mr. ———. Pero no le digo por qué.

Le digo: Cástate, Nettie y disfruta de la vida por lo menos un año. Después, seguro que se queda embarazada. Pero yo, ya nunca más. Una chica me ha dicho en la iglesia que para quedar embarazada has de tener el mes. Y yo ya

no lo tengo.

*

Querido Dios:

Por fin Mr. ——— ha venido a pedir la mano de Nettie. Pero él no la deja marchar. Dice que es muy joven y que no tiene experiencia. Que Mr. ——— tiene demasiados hijos. Además, está el escándalo que dio su mujer al morir asesinada. ¿Y lo que se murmura de él y de Shug Avery? ¿Qué hay de eso?

Le he preguntado a nuestra nueva mamá por Shug Avery. ¿Quién es? Dice ella que no lo sabe, pero que se enterará.

Ha hecho más que eso. Ha conseguido un retrato. Es el primer retrato que veo de una persona de verdad. Dice que Mr. ——— sacó algo de la cartera para enseñárselo a mi padre y que el retrato cayó al suelo y fue a parar debajo de la mesa. Shug Avery es la mujer más bonita que he visto en mi vida. Más bonita que mi mamá. Y diez mil veces más bonita que yo. Lleva unas pieles y la cara pintada y el pelo brillante. Sonríe enseñando los dientes y está subiendo a un coche. Pero sus ojos están serios. Y un poco tristes.

Le digo que si puedo quedarme con el retrato, y he pasado la noche mirándolo. Y he soñado con Shug Avery, que viste que tira de espaldas, y baila, y se ríe.

*

Querido Dios:

Le dije que me tomara a mí en lugar de Nettie cuando nuestra nueva mamá se puso enferma. Él me preguntó que de qué le hablaba. Yo le dije que podía arreglarme y me fui a mi cuarto, y salí con unas plumas y unos zapatos de tacón alto de la nueva, mamá. Él me pegó por vestirme de descarada, pero me lo volvió a hacer.

Mr. ——— vino a casa por la noche. Yo estaba en la cama llorando. Por fin Nettie lo había visto claro y la mamá nueva también. Y ella también lloraba en su cuarto. Nettie iba de la una a la otra. Estaba tan asustada que tuvo que salir a vomitar. Pero no salió por el porche. Allí estaban ellos.

Mr. ——— dijo: Bueno, supongo que lo habrá pensado mejor.

Él dijo: No. Nada de pensarlo mejor.

Mr. ——— dijo: Es que mis pequeños necesitan una madre.

No pienso darle a Nettie, dijo él hablando muy despacio. Es muy joven y no sabe nada de la vida. Además, quiero que estudie. Tiene que ser maestra. Pero puede llevarse a Celie. Al fin y al cabo es la mayor. Tiene que ser la

primera en casarse. No está fresca, eso ya lo sabrá usted. Está tocada. Dos veces. Pero tampoco es tan importante que la mujer esté fresca. Yo me traje a una que estaba fresca y ahora siempre está enferma. Los críos la molestan, como cocinera no vale nada y ya está embarazada.

Mr. ——— no decía nada. Yo, de la sorpresa, había dejado de llorar.

Es fea, decía él, pero sabe trabajar. Y es limpia. Además, Dios la ha arreglado. Ya puedes hacerle lo que quieras, que no tendrás que vestirlo ni darle de comer.

Mr. ——— seguía sin decir nada. Yo saqué la foto de Shug Avery y la miré a los ojos. Sí, me decían sus ojos, a veces pasan estas cosas.

La verdad es que tengo que sacarla de casa, decía él. Ya es muy mayor para estar viviendo aquí. Y me enreda a las otras chicas. Llevaría su ajuar. Y la vaca que ha criado en el corral. Pero a Nettie no pienso dársela. Ni ahora ni nunca.

Mr. ——— dijo algo por fin. Carraspeó. La verdad es que nunca me había fijado en esa otra, manifestó.

Pues, la próxima vez que venga, le echa un vistazo. Es fea. No parece ni pariente lejana de Nettie. Pero será una buena esposa. Tampoco es muy lista y, se lo advierto, tiene usted que vigilarla o regalará todo lo que tenga en casa. Pero puede trabajar como un hombre.

Mr. ——— preguntó: ¿Cuántos años tiene?

Casi veinte, contestó él. Y, otra cosa: cuenta mentiras.

*

Querido Dios:

Tardó en decidirse toda la primavera, de marzo a junio. Yo sólo pensaba en Nettie. Si yo me casaba, ella podría vivir con nosotros y, si él seguía tan enamorado de ella, a lo mejor podíamos escapar. Las dos le dábamos de firme a los libros de Nettie, porque sabíamos que, si queríamos marcharnos, teníamos que aprender mucho. Yo ya sé que no soy tan bonita ni tan inteligente como Nettie. Pero a ella no lo parezco tonta.

Dice Nettie que para recordar quién descubrió América no tengo más que pensar en la cola. Porque Colón viene de cola. Yo eso de Colón lo había aprendido ya en primer grado. Y también fue lo primero que se me olvidó. Dice Nettie que Colón vino en tres barcos que se llamaban la Guinda, la Piña y la Tamarinda. Los indios lo recibieron tan bien que él se llevó a su tierra a unos cuantos para que sirvieran a la reina.

Pero es difícil estudiar, con eso de la boda con Mr. ——— colgando sobre

la cabeza.

Cuando lo del primer embarazo, mi padre me sacó de la escuela. No le importó que a mí me gustara ir. Nettie estaba conmigo en la puerta, sin soltarme la mano. Yo iba toda compuesta para el primer día de clase. Con lo bruta que eres no te sirve de nada ir a la escuela, dijo Pa. Aquí la lista es Nettie.

Pero Pa, decía Nettie llorando, si Celie también es lista. Hasta Miss Beasley lo dice. Nettie adora a Miss Beasley. Dice que no hay en el mundo nadie como ella.

¿Y quién va a hacerle caso a Miss Beasley?, preguntó Pa. Se quedó soltera por chismosa. Ninguno quiso cargar con ella, y ahora tiene que dar clase para ganarse la vida. Lo decía sin levantar los ojos de la escopeta que estaba limpiando. Al poco llegó un grupo de hombres blancos, cada uno con su escopeta. Pa se levantó y se fue con ellos. Toda la semana estuve vomitando y guisando caza.

Pero Nettie no daba su brazo a torcer. Un día, Miss Beasley vino a casa a hablar con Pa. Le dijo que, desde que era maestra, no había conocido a nadie que deseara aprender tanto como Nettie y yo. Pero cuando Pa me llamó y ella vio lo estrecho que me estaba el vestido, se calló y se fue.

Nettie no entendía nada. Yo tampoco. Lo único que sabíamos nosotras era que yo me había puesto muy gorda y siempre estaba mareada.

Nettie pronto me dejó atrás en lo de estudiar. Y es que nada de lo que me decía se me quedaba en la cabeza. Un día quiso convencerme de que la Tierra no era plana. Eso ya lo sé, le contesté. Pero no le dije lo plana que yo la veía.

Una tarde vino Mr. ——— con cara de cansado. La mujer que lo ayudaba se había marchado. Y su mamá había dicho basta.

Y preguntó: ¿Puedo veda otra vez?

Pa me llamó: Celie. Como si nada. Mr. ——— quiere verte otra vez.

Yo salí a la puerta. El sol me daba en los ojos. Él seguía a caballo y me miró de arriba abajo.

Pa sacudió el periódico. Acércate, que no te va a morder, dijo.

Yo me acerqué a la escalera, pero no mucho, porque me daba miedo el caballo.

Anda, date la vuelta, dijo Pa.

Yo me di la vuelta. Entonces vino uno de los pequeños, me parece que Lucious, que es gordito y juguetón y siempre está comiendo.

¿Qué haces ahí?, me pregunta.

Tu hermana está pensando en casarse, dijo Pa.

Él se quedó igual que antes, me tiró de la falda y lile preguntó si le daba compota de moras de la alacena.

Sí, le dije.

Es cariñosa con los niños, dijo Pa volviendo a abrir el periódico. Nunca la he oído gritarles. Y les da todo lo que le piden. Eso es lo malo.

Mr. ——— dijo que si lo de la vaca seguía en pie.

Y él contestó: Esa vaca es suya.

*

Querido Dios:

He pasado todo el día de la boda escapando del hijo mayor. Tiene doce años. Su mamá murió en sus brazos, y él no quiere una mamá nueva. Me ha abierto la cabeza de una pedrada y me he manchado el vestido de sangre. Su papá le ha dicho: Eh, tú, eso no se hace. Pero de ahí no ha pasado. Resulta que tiene cuatro hijos, no tres, dos chicos y dos chicas. A las chicas no las habían peinado desde que murió su mamá. Yo he dicho que habría que afeitarles la cabeza. Para que salga cabello nuevo. Pero él dice que cortar el pelo a las mujeres trae mala suerte. Así que me he atado un pañuelo a la cabeza lo mejor que he podido y después de hacer la comida —aquí hay fuente, en lugar de pozo, y una cocina de leña que parece un armario— me he puesto a desenredar pelos. Las niñas tienen seis y ocho años, y lloran. Y chillan. Y me llaman asesina. He terminado a las diez. Ellas se duermen llorando. Yo no lloro. Mientras estoy en la cama, con él encima, pienso en Nettie y en si estará segura. Luego pienso en Shug Avery y en que a ella le haría esto mismo y que quizás a ella le gustaba. Le paso un brazo alrededor del cuello.

*

Querido Dios:

Yo estaba en la ciudad, esperando en el carro, mientras Mr. ——— compraba en la tienda. Entonces vi a mi niña. En seguida supe que era ella. Era igual que yo y que mi papá. Más igual que nosotros mismos. Una señora la llevaba de la mano y las dos vestían igual. Cuando pasaron por mi lado le hablé, y la señora me contestó muy amable. La niña me miraba y ponía hociquito, como de enfadada. Tiene mis mismos ojos tal como están ahora. Como si ya hubiesen visto todo lo que yo he visto y estuvieran pensándolo.

Seguro que es mía, lo noto aquí dentro, pero de fijo no puedo saberlo. Si es mía, se llamará alivia. Yo le bordé Olivia en toda la ropa, y también estrellitas

y flores. Ella cogió todo cuando se llevó a la niña. Ella tenía dos meses. Ahora tendrá unos seis años.

Bajo del carro y me voy detrás de Olivia y de su nueva mamá, que entran en una tienda. Ella pasa la mano por el canto del mostrador, como si no le interesara nada de aquello. Su mamá pide tela. No toques nada, le dice. Olivia bosteza.

Es bonita, digo y ayudo a la mamá a ponerse la tela cerca de la cara, formando pliegues.

Ella sonrío. Voy a hacer vestidos para las dos, me dice. Su papá estará orgulloso.

¿Quién es su papá? Me sale sin darme cuenta. A ver si por fin alguien se ha enterado.

Ella dice: Mr. ————. Pero no es el nombre de mi padre.

¿Mr. ————? ¿Quién es?

Ella me mira como diciendo: ¿Y a ti qué te importa?

El Reverendo Mr. ————, contesta. Y se vuelve de cara al dependiente.

Bueno, chica, ¿te la llevas o no?, pregunta él. Hay otros clientes esperando.

Ella contesta: Sí, señor. Póngame cinco metros, por favor.

Él le quita la tela de la mano, tira la pieza en el mostrador, la deshace y, cuando le parece que tiene los cinco metros, rasga sin medir. Será un dólar treinta, dice. ¿Quieres hilo?

Ella contesta: No, señor.

No se puede coser sin hilo, dice él. Saca un carrete de hilo y lo arrima a la tela. Este color le va bien, ¿no te parece?

Sí, señor.

Él se pone a silbar. Coge los dos dólares y le devuelve un cuarto. Me mira. ¿Necesitas algo, chica? Yo le digo: No, señor.

Salgo tras ella.

No tengo nada que ofrecer y me siento pobre. Ella mira a un lado y al otro. No está. No está.

Lo dice como si fuera a llorar. ¿Quién no está?, pregunto.

El Reverendo ————. Él se llevó el carro.

El carro de mi marido está ahí mismo, digo. Ella sube. Muchas gracias, me dice. Miramos a toda la gente que ha venido a la ciudad. Nunca había visto

tanta aglomeración, ni siquiera en la iglesia. Los hay muy bien vestidos. Otros, regular. Las señoras tienen mucho polvo en la ropa.

Me pregunta por mi marido, ahora que ya sé del suyo. Se ríe un poco al decirlo. Yo le contesto que se llama Mr. ————. ¿Ah, sí?, dice ella, como si estuviera muy enterada. No sabía que se hubiera casado. Es muy guapo, me dice. No lo hay más guapo en todo el Condado, ni blanco ni negro, dice.

Mala facha no tiene, digo yo. Pero lo he dicho de forma irreflexiva. Casi todos me parecen iguales. ¿Cuánto tiempo tiene su niña?, le pregunto. Va a cumplir siete años.

¿Cuándo los cumple?

Piensa un poco y me dice que en diciembre.

Es en noviembre, lo sé.

¿Cómo se llama?, pregunto como si no me importara.

La llamamos Pauline, contesta.

Se me para el corazón.

Luego me dice, muy seria: Pero yo la llamo Olivia.

¿Por qué Olivia, si ella no se llama así?

No hay más que verla, dice ella. Mire esos ojos. Sólo un viejo tendría unos ojos así. Por eso la llamo ol'Livia. Se ríe. Mira, Olivia, dice acariciándole el pelo, ahí viene el Reverendo ————. Veo un carro y un hombre grande, vestido de negro, con un látigo en la mano. Muchas gracias por su hospitalidad. Yo las veo irse y sonrío. Es como si la sonrisa me partiera la cara.

Mr. ——— sale de la tienda y sube al carro. Se sienta y dice muy despacio: ¿Qué haces ahí, riendo como una idiota?

*

Querido Dios:

Ha venido Nettie. Se escapó de casa. Dice que sintió dejar a la nueva mamá, pero que tenía que irse. Ya encontrará quien la ayude con los pequeños. Los chicos no tienen que preocuparse. Con ellos él no se mete. Y que cuando sean mayores le zumbarán.

Y puede que hasta lo maten, digo.

¿Qué tal vas tú con Mr. ———?, me pregunta. Pero eso se ve. Y ella aún le gusta. Por la noche, él se sienta en el porche con la ropa de los domingos. Ella está allí conmigo, pelando guisantes y dando clase de gramática a los

niños. O enseñándome a mí lo que ella cree que tengo que saber. Mal que me pese, Nettie se ha empeñado en enseñarme lo que pasa en el mundo. Y es buena maestra. Casi me dan ganas de morirme al pensar que pueda acabar casada con alguien como Mr. ——— en la cocina de una señora blanca. Se pasa el día leyendo, estudiando, escribiendo y tratando de hacernos pensar. Yo estoy siempre tan cansada que ni pensar puedo. Pero por algo le pusieron Patient de segundo nombre.

Los hijos de Mr. ——— son todos muy listos, pero ruines. Andan siempre Celie quiero esto, Celie quiero lo otro. Nuestra mamá nos lo daba. Y él se calla. Cada vez que ellos hacen algo para llamar su atención, él se esconde en el humo de la pipa.

Tú no te dejes avasallar, dice Nettie. Que sepan quién manda aquí.

Mandan ellos, le digo yo.

Pero ella duro con que tienes que pelear y tienes que pelear.

Y yo no sé pelear. Lo único que sé es ir viviendo.

Es bonito ese vestido, le dice él a Nettie.

Y ella: Muchas gracias.

Son bonitos esos zapatos.

Muchas gracias.

Y esa piel. Y ese pelo. Y esos dientes. Y así todos los días. Cuando no es una cosa es la otra.

Al principio, ella sonreía un poco. Después fruncía el ceño. Después se quedaba como si nada. Pero siempre a mi lado, eso sí. Y entonces me decía: tu piel, tu pelo, tus dientes. Cada piropo me pasaba a mí. Al poco tiempo, empecé a sentirme guapa y lista.

Pero él se cansó pronto. Una noche, en la cama, me dijo: Bueno, ya hemos hecho por Nettie todo lo que podíamos. Tiene que marcharse.

¿Y a dónde irá?, pregunté yo.

Eso es asunto suyo.

Por la mañana, se lo digo a Nettie. Pero ella, en lugar de enfadarse, se alegra. Dice que lo único que siente es tener que dejarme. Y entonces nos abrazamos.

Me da mucha pena dejarte aquí con todos esos críos. Y no digamos con Mr. ———. Es como verte enterrada, me dice.

Peor, pienso yo. Porque, estando enterrada, no tendría que trabajar. Pero le

digo: Quita, mujer. Mientras pueda decir D-i-o-s, sabré que hay alguien conmigo.

Pero lo único que puedo darle es el nombre del Reverendo ———. Le digo que pregunte por su esposa. Quizás ella la ayude. Es la única mujer a la que he visto con dinero.

Le digo: Escribe.

¿Qué?

Que escribas.

Y dice ella: Sólo la muerte podría impedírmelo.

Pero nunca me ha escrito.

D-i-o-s.

Han venido de visita sus hermanas. Muy bien vestidas. La verdad es que tienes la casa muy limpia, Celie, me dijeron. No se debe hablar mal de los muertos, pero las cosas como sean, Annie Julie para la casa era un desastre, dijo una.

Todo hay que decido, ella no quería estar aquí, dijo la otra.

¿Y dónde quería estar?, pregunté yo. En su casa, dijo ella.

Pero eso no es excusa, dijo la primera. Ésta se llama Carrie y la otra, Kate. Se supone que cuando una mujer contrae matrimonio ha de tener la casa decente y la familia aseada. Y si venías a esta casa en invierno te encontrabas a todos los críos resfriados, con la gripe, con diarrea, con neumonía, con lombrices. Siempre tiritando de fiebre. Y con hambre. Y sin peinar. Ni tocados podías.

Pues yo bien los tocaba, dijo Kate.

Y, si es guisar, nada. Hacía como si no supiera lo que era una cocina.

Nunca pisaba la suya.

Un escándalo, dijo Carrie.

Lo del escándalo lo dirás por él, dijo Kate. ¿A qué te refieres?, preguntó Carrie.

Pues que él la trajo a esta casa y luego siguió corriendo tras Shug Avery. A eso me refiero. Sin nadie con quien hablar y nadie a quien visitar. Él estaba días y días sin aparecer por aquí. Luego, empezaron a venir críos. Y ella era joven y bonita.

No tan bonita, dijo Carrie mirándose en el espejo. Lo único, el pelo. Era

muy negra.

A nuestro hermano le gustan así. Shug Avery es como el betún.

Shug Avery, Shug Avery, estoy harta de oír hablar de ella, dijo Carrie. Dicen que anda por ahí tratando de cantar y que lleva unos vestidos con las piernas al aire y adornos en la cabeza con bolitas colgando, como un escaparate.

Yo escucho. Me gustaría hablar también de Shug Avery. Pero ellas se callan.

Bueno, dice Kate resoplando, a mí también me tiene harta. Creo que te sobra razón, Celie es una buena mujer de su casa, buena con los niños y buena cocinera. Nuestro hermano no hubiera podido encontrar otra mejor.

Yo me quedo pensando en cómo lo intentó.

Kate ha vuelto. Esta vez vino sola. Tendrá unos veinticinco. Es soltera. Parece más joven que yo. Muy sana, con los ojos brillantes y la lengua larga.

Cómprale algo de ropa a Celie, le dice presurosa a Mr. ———.

¿Es que necesita ropa?, pregunta él.

No hay más que mirada.

Él me mira. Es como si mirara al suelo. ¿Necesita algo?, dicen sus ojos.

Kate me lleva a la tienda. Yo pienso qué color se pondría Shug Avery. Para mí es como una reina y le digo a Kate: Algo color púrpura, con cosas rojas. Pero, por más que miramos, no encontramos nada púrpura. Mucho rojo. Y ella dice: No; no le gustará el rojo. Demasiado chillón. Podemos elegir entre marrón, granate y azul marino. Yo digo azul.

No recordaba haber estrenado un vestido en mi vida. Y éste me lo hacen a la medida. Pruebo de decirle a Kate lo que siento. Me pongo colorada y tartamudeo.

Está bien, Celie, dice ella. Tú mereces más.

A lo mejor es verdad, pienso.

Harpo, dice ella. Harpo es el mayor. Harpo, tienes que ayudar a Celie a traer agua. Ya eres un hombre y es hora de que ayudes.

Son las mujeres las que tienen que trabajar, dice él.

¿Qué?

Que para trabajar están las mujeres, y yo soy un hombre.

Tú eres un pequeño mamarracho. Ahora mismo coges ese cubo y lo traes

lleno de agua.

Él me mira de través y sale dando un tropezón. Le oigo murmurar a Mr. — que está en el porche. Mr. — llama a su hermana. Hablan un rato y ella entra temblando.

Tengo que marcharme, Celie, dice.

Está tan furiosa que, al mover la cabeza, le salen disparadas las lágrimas.

Tienes que luchar, Celie, me dice. Yo no puedo hacerla por ti. Tienes que luchar tú misma.

Yo no contesto. Pienso en Nettie, muerta. Ella luchó y se escapó. ¿Y para qué? Yo no lucho, yo me quedo donde me mandan. Pero sigo viva.

*

Querido Dios:

Harpo le pregunta a su papá por qué me ha pegado, Mr. — dice: Porque es mi mujer. Y, además, es tozuda. A todas las mujeres habría que... No acaba de lo decirlo. Dobla el periódico sujetándolo con la barbilla, como hace siempre. Me recuerda a Pa.

Harpo me dice: ¿Por qué eres tozuda? No me pregunta: ¿Por qué te casaste con él? Eso no lo pregunta nadie.

Porque así nací, supongo, le contesto.

Me pega como pega a los niños. Sólo que a ellos casi nunca les pega. Me dice: Celie, trae la correa. Los niños están en el pasillo, mirando por las rendijas de la puerta. Yo no puedo hacer más que procurar no llorar. Hacerme madera. Y decirme: Celie, eres un árbol. Así he sabido que los árboles tienen miedo a los hombres.

Me dice Harpo: Estoy enamorado.

¿Eh?

Una chica.

Ah, vaya.

Sí. Vamos a casarnos.

¿Casaros?, le digo. Tú no tienes edad.

Yo tengo diecisiete y ella quince. Ya podemos casarnos.

¿Y qué dice su mamá?, pregunto.

No he hablado con su mamá.

¿Y su papá?

Tampoco.

¿Y qué dice ella?

Es que no hemos hablado. Baja la cabeza. No es feo. Alto, flaco y negro como su mamá, con unos ojos grandes y redondos.

¿Dónde os veis?, pregunto.

Yo la veo en la iglesia y ella a mí, en la calle, contesta.

¿Sabes si le gustas?

No lo sé. Yo le guiño el ojo y ella hace como si no se atreviera a mirar.

¿Y dónde está su padre, mientras tanto?

En el rincón del amén, me dice.

*

Querido Dios:

¡Shug Avery viene a la ciudad! Viene con su orquesta y cantará en el «Lucky Star» de Coalman Road. Mr. ——— va a ir a verla. Se viste delante del espejo, se mira, se desnuda y vuelve a vestirse. Se pone fijador en el pelo y se lo quita con agua. Ha estado limpiándose los zapatos, escupiendo y frotando con un paño.

Y me dice: Lava esto. Plancha esto otro. Busca esto. Busca lo otro. Tráeme esto. Tráeme lo otro. Encuentra un agujero en el calcetín y gime.

Yo ando de un lado a otro zurciendo, planchando y sacando pañuelos. ¿Pasa algo?, le pregunto.

¿Qué dices? Me mira furioso. ¿Es que no puedo arreglarme un poco? Cualquier otra estaría contenta.

Si estoy contenta, le digo.

¿A qué te refieres?

Pues a que estás muy bien. Cualquier mujer se sentiría orgullosa.

¿De verdad lo crees tú así?

Es la primera vez que me lo pregunta. Me deja tan pasmada que, cuando le digo que sí, él ya está en el porche afeitándose porque allí hay más luz.

Todo el día he llevado el anuncio en el bolsillo. Parece que me quema: Es de color de rosa. Todos los árboles desde el desvío de la carretera y la tienda lo tienen pegado, iluminándolos. Él tiene más de cinco docenas en el baúl.

Shug Avery, de pie al lado de un piano con la mano en la cadera y doblando el codo y, en la cabeza, un gorro como de jefe indio. Tiene la boca abierta, enseñando todos los dientes, tan contenta. Vengan todos, te dice, anímense, la Abejita Reina ha vuelto a la ciudad.

Dios, y cómo me gustaría ir. No a bailar, ni a beber, ni a jugar a las cartas. Ni tan sólo a oír cantar a Shug Avery. Con verla me conformaba.

*

Querido Dios:

Mr. ——— estuvo fuera todo el sábado por la noche, todo el domingo por la noche y casi todo el día lunes. Shug Avery había venido para el fin de semana. Él volvió a casa arrastrando los pies y se tumbó en la cama. Cansado. Triste. Flojo. Estuvo llorando. Luego durmió el resto del día y toda la noche.

Cuando se despertó yo estaba ya en el campo. Llevaba tres horas recogiendo algodón cuando llegó él. No nos dijimos nada.

Pero yo tenía un millón de preguntas. ¿Cómo estaba vestida? ¿Sigue igual que en la foto que yo guardo? ¿Cómo lleva el pelo? ¿Qué clase de lápiz de labios usa? ¿Peluca? ¿Está gorda? ¿Está flaca? ¿Suena bien? ¿Cansada? ¿Enferma? ¿Qué hacíais vosotros mientras ella cantaba por aquí y por allí? ¿Os echaba de menos? No hacía más que bailarme preguntas en la cabeza. Como serpientes las notaba. Yo rezaba pidiendo fuerzas y me mordía la lengua.

Mr. ——— coge la azada y empieza a cavar. Da tres o cuatro golpes y para. Deja caer la azada en la tierra, da media vuelta, se va a la casa, se pone un vaso de agua fresca, coge la pipa, se sienta en el porche y se queda pasmado. Yo le sigo por si está enfermo. Entonces me dice: Tú vuelve al trabajo. No me esperes.

*

Querido Dios:

Harpo no se da mucha más maña que yo en eso de plantarle cara a su padre. Un día sí y otro también, su padre se levanta por la mañana, se sienta en el porche y se queda pasmado. Si una mariposa se para en la barandilla, la mira. De día, bebe un poco de agua y, de noche, un poco de vino. Pero, por lo demás, no se mueve.

Harpo se queja de lo mucho que tenemos que cavar.

Su papá le dice: Hay que hacerlo.

Harpo es casi tan alto como su papá. Tiene el cuerpo fuerte pero el carácter débil. En seguida se amilana.

Él y yo nos pasamos todo el día en el campo. Sudamos de tanto cavar la tierra y de tanto arar. Yo estoy color café tostado y él está como una chimenea por dentro. Tiene los ojos tristes y cavilosos. Se le está poniendo cara de mujer.

¿Por qué tú ya no trabajas?, le pregunta a su padre.

No tengo por qué hacerlo, dice su padre. Para algo estás tú aquí, ¿no? Lo dice para mortificarlo. Y a Harpo le duele.

Y, por si fuera poco, sigue enamorado.

*

Querido Dios:

El papá de la chica de Harpo dice que Harpo no es lo bastante bueno para ella. Harpo lleva ya una temporadita cortejándola. Dice que él se sienta en la sala con ella y que el papá se queda en el rincón hasta que todos se sienten fatal. Luego, sale al porche de delante, dejando la puerta abierta para oírlo todo. Cuando dan las nueve, le entrega el sombrero a Harpo.

¿Por qué no soy lo bastante bueno?, le pregunta Harpo a Mr. ———. Mr. ——— contesta: Por tu mamá.

¿Qué tiene de malo mi mamá?, inquiere Harpo.

Mr. ——— le dice entonces: Que la mataron.

Harpo lo pasa mal con las pesadillas. Ve a su mamá corriendo por el prado hacia la casa. Mr. ———, el que dicen que era su amigo, la alcanza. Ella lleva de la mano a Harpo. Y los dos corren y corren. Él la agarra por el hombro y le dice: Tú no puedes dejarme ahora. Tú eres mía. Y ella le dice: No, no lo soy. Mi sitio está con mis hijos. No hay sitio para ti, dice él. Eres una golfa. Y le dispara un tiro en el estómago. Ella cae en tierra y el hombre se va corriendo. Harpo la abraza y le pone la cabeza en las rodillas.

Y empieza a gritar: Mamá, mamá. Eso me despierta. Y a los niños también, que lloran como si su mamá acabara de morirse ahora mismo. Harpo se despierta temblando.

Enciendo la luz y le doy palmaditas en la espalda. Ella no tiene la culpa, si la mataron, dice. No la tiene.

—No. No la tiene, —digo.

Todos dicen lo buena que soy con los hijos de Mr. ———. Soy buena con ellos, pero no siento nada por ellos. Dar a Harpo palmaditas en la espalda no es ni como dárselas a un perro. Es como dárselas a otra madera, pero no a un árbol, que es algo vino a una mesa o a un armario. De todos modos, ellos

tampoco me quieren, por buena que yo sea.

No quieren atender. Aparte Harpo, ninguno trabaja. Las niñas están siempre cara a la carretera y Bub anda por ahí, bebiendo toda la noche con chicos que le doblan la edad. Y su papá venga a fumar en pipa.

Harpo me ha contado todo su asunto amoroso. No hace más que pensar en Sofia Butler día y noche.

Es muy bonita, me dice. Y muy clara.

¿En el hablar?

—No. Clara de piel. Pero en el hablar también. Es muy lista. A veces nos libramos de su padre.

Luego, lo primero que sé es que está embarazada.

Si tan lista es, ¿cómo puede estar embarazada?

Harpo se encoge de hombros. Es que, de otro modo, no podría marcharse de casa, me dice. Mr. ——— no les deja casarse. Dice que no soy lo bastante bueno para entrar en su casa. Pero, si ella está embarazada, yo tengo derecho a permanecer con ella, tanto si soy lo bastante bueno como si no.

¿Dónde pensáis vivir?

Tienen una casa muy grande, dice. Cuando nos casemos, voy a ser uno más de la familia.

Hummm. Si Mr. ——— no te tragaba antes de que estuviera embarazada, menos te tragaré ahora.

Harpo pone cara triste.

Habla con Mr. ———, le digo. Él es su padre y a lo mejor tiene algún buen consejo que darte.

O no lo tiene, pienso.

Harpo la trajo a casa. Mr. ———decía que quería verla. Yo los vi venir de lejos por la carretera. Venían cogidos de la mano, como el que va a la guerra, ella un poco por delante. Llegan al porche, yo le hablo y acerco unas sillas. Ella se sienta, dándose aire con el pañuelo. Qué calor, comenta. Mr. ——— no dice nada. Sólo la mira de arriba abajo. Debe de estar de siete u ocho meses, casi reventado el vestido.

Harpo la ve clara por lo muy negro que es él, pero no me parece tan clara. Tiene una piel castaña y brillante, como el color de los muebles buenos y el pelo rizado, pero cantidad, recogido en un montón de trenzas. No es tan alta como Harpo, pero mucho más ancha, y fuerte, y sana, como si su mamá la

hubiera criado con cerdo.

Ella dice: ¿Cómo está usted, Mr. ——?

Él no contesta a la pregunta. Le dice: Parece que te has metido en un lío.

No, señor, dice ella. Nada de líos. Embarazada sí.

Se alisa el vestido sobre el vientre con la palma de la mano.

¿Quién es el padre?, pregunta él.

Ella parece sorprendida. Harpo, dice.

¿Y eso cómo lo sabe él?

Lo sabe y basta.

Las muchachas de hoy son de cuidado, dice él. Se trajinan al primero que llega.

Harpo mira a su papá como si ahora le viera por primera vez, pero no dice nada.

Mr. —— dice: No vayas a creer que voy a dejar que mi chico se case contigo sólo porque estás embarazada. Él es muy joven y muy confiado. Una chica bonita como tú puede hacerle cargar con cualquier cosa.

Harpo sigue sin decir nada.

A Sofia se le enciende la cara, se le pone tirante la piel de la frente y se le levantan las orejas.

Pero se ríe y mira a Harpo que está sentado con la cabeza baja y las manos entre las rodillas.

Ella dice: ¿Para qué necesito yo casarme con Harpo? Él vive todavía con usted. No tiene más ropa ni más comida que la que usted le compra.

Y dice él: Tu padre te ha echado de casa. Supongo que vivirás en la calle.

No; no vivo en la calle. Vivo con mi hermana y su marido. Ellos dicen que puedo seguir en su casa hasta que me muera. Se pone de pie. Es una muchacha grande, fuerte, sana. Bueno, he tenido mucho gusto, dice. Ahora me vaya mi casa.

Harpo se levanta para ir con ella. No, Harpo, dice ella, tú quédate. Cuando seas libre, yo y el niño estaremos esperándote.

Él se queda como flotando entre los dos y luego se sienta. Yo lo miro y me parece que una sombra le cruza por la cara. Y me dice: ¿Podría darme un vaso de agua, Mrs. ——?

El cubo está en la repisa del porche. Yo saco un vaso del armario y le echo

el agua. Ella se la bebe casi de un trago. Luego se pasa otra vez las manos por el vientre y se marcha.

Harpo sigue sentado. Él y su papá siguen sentados, sentados, sentados. Sin hablar. Sin moverse. Por fin yo ceno y me voy a la cama. Cuando me levanto por la mañana me parece que ellos dos siguen allí sentados. Pero Harpo está en el cobertizo y Mr. ——— está afeitándose.

*

Querido Dios:

Harpo se ha traído a casa a Sofia y al niño. Contrajeron matrimonio en casa de la hermana de Sofia. El marido de la hermana fue el padrino. Otra de las hermanas se escabulló de casa para hacer de madrina. Otra hermana tenía en brazos al niño. Dice que como la criatura no hacía más que llorar, Sofia paró la ceremonia para darle de mamar y acabó diciendo: Sí, quiero, con el niño en brazos.

Harpo ha arreglado la casita del arroyo para él y su familia. Su padre la usaba de cobertizo. Pero es fuerte. Ahora tiene ventanas, un porche y una puerta trasera. Y allá abajo, en el arroyo, la tierra es verde y fresca.

Me ha pedido que le haga unas cortinas y yo se las he hecho con tela de saco de harina. La casa no es grande, pero es cómoda. Tiene una cama, un tocador, un espejo y sillas. Y una cocina para guisar y calentar. Ahora el papá de Harpo le paga por trabajar. Dice que Harpo no trabajaba todo lo que debía y que quizá cobrando se tornaba más interés.

Harpo me dijo: Mis Celie, voy a hacer huelga.

¿Hacer qué?

No trabajar.

Y no trabajaba. Se iba al campo, arrancaba dos mazorcas de maíz y dejaba que los pájaros y el gorgojo se comieran doscientas. No sacaremos mucho este año.

Pero, desde que está aquí Sofia, es que no para. Anda siempre cavando, arando, clavando, cantando y silbando.

Sofia se ha quedado en la mitad. Pero sigue grande y fuerte. Tiene músculos en los brazos. Y en las piernas. Levanta al niño como si nada. Tiene un poco de vientre y eso le da un aire de fuerza. Sólido. Te parece que tiene que hacer papilla todo aquello en lo que se siente.

Le dice a Harpo: Ten al niño. Y ella entra conmigo en la casa, a buscar hilo para unas sábanas que está haciendo. Él coge al niño, le da un beso, le pellizca la barbilla, se ríe y mira a su papá que está en el porche.

Mr. ——— echa una bocanada de humo y le dice: Ya veo que te tiene dominado.

Querido Dios:

Harpo quiere saber qué puede hacer para que Sofia atienda. Está en el porche, con Mr. ——— le dice: Si yo le digo una cosa, ella hace otra. Nunca hace lo que yo digo. Y siempre replica.

La verdad, a mí me parece que lo dice como si estuviera orgulloso.

Mr. ———no contesta. Chupa la pipa y echa humo.

Yo le digo que no puede estar siempre yendo a casa de su hermana. Tú eres mi mujer, le digo. Tu sitio está aquí, con los niños. Pues me llevo a los niños, contesta ella. Y yo le digo: Tienes que estar conmigo. ¿Quieres venir?, me pregunta. Y, a todo esto, no hace más que arreglarse delante del espejo y vestir a los niños, todo a un tiempo.

¿Nunca les has pegado?, pregunta Mr. ———.

Harpo se mira las manos. No, señor, dice en voz baja, cortado.

Entonces, ¿cómo quieres que te haga caso? Las mujeres son como los niños. Hay que hacerles saber quién es el que manda. Y eso como mejor se consigue es con una buena paliza.

Sigue tirando de la pipa.

Además, Sofia es muy suya. Necesita que le bajen los humos.

A mí me agrada Sofia, pero no es en nada como yo. Si está hablando y entran Harpo y Mr. ———, ella sigue hablando como si nada. Y si ellos preguntan dónde está esto o lo otro, les dice que no lo sabe. Y sigue hablando.

Pienso en esto cuando Harpo viene y me pregunta qué puede hacer para que ella atienda. Yo no le digo lo feliz que es, ni que han pasado tres años y él sigue cantando y silbando. Yo pienso que cada vez que Mr. ——— me llama y yo doy un brinco ella me mira con cara de sorpresa. Y de pena.

Pégale, le digo.

Cuando vuelvo a ver a Harpo, tiene toda la cara señalada, el labio partido, un ojo hinchado, anda rígido y le duelen las muelas.

¿Qué te ha pasado, Harpo?, le pregunto.

Él dice: Ha sido la mula. Es muy testaruda. El otro día se me desmandó en el campo y cuando por fin conseguí enderezarla me había cascado de lo lindo. Luego, al llegar a casa, tropecé con la puerta del corral, me golpeé en el ojo y me arañé la barbilla. Y anoche, durante la tormenta, me pillé la mano al cerrar

la ventana.

Bueno, digo yo, con todo eso no creo que hayas tenido tiempo para ver si podías meter en vereda a Sofia.

Pues no.

Pero siguió probando.

*

Querido Dios:

Justo cuando iba a gritarles Hola desde la entrada del patio, oí estrellarse algo contra el suelo. El ruido sonó dentro de la casa y me acerqué al porche corriendo. Los dos niños estaban haciendo pastelillos de barro en el arroyo y no se movieron ni levantaron la cabeza.

Abrí la puerta con precaución, pensando en ladrones, asesinos, cuatreros o duendes. Pero eran Harpo y Sofia. Estaban pelando como dos hombres. Todos los muebles de la casa estaban patas arriba. Por lo visto, no les quedaba ni un plato sano. El espejo estaba rajado, las cortinas, hechas trizas y el colchón de la cama, reventado. Ellos no me ven. Se pegan. Él trata de darle un bofetón. ¿Por qué lo hará? Ella coge un tronco de la estufa y le sacude entre los ojos. Él le da un puñetazo en el estómago que la hace doblarse gimiendo, pero al levantarse le pega en las partes privadas con las dos manos. Él rueda por el suelo, la agarra por la falda y tira fuerte. Ella se queda en combinación pero ni pestañea. Él trata de agarrarla por el cuello desde atrás pero ella lo tira por encima del hombro. Él cae, ¡cras!, encima de la cocina.

No sé cuánto rato llevarán así, ni cuándo terminarán. Doy media vuelta y me marchó, saludo con la mano a los niños al pasar por el arroyo y regreso a casa.

El sábado por la mañana temprano, oigo el carro. Harpo, Sofia y los dos niños se van a casa de la hermana de Sofia a pasar el fin de semana.

*

Querido Dios:

Hace más de un mes que duermo fatal. Me queda levantada todo lo tarde que puedo, hasta que Mr. ——— empieza a quejarse del precio del petróleo, luego tomó un baño caliente con leche y sal de Epsom, luego echo en la almohada unas gotas de Hamamelis de Virginia y cierro las cortinas para que no entre la luna. A veces consigo dormir un par de horas. Pero cuando parece que ya tendría que haber cogido el sueño, me despierto.

Al principio me levantaba y bebía un poco de leche. Luego, me dio por contar postes y, más tarde, por leer la Biblia.

¿Qué me pasa?, me pregunto.

Una vocecita me dice: Algo malo habrás hecho. Es el espíritu de alguien con quien te has portado mal que no te deja en paz. Quizá.

Hasta que una noche me vino a la mente. Sofia. Me había portado mal con el espíritu de Sofia.

Recé para que ella no se enterara. Pero se enteró. Se lo dijo Harpo.

Nada más oírlo, vino a casa con un fardo. Tenía debajo del ojo un pequeño corte azul y rojo.

Me dijo: Quiero que sepas que yo esperaba que tú me ayudarías.

¿Y no te he ayudado?

Abrió el fardo. Aquí tienes tus cortinas y aquí el hilo. Toma, un dólar por el alquiler.

Son tuyas, le digo. Me gusta serte útil. Hago todo lo que puedo.

Le dijiste a Harpo que me pegara.

Me parece que sé por qué, pero se lo pregunto de todos modos.

Y me dice: La verdad, me recuerdas a mi mamá. Mi papá la tiene en un puño. Él manda en todo. Ella nunca replica. Nunca se rebela. Si alguna vez protesta para defender a sus hijos, es peor. Cuanto más protesta ella, más se enfada él. Mi papá odia a los niños. Pero nadie lo diría, con los que tiene.

No sé nada de su familia. Pero, al verla a ella, pensé que ninguno debía de asustarse de nada.

¿Cuántos tiene?, pregunto.

Doce.

Uf, digo. Mi papá tuvo seis con mi mamá antes de que ella muriera y otros cuatro con la mujer que tiene ahora. No hablo de los dos que tuvo conmigo. ¿Cuántas chicas?, pregunta.

Cinco. ¿Y vosotras?

Nosotras somos seis. Seis chicas y seis chicos. Todas las chicas son anchas y fuertes como yo. Los chicos también, pero nosotras siempre nos ayudamos. A veces dos de los chicos se unen a nosotras. Cuando nos peleamos todos es un espectáculo.

Yo nunca he pegado a nadie. Bueno, cuando estaba en casa les daba en el trasero a los pequeños si no se portaban bien, pero no lo bastante fuerte como para hacerles daño.

¿Y qué haces cuando te enfadas?, me pregunta.

Lo pienso. No recuerdo cuándo fue la última vez que me enfadé, le digo. Me enfadaba con mi mamá porque me hacía trabajar mucho. Luego vi que estaba enferma y no pude seguir enfadándome. Tampoco podía enfadarme con mi papá, porque por algo era mi papá.

No se lo dije.

No mientas.

No lo dije en serio.

Entonces, ¿por qué lo dijiste?

Me miraba a los ojos sin pestañear, cansada, respirando hondo.

Lo dije porque soy una estúpida, porque te tengo envidia. Lo dije porque tú haces lo que yo no puedo hacer.

¿Y qué es lo que hago?

Pelear, le digo.

Se queda mirándome, como si lo que le digo le quitara el viento de las velas. Si antes estaba furiosa, ahora está triste.

He tenido que pelear toda la vida, me dice. Pelear con mi papá, con mis hermanos, con mis primos y con mis tíos. Una chica no está segura con tantos hombres en la familia. Pero nunca pensé que tendría que pelear en mi propia casa. Quiero a Harpo, dice suspirando, bien lo sabe Dios. Pero antes que consentir que me pegue, lo mato. Ya lo sabes, si quieres un hijastro muerto sigue aconsejándole así. Se pone la mano en la cadera. Yo he cazado con arco y flechas, me dice.

Domino el temblor que me empezó cuando la vi venir y le digo: Me avergüenzo de mí misma. Pero bastante me ha castigado el Señor.

Al Señor no le gustan las cosas feas.

Pues es lo que más abunda.

Esto hace que la conversación entre por otro camino.

Tú me tienes compasión, ¿no es verdad?

Ella lo piensa y dice despacio: Sí, te la tengo.

Honrarás padre y madre, dice la Biblia, pase lo que pase. Luego, cada vez que me enfadaba o empezaba a enfadarme, me ponía enferma. Me daban ganas de vomitar. Una cosa horrible. Pronto empecé a no sentir nada.

Sofía frunce el entrecejo. ¿Nada de nada? Bueno, a veces Mr. — se

pone bastante difícil. Entonces tengo que hablar con el Sumo Hacedor. Pero es mi marido. Me encojo de hombros. Esta vida acabará pronto, digo. El cielo es para siempre.

Tendrías que abrirle la cabeza a Mr. ——— y pensar en el cielo después, me dice.

Casi nada me parece divertido. Pero eso me hace gracia. Me río. Ella se ríe. Nos reímos tanto que tenemos que sentarnos en el escalón.

Vamos a hacer retazos para colcha con estas pobres cortinas, dice ella. Yo corro a buscar mi libro de patrones.

Ahora duermo como un bebé.

*

Querido Dios:

Shug Avery está enferma, y en toda la ciudad no hay quien quiera tener en casa al Ruiseñor de Oro. Su mamá dice que ella ya se lo había advertido, y su papá que es una pérdida. Una mujer ha dicho en la iglesia que se estaba muriendo, quizá de la tuberculosis o de alguna porquería de mujeres. Yo quería preguntar de qué, pero no me he atrevido. Las mujeres de la iglesia a veces son amables conmigo y a veces, no. Me ven batallar con los hijos de Mr. ———, tratando de llevarlos a la iglesia y procurando que se estén quietos una vez dentro. Algunas estaban en casa las dos veces que fui de parto. Cuando les parece que no las veo, me miran y miran. No saben qué pensar.

Yo procuro llevar la frente alta lo mejor que puedo. Ayudo al cura, limpio el suelo y las ventanas, pongo el vino y lavo el mantel del altar. En el invierno, me ocupo de que no falte leña para la estufa. El cura me llama Hermana Celie. Hermana Celie, me dice, eres tan piadosa como largo es el día. Luego habla con las otras mujeres y con sus maridos, mientras yo ando de un lado al otro trabajando. Mr. ——— se queda siempre sentado atrás, cerca de la puerta. Las mujeres le miran y le sonrían. Él hace como si yo no existiera.

Hasta el cura ha tenido que hablar de Shug Avery ahora que está enferma. Ha hecho un sermón refiriéndose sólo a ella. Sin decir nombres, claro, pero tampoco hacía falta. Todos sabíamos por dónde iba. Hablaba de una descocada de faldas cortas, que fuma; y bebe ginebra, que canta por dinero y roba maridos. Y la ha llamado desvergonzada, pécora, lagarta y mujer de la calle.

Cuando ha dicho eso, yo he mirado a Mr. ——— con disimulo. Mujer de la calle. Alguien debió salir en su defensa, creo yo. Pero él se ha callado. Cruzaba y descruzaba las piernas y miraba por la ventana. Luego, las mismas que le sonrían han dicho amén a todo.

Pero cuando hemos vuelto a casa, él ni siquiera se ha parado a cambiarse

de ropa y ha empezado a dar voces llamando a Harpo. Harpo ha venido corriendo desde su casa.

Engancha el carro, le ha dicho.

¿Adónde vamos?, pregunta Harpo.

Engancha el carro, le dice otra vez.

Harpo engancha los caballos y los dos se quedan hablando un momento al lado del granero. Luego, Mr. ——— se va en el carro.

La ventaja de que no trabaje cuando está en casa es que no le echamos de menos cuando no está.

Al cabo de cinco días, al mirar la carretera, veo venir el carro. Está cubierto con una especie de toldo hecho de mantas viejas o algo así. Se me dispara el corazón y lo primero que se me ocurre es cambiarme el vestido.

Pero ya es tarde para eso. Cuando he sacado un brazo y la cabeza, el carro ya ha parado en el patio. Además, ¿de qué iba a servirme otro vestido con este pelo todo revuelto y este pañuelo lleno de polvo, los zapatos viejos y con lo que huelo?

Estoy fuera de mí, no sé qué hacer. Me quedo plantada en medio de la cocina. La cabeza me da vueltas. Lo único que se me ocurre es: ¡Quién se lo iba a imaginar!

Celie, oigo gritar a Mr. ———. Harpo.

Vuelvo a ponerme el vestido y me limpio como puedo el sudor y el polvo de la cara. Salgo a la puerta. ¿Sí? pregunto tropezando con la escoba que tenía en la mano cuando vi venir el carro.

Harpo y Sofia están en el patio, mirando dentro del carro con la cara muy seria.

¿Quién es?, pregunta Harpo.

La que tenía que haber sido tu madre, le dice él.

¿Shug Avery? Harpo me mira.

Ayúdame a llevarla a la casa, dice Mr. ———.

Cuando veo asomar un pie de la mujer, me parece que el corazón se me va a salir por la boca.

No está acostada. Baja por su propio pie, apoyándose en Harpo y Mr. ———. Y viste que tira de espaldas. Lleva vestido de lana roja, con todo el pecho lleno de collares negros, sombrero brillante con unas plumas que parecen de cola de gallo curvadas sobre una mejilla y bolso de piel de

serpiente, a juego con los zapatos.

Está tan elegante que parece que hasta los árboles se ponen de puntillas para verla mejor. Ahora la veo tropezar entre los dos hombres. No parece ser muy dueña de sus pies.

De cerca, veo todo el polvo amarillo que lleva en la cara y los labios pintados de rojo. Es como si no le quedara mucho tiempo en este mundo y ya se hubiera arreglado para el otro. Pero sé que no es así.

Vamos, de prisa, dentro, quiero gritar. De prisa. Con la ayuda de Dios, Celie te pondrá bien. Pero no digo nada. No es mía. la casa. Y tampoco me han avisado.

En las escaleras, Mr. — me mira y dice: Celie, es Shug Avery, una vieja amiga de la familia. Prepara el cuarto de los invitados. Luego, la mira a ella, sujetándola con un brazo y agarrándose a la barandilla con la otra mano. Harpo al otro lado, tiene la cara triste. Sofia y los niños nos miran desde el patio.

Yo no me muevo porque no puedo. Necesito verle los ojos. Me parece que cuando le haya visto los ojos mis pies se despegarán del suelo.

Muévete, me dice él, brusco.

Entonces ella levanta los ojos.

Debajo de los polvos, su cara es tan negra como la de Harpo. Tiene la nariz larga y afilada y la boca grande y carnosa. Los labios son como ciruelas negras. Los ojos, grandes, brillantes. Por la fiebre. Y ruines. A pesar de estar enferma, podría matar de una mirada a una serpiente que se cruzara en su camino.

Me mira de arriba abajo y se ríe bajito. Es como un ronquido de muerte. Pues sí que eres fea, dice como si no se lo hubiese creído hasta ahora.

*

Querido Dios:

Shug Avery no es que sea mala. Lo que pasa es que está enferma. Nunca había visto a nadie tan enfermo. Está más enferma que mi mamá cuando se murió. Pero ella es más atravesada que mi mamá, yeso la hace vivir.

Mr. — está a su lado de día y de noche. Pero no le coge la mano. Ella no le deja. Suelta mi jodida mano, le dice. ¿Qué te pasa? ¿Estás chiflado? No quiero a mi lado a un mequetrefe que no supo decir que no a su papá. Yo necesito a un hombre. Un hombre. Lo mira, pone los ojos en blanco y se ríe. No es una gran risa, pero basta para que él no se acerque a la cama. Se queda sentado en un rincón, lejos de la lámpara. A veces, ella se despierta por la

noche y ni lo ve. Pero él está allí, en lo oscuro, mordiendo la pipa. Sin tabaco. Lo primero que ella le dijo: No quiero oler a cochina pipa, ¿me has oído, Albert?

Yo me pregunto quién será Albert. Luego caigo. Albert es el nombre de pila de Mr. ———.

Mr. ——— no fuma. No bebe. Casi ni come. Se pasa las horas en ese cuarto, oyéndola respirar.

¿Qué tiene?, le pregunto.

Si no la quieres, habla claro, me dice. No servirá de nada, pero si es eso lo que piensas... No acaba de hablar.

Sí que la quiero, digo, demasiado pronto. Él me mira como si pensara que cavilo algo malo.

Sólo deseo saber lo que le pasa, digo.

Le miro a la cara. Le noto cansado, triste y veo que tiene la barbilla débil. Tengo yo más barbilla que él. Y su ropa está sucia, sucia. Cuando se la quita, se levanta polvo.

Nadie defiende a Shug, dice. Y le viene una agüilla a los ojos.

*

Querido Dios:

Han tenido tres hijos, y a él le da apuro bañarla. A lo mejor imagina que va a empezar a pensar cosas que no debe. Pera, ¿ya mí qué me pasa? La primera vez que vi todo el cuerpo de Shug Avery, larga y negro, con sus pezones de ciruela negra iguales que sus labios, se me figuró que me había convertido en hombre.

¿Qué miras?, me pregunta. Cortante. Está más débil que una gata recién nacida, pera tiene una lengua de hierra. ¿Nunca habías vista a una mujer desnuda?

No, señora, le digo. Nunca. Menos a Sofia, y ella es tan gordita y tan loca que se me antoja una hermana.

Ella dice: Anda, mira bien. Aunque ahora no soy más que un saco de huesos. Aun así, se pone una mano en la cadera y me mira parpadeando. Luego, mientras la lavo, rechina los dientes y mira al techo. Yo le froto la piel como si rezara. Me tiemblan las manos y se me corta la respiración.

¿Has tenido hijos?, me pregunta. Sí, señora, le contesto.

¿Cuántos? Y no me digas sí, señora, que no soy tan vieja.

Dos.

¿Dónde están?

No lo sé. Me mira de un modo extraño.

Los míos están con su abuela, dice. A los niños los soporta, pero yo tuve que irme.

¿Los echa de menos?, pregunto.

No. No echo de menos nada.

*

Querido Dios:

Le pregunto a Shug Avery qué quiere de desayuno. ¿Qué tienes?, dice. Jamón, huevos, cereal, galletas, café, leche, mantequilla, tostadas, jalea y mermelada.

¿Y nada más? ¿No hay zumo de naranja, pomelo, fresas con nata, té? Se ríe.

No quiero tu maldita comida. Sólo una taza de café y mis cigarrillos.

Yo no discuto. Le pongo el café y enciendo el cigarrillo. Lleva un camisón blanco de manga larga y la mano, negra y delgada, que toma el cigarrillo es normal. Pero tiene algo, no sé si serán las venas pequeñas y finas que se ven o las grandes y gruesas que procuro no mirar, que me asusta. Algo que me llama. Si no me vigilo cogeré esa mano y me meteré sus dedos en la boca.

¿Puedo sentarme a desayunar contigo?, le pregunto.

Ella se encoge de hombros. Está mirando una revista. Tiene mujeres blancas que se ríen, que se levantan el collar de cuentas con un dedo, que bailan en el techo de los coches o que se tiran a las fuentes. Pasa las hojas de prisa. Parece nerviosa. Me recuerda a un niño tratando de divertirse con un juguete que no sabe manejar.

Bebe café y fuma su cigarrillo. Yo muerdo una jugosa loncha de jamón curado en casa. Es un jamón que cuando lo cueces se huele en un kilómetro a la redonda. No tarda nada en perfumar el cuartito.

Unto una galleta con una buena capa de mantequilla, haciendo olitas. Echo por encima jugo del jamón y revuelvo los huevos con el cereal.

Ella, fuma que te fuma. Mira el fondo de la taza, como buscando algo sólido.

Por fin dice: Celie, me bebería un vaso de agua, y la que tengo aquí al lado de la cama no está fresca.

Me alarga el vaso.

Yo dejo mi bandeja en la mesita y salgo a buscar agua. Cuando vuelvo y cojo la bandeja, parece que un ratón ha estado mordisqueando la galleta y una rata se ha llevado el jamón.

Ella hace como si nada, dice que está cansada y cierra los ojos.

Mr. — me pregunta cómo he conseguido que comiera.

Yo le digo: No hay ser viviente que pueda oler el jamón curado en casa sin probado. Si está muerto puede que resista la tentación, pero no es seguro.

Mr. — se ríe.

Le veo algo extraño en los ojos.

He tenido miedo, me dice. Miedo. Y se tapa los ojos con las manos.

*

Querido Dios:

Hoy Shug Avery ha estado un rato sentada en la cama. Le he lavado el pelo y la he peinado. Tiene el pelo más enredado, corto y encrespado que he visto nunca. Y me entusiasma hasta el último rizo. Guardo todo el que ha quedado en el peine. Cualquiera día me hago una redecilla o un postizo.

La peinaba como si fuera una muñeca, o como si fuera Olivia. O como si fuera mi mamá. Peinando y sacudiendo, peinando y sacudiendo suavemente. Al principio me decía: Date prisa y acaba pronto. Después ha cedido y se ha apoyado en mis rodillas. Así da gusto, decía. Así me hacía mi mamá. O quizá la abuela. Ha cogido un cigarrillo y ha empezado a cantar bajito.

¿Qué canción es ésta?, le pregunto. Me ha parecido bastante atrevida. Habla de esas cosas que dice el señor cura que es pecado escuchar. Y no digamos cantarlas.

Ella ha seguido cantando. Es algo que se me ha ocurrido, dice. Algo que me he inventado. Algo que tú, rascando, rascando, me has ayudado a sacarme de la cabeza.

*

Querido Dios:

Esta noche se ha presentado en casa el papá de Mr. —. Es bajito, seco, calvo y con gafas de oro. Carraspea mucho, como si todo lo que dice tuviera que anunciarse y habla doblando el cuello hacia un lado.

En seguida ha ido al grano.

No has descansado hasta meterla en tu casa, ¿verdad?, ha dicho ya desde el peldaño.

Mr. ——— no le ha contestado. Se ha quedado mirando los árboles del pozo y el tejado de la casa de Harpo y Sofia.

¿No quiere sentarse?, pregunto yo acercando una silla. ¿Le apetece un vaso de agua fresca?

Por la ventana oigo tararear a Shug, ensayando la cancioncita. Con disimulo, voy a su cuarto y cierro la ventana.

El viejo Mr. ———le decía a Mr. ———: Me gustaría saber qué tiene esa Shug Avery. Es negra como la pez, tiene el pelo crespo y unas piernas que son dos palos de béisbol.

Mr. ——— no contesta. Yo echo una gota de saliva en el agua del viejo Mr. ———.

Ya lo estás viendo, dice el viejo Mr. ———, ni siquiera es limpia. Dicen que tiene el mal de las mujeres.

Mr. ——— vuelve la cabeza despacio y mira cómo bebe su papá. Luego le dice muy triste: Tú no puedes comprenderlo. Yo quiero a Shug Avery. Siempre la he querido y siempre la querré. Debí casarme con ella cuando podía hacerlo.

Eso, dice el viejo Mr. ———. Y desperdiciar tu vida. (Aquí Mr. ——— gruñe por lo bajo.) Y, también, un buen pico de mi dinero. El viejo Mr. ——— carraspea. Ni siquiera se sabe quién fue su padre.

Eso a mí no me importa, dice Mr. ———.

Y su mamá lava ropa de los blancos. Además, cada uno de sus hijos tiene distinto padre. Es todo muy bajo y muy liado.

Mira, dice Mr. ——— volviéndose de cara a su papá, todos los hijos de Shug Avery tienen el mismo padre. De eso respondo yo.

El viejo Mr. ——— carraspea. Está bien, esta casa es mía. Estas tierras son mías. Tu hijo Harpo está viviendo en una casa mía, en mis tierras. Si en mi tierra nace mala hierba, la corto. Si el viento trae basuras, las quemo. Se levanta para irse. Me da el vaso. La próxima vez que venga le echaré un poco de pipí de Shug Avery en el agua. A ver si le gusta.

Celie, me dice, te compadezco. No hay muchas mujeres que admitan en su casa a la fulana de su marido.

Pero esto no me lo dice a mí. Lo dice a Mr. ———.

Mr. ——— me mira. Se cruzan nuestras miradas. Nunca habíamos estado tan cerca.

Trae el sombrero de Pa, Celie, me dice.

Se lo traigo. Mr. ——— no se mueve de la silla, junto a la barandilla. Yo me quedo en la puerta. Los dos vemos cómo el viejo Mr. ——— se aleja por el camino, carraspeando.

La siguiente visita es su hermano Tobías. Es alto y gordo y parece un oso pardo. Mr. ——— es pequeño como su papá. Su hermano es mucho más alto.

¿Dónde la tienes?, pregunta sonriendo. ¿Dónde está el Dulce Ruisenior? Tengo una cosa para ella, dice y deja una cajita en la barandilla.

Ahora duerme, le digo. Ha pasado mala noche.

¿Qué es de vuestra vida, Albert?, pregunta arrimando una silla. Se pasa una mano por el pelo que lleva planchado con pomada, se hurga en la nariz, se limpia en el pantalón y luego lo sacude marcando la raya.

Me he enterado de que Shug Avery está aquí. ¿Desde cuándo?

Hará un par de meses, dice Mr. ———.

Canastos, dice Tobías, oí decir que se estaba muriendo. Eso demuestra que no hay que hacer caso de lo que se oye por ahí. Se alisa el bigote y se lame los labios.

¿Qué cuentas de bueno, Miss Celie?, me pregunta.

No mucho.

Sofia y yo estamos haciendo otra colcha de retazos. He unido cinco piezas cuadradas y las extiendo en la mesita que está situada al lado de mi rodilla. En el suelo tengo una cesta llena de retales.

Siempre tan atareada, dice. Ojalá Margaret se pareciera a ti. Me ahorraría un montón de dinero.

Tobías y su papá siempre están hablando de dinero, como si aún tuvieran mucho. El viejo Mr. ——— ha vendido parte de su propiedad y no le queda ya mucho más que las casas y los campos. Mis campos y los de Harpo son los que más rinden.

Yo junto retales y miro los colores.

Entonces oigo caer para atrás la silla de Tobías y él dice: Shug.

Shug está a mitad del camino entre la salud y la enfermedad, y también a mitad de camino entre lo bueno y lo malo. Los más de los días ahora nos enseña el lado bueno. Pero hoy está de malas. Sonríe, y es como ver abrirse una navaja. Bien, bien, mira quién ha venido hoy.

Lleva una bata de flores que le he hecho yo y nada más. No aparenta más

de diez años, con el pelo recogido en trencitas. Está flaca como un fideo y en su cara todo son ojos.

Yo y Mr. ——— la miramos y los dos nos levantamos para ayudarla a sentarse. A él no lo mira. Acerca una silla y se sienta a mi lado.

Coge un retal cualquiera del cesto, lo sostiene a la luz, frunce el entrecejo. ¿Cómo diablos se cose esto?, me pregunta.

Le doy los retales que estoy pegando y empiezo otra costura. Ella da unas puntadas largas y torcidas que, no sé por qué, me recuerdan su canción.

Para ser la primera vez no está mal, le digo. Muy bonito. Ella me mira y resopla. Todo lo que yo hago lo encuentras bonito; Miss Celia, me dice. Pero eso es porque no tienes sentido común. Ella se ríe y yo bajo la cabeza.

Tiene mucho más que Margaret, dice Tobías. Margaret cogería esa aguja y te cosería la nariz.

Las mujeres no son todas iguales, Tobías, dice ella. Aunque tú no lo creas.

Oh, sí, lo creo, dice él. Pero no puedo demostrarlo al mundo.

Es la primera vez que pienso en el mundo.

¿Qué tendrá que ver el mundo con nada? Entonces me veo allí sentada, haciendo colcha, entre Shug Avery y Mr. ———. Nosotros tres contra Tobías y su cochina caja de bombones. Por primera vez en mi vida me siento a gusto.

*

Querido Dios:

Sofia y yo trabajamos en la colcha. La tenemos en el porche. Shug Avery nos ha dado su vestido amarillo para retales, y yo no pierdo ocasión de coser el retazo amarillo. Es un dibujo muy bonito que se llama Favorito de la Hermana. Si la colcha sale bien, a lo mejor se la regalo; si no, puede que me la quede para mí. Me gustaría tenerla, por los retales amarillos que parecen estrellas, pero no. Mr. ——— y Shug se han ido paseando hasta la carretera, donde está el buzón. En la casa no se oye nada más que las moscas que vuelan de un lado al otro, hartas de comida y gozando del calor. Oyéndolas zumbar me entra sueño.

A Sofia le da algo vueltas en la cabeza, no está segura de qué. Se inclina sobre la labor, cose un rato, levanta la cabeza, se apoya en el respaldo de la silla, mira al patio y luego deja la aguja y pregunta: ¿Por qué come la gente, Miss Celie, puedes decírmelo?

Pues, para vivir, le digo. ¿Y para qué, si no? Claro que hay personas que comen porque la comida les sabe buena. Y luego están los glotones. A éstos les

gusta hacer trabajar la boca.

¿Y no se te ocurren más razones?

Bueno, también pueden darse casos de estar desnutrido.

Ella lo piensa. Él no está desnutrido, dice.

¿Quién?

Harpo.

¿Harpo?

Está comiendo cada día más.

¿No tendrá la solitaria?

Ella frunce el entrecejo. No; no es la solitaria. La solitaria te da hambre y Harpo come hasta cuando no tiene hambre.

¿A la fuerza? Eso es muy raro, pero cada día se oyen cosas nuevas. Yo no, pero hay gente que lo dice.

Anoche, con la cena, se comió una fuente de galletas él solo.

¡No!

Como te digo. Y se bebió dos vasos grandes de suero de manteca. Y eso, después de cenar, mientras yo bañaba a los niños antes de acostarlos. Se suponía que él estaba lavando los platos. Los dejaba limpios, sí, pero con la boca.

Tendría hambre. Vosotros trabajáis mucho.

No tanto. Y esta mañana, con el desayuno, maldito si no se comió seis huevos. Claro, de tanto comer, después no podía ni moverse. Cuando salimos al campo creí que se caía.

Cuando Sofia dice MALDITO es que algo anda mal. A lo mejor no quiere lavar platos. Su papá no ha lavado un plato en su vida.

¿Tú crees? Pues parece que le gusta. A decir verdad, los trabajos de la casa le gustan más que a mí. Yo prefiero estar en el campo y con los animales. Incluso partiendo leña. Pero a él le encanta guisar, limpiar y arreglar la casa.

Guisar, guisa muy bien, digo. Es la primera noticia. Mientras estuvo en casa, no se cocinó ni un huevo.

No sería por falta de ganas, dice ella. Tiene mucha afición a la cocina, pero ya sabes cómo es Mr. ———.

Oh, Mr. ——— es un buen hombre.

¿Te encuentras bien, Miss Celie?

Quiero decir un buen hombre según se mire.

Ya. Bueno, la próxima vez que veas a mi marido, fíjate en si come algo.

Y cómo no iba a fijarme. Nada más vedo entrar, le miro bien. Sigue flaco, abulta la mitad que Sofia, pero por debajo del mono se le marca la tripa.

¿Qué tienes de comida, Miss Celie?, me pregunta, yendo derecho al horno. Saca un trozo de pollo frito y se corta un pedazo de tarta de arándano que hay en el aparador. Come de pie, al lado de la mesa. ¿Tienes suero de leche?

Tengo cuajada.

Bueno, me gusta la cuajada.

Le sirvo un bol. ¿Sofia no te da de comer?, le pregunto.

¿Por qué lo dices?, responde con la boca llena.

Es que no hace tanto que pasó la hora de comer y ya tienes hambre.

Él no contesta. Come.

Claro que tampoco falta mucho para la cena. Tres o cuatro horas.

Él revuelve en el cajón, buscando una cuchara para la cuajada. Ve una rebanada de pan de maíz en la repisa, la coge y la miga en el tazón.

Salimos al porche y él se sienta con los pies en la barandilla. Come las sopas arrimando el tazón a la barbilla. Me recuerda a un cerdo en el comedero.

Tienes buen apetito, ¿eh?, digo oyéndole masticar.

Él no contesta. Come.

Miro al otro lado del patio y veo a Sofia arrastrando una escalera y la apoya en el costado de la casa. Lleva unos pantalones viejos de Harpo y un pañuelo en la cabeza. Sube por la escalera al tejado y empieza a clavar clavos. Los martillazos resuenan en el patio como disparos.

Harpo come y la mira.

Luego eructa, dice: Perdón, Miss Celie. Lleva el tazón y la cuchara a la cocina, sale y dice: Adiós.

Pase lo que pase, venga quien venga, se diga lo que se diga, Harpo no para de comer. No hace más que pensar en la comida mañana, tarde y noche. Y lo único que le crece es la barriga. Lo demás, no. Empieza a parecer que está en estado interesante.

¿Para cuándo lo esperas?, le preguntamos.

Él no dice nada y coge otra tajada de pastel.

*

Querido Dios:

Harpo está con nosotros este fin de semana. El viernes por la noche, cuando Mr. ——— y Shug y yo nos habíamos acostado, oí que alguien lloraba. Harpo estaba sentado en la escalera, llorando como un crío. Buaa, buaa, buaa. Tenía la cabeza entre las manos y las lágrimas y los mocos le caían por la barbilla. Yo le doy un pañuelo. Él se suena y me mira con unos ojos casi cerrados de lo hinchados.

¿Qué te ha pasado en los ojos?, le pregunto.

Él va a inventar algo, pero se decide por la verdad.

Ha sido Sofia, dice.

¿Sigues incordiando a Sofia?

Es mi mujer.

Eso no quiere decir que debas andar siempre mareándola. Sofia te quiere, es una buena esposa, es cariñosa con los niños y es bonita, trabajadora, piadosa y limpia. No sé qué más puedes pedir.

Él dice, hipando: Quiero que me obedezca, como tú a Pa.

¡Señor!

Cuando Pa te dice que hagas esto o lo otro, tú lo haces. Cuando dice que no lo hagas no lo haces. Y cuando no haces lo que dice él, te pega.

Y cuando lo hago, también.

Eso, dice él. Pues Sofia, no. Ella hace siempre lo que le viene en gana, por más que yo le diga. Y cuando voy a pegarle, ella me hincha los ojos. Buaa, buaa, buaa.

Le quito el pañuelo y me vienen ganas de echarle a puntapiés. Pienso en Sofia. Me intriga Sofia. Yo cazaba con arco y flechas, me dijo un día.

A algunas mujeres no se les puede pegar, le digo. Sofia es de ésas. Además, Sofia te ama. Seguramente, estará encantada en hacer lo que tú quieras, si se lo pides bien. No es ruin, ni vengativa, ni rencorosa.

Él está con la cabeza gacha y cara de retrasado.

Harpo, le digo, sacudiéndole por un hombro. Sofia te quiere y tú quieres a Sofia.

Él me mira lo mejor que puede con sus ojitos entornados. ¿Sí, señora?

Mr. ——— se casó conmigo para que cuidara de sus hijos. Yo me casé con él porque mi padre me obligó. Yo no quiero a Mr. ——— ni él me quiere a mí.

Pero tú eres su mujer, como Sofia lo es mía. Y la mujer tiene que respetar al marido.

¿Respetas Shug Avery a Mr. ———? Ella es la mujer con la que él quería casarse, y ella lo llama Albert y le dice sin rebozo que le apesta el calzoncillo. Y, con lo enclenque que es él, en cuanto ella recupere su peso, si él trata de meterse con ella, lo aplasta.

Cuando empiezo a hablar del peso, Harpo se echa a llorar otra vez. Y se pone a vomitar. Saca el cuerpo por el lado de la escalera y vomita sin parar. Parece que está echando toda la tarta que ha comido en un año. Cuando se queda vacío, lo acuesto en la cama que está al lado del cuartito de Shug y se duerme al momento.

*

Querido Dios:

Voy a ver a Sofia y la encuentro reparando el tejado.

Las malditas goteras, me dice.

Está en el tajo, partiendo tablillas. Pone en el tajo un tarugo de madera y zis, zas, zis, zas, lo hace pedazos. Suelta el hacha y me dice si quiero limonada.

Yo la miro despacio. Aparte un cardenal en la muñeca, no parece tener más señales.

¿Cómo van las cosas entre tú y Harpo?, le pregunto.

Ya no come tanto, dice. Pero a lo mejor luego vuelve a las andadas.

Lo que él quiere es ser tan fuerte como tú, le digo.

Ella sorbe el aire entre los dientes. Algo así me figuraba yo, me dice. Luego, saca el aire poco a poco.

Los niños vienen corriendo. Mamá, mamá, limonada. Ella pone cinco vasos para ellos y dos para nosotras. Nos sentamos en un columpio, de madera que ella hizo el verano pasado y colgó en el porche, a la sombra.

Empiezo a cansarme de Harpo, me dice. Desde que nos casamos no hace más que pensar en hacerme obedecer. Él no quiere una esposa. Él quiere un perro.

Pero es tu marido, le digo. Tienes que vivir con él. ¿Qué ibas a hacer si no?

Al marido de mi hermana lo han llamado a filas. Ellos no tienen hijos y

Odessa adora a los niños. Él la ha dejado en una granjita. Yo podría ir a vivir con ella y llevarme a los niños.

Yo me acuerdo de mi hermana Nettie. Y me acuerdo tan a lo vivo que hasta me duele. Alguien a quien acudir. Tiene que dar tanto gusto que no sé si podría resistirlo.

Sofia sigue hablando y mira su vaso frunciendo el entrecejo.

Ya no me gusta dormir con él. Antes, cuando él me tocaba, yo perdía la cabeza. Ahora sólo pido que me deje en paz. Y cuando lo tengo encima me pongo a pensar que ahí es donde quiere estar a todas horas. Bebe un sorbo de limonada. A mí me gustaba eso. Era yo la que le hacía correr a casa. Sólo de verle acostar a los niños me encendía. Pero ya no. Ahora siempre estoy cansada. No me interesa.

Vamos, vamos, le digo. Espera un poco. A lo mejor te vuelve a gustar. Pero lo digo sólo por decir. Yo no sé nada de eso. Mr. ——— viene, se despacha y a los diez minutos ya estamos durmiendo los dos. Sólo si pienso en Shug siento algo ahí abajo. Y es como correr hasta el borde de la carretera y que la carretera se eche para atrás.

¿Y sabes qué es lo peor?, me pregunta. Lo peor es que él ni lo nota. Él lo pasa tan ricamente, como si nada. No importa lo que yo piense. Ni lo que yo sienta. Él es así. Resopla y dice: Al verle hacer eso, me dan ganas de matarlo.

Miramos por el camino hacia la casa. Shug y Mr. ——— están sentados en la escalera. Él le quita algo del pelo.

Bueno, a lo mejor no me voy, dice Sofia. En el fondo, sigo queriéndolo; pero es que, a veces, me cansa. Bosteza. Necesito unas vacaciones, dice. Luego, vuelve al tajo y sigue partiendo maderas para el tejado.

*

Querido Dios:

Tiene razón Sofia en lo de sus hermanas. Todas son grandes, fuertes y sanas como amazonas. Una mañana temprano, vienen en dos carros para llevarse a Sofia. Ella no tiene mucho equipaje: su ropa, la de los niños, un colchón que hizo este invierno, un espejo y una mecedora. Y los niños.

Harpo está sentado en la escalera, como si le tuviera sin cuidado. Está tejiendo una red para pescar. De vez en cuando, mira al arroyo y silba una canción. Pero eso no es nada, comparado con su silbido normal. Éste es un silbido extraviado en una jarra, pero una jarra hundida en el fondo del río.

En el último minuto, decido regalar a Sofia la colcha. No sé cómo será la casa de su hermana, pero el frío aprieta y puede que ella y los niños tengan

que dormir en el suelo.

¿Vas a dejada marchar?, pregunto a Harpo.

Él me mira como si hubiera que ser tonto de remate para preguntar eso. Ella ha dicho que se va, me dice. ¿Cómo quieres que yo se lo impida? Que se vaya, dice mirando de través a los carros de las hermanas.

Me siento a su lado en la escalera. Dentro suenan, bum, bum, bum, pisadas de pies fuertes y macizos. Todas las hermanas de Sofia moviéndose al mismo tiempo hacen temblar la casa.

¿Dónde vamos?, pregunta la niña mayor.

A ver a tía Odessa, dice Sofia.

¿Papá no viene?

No.

¿Por qué no viene papá?, pregunta ahora uno de los niños.

Papá tiene que quedarse a cuidar de la casa. Y a cuidar de Dilsey, Coco y Boo.

El niño se para delante de su padre y lo mira fijo.

¿Tú no vienes?

No, dice Harpo.

El niño se va hacia la pequeña que gatea por el suelo y le dice:

Papá no viene, ¿qué te parece?

La chiquita se sienta, se queda quieta, aprieta y se tira un pedo.

Todos nos reímos. Pero también da pena. Harpo la levanta, palpa el pañal y va a cambiarla.

No está sucia, dice Sofia. Sólo ha sido aire.

Pero él la cambia de todos modos. Se la ha llevado a un extremo del porche, fuera de la circulación. Se seca los ojos con el pañal usado.

Por fin da la niña a Sofia, que se la cuelga del hombro con un pañuelo, coge una bolsa con los pañales y la comida, reúne a todos los demás y les manda decir adiós a papá. Luego, me da un abrazo lo mejor que puede con la niña y demás y sube al carro. Cada una de las hermanas lleva a un niño entre las rodillas, menos las dos que guían las mulas. Sin decir nada, salen del patio y se van por el camino que pasa por el lado de la casa.

*

Querido Dios:

Hace seis meses que Sofia se fue y Harpo parece otro. Él siempre tan casero, se pasa el día en la calle.

Yo le pregunto qué hace. Miss Celie, me contesta, estoy aprendiendo muchas cosas.

Una de las cosas que ha aprendido es que él es un tío listo. Otra, que es astuto. Y otra, que puede hacer dinero. No me dice quién es su maestro.

No había oído tantos martillazos desde que se marchó Sofia; pero ahora todas las noches, cuando vuelve del campo, todo es clavar y desclavar. A veces viene a ayudarlo su amigo Swain, y los dos trabajan hasta muy tarde. Mr. — ha tenido que gritarles que paren de una vez tanto jaleo.

¿Qué estáis haciendo?, pregunto.

Un club nocturno.

¿Tan lejos?

No más lejos que los otros.

Yo no sé nada de los otros. Sólo he oído hablar del «Lucky Star».

Los clubs tienen que estar apartados, dice Harpo. Así no se molesta a la gente con la música, el baile y las peleas.

Ni con las muertes, dice Swain.

Y la Policía no sabe dónde buscar, dice Harpo.

¿Qué va a decir Sofia de lo que estáis haciendo con su casa?, pregunto. Imagina que ella y los niños vuelven el día menos pensado. ¿Dónde van a dormir?

Harpo dice: No volverán, mientras clava unas tablas para el mostrador.

¿Y eso tú cómo lo sabes?, pregunto.

Él no contesta y sigue trabajando, siempre con Swain.

*

Querido Dios:

La primera semana no vino nadie. La segunda, tres o cuatro. La tercera, uno. Harpo está sentado detrás del mostrador y escucha a Swain, que toca el organillo.

Tiene refrescos, tiene parrilla, tiene pastas, tiene pan de molde. Tiene un rótulo que dice «Harpo's» clavado a un lado de la casa y otro, en la carretera. Pero no tiene clientes.

Yo bajo hasta la casa y me quedo en el patio. Luego, me asomo, Harpo me saluda con desde dentro.

Pasa, Miss Celie. No, gracias, le digo.

Mr. ——— baja de vez en cuando a tomar un refresco y escuchar a Swain. Miss Shug también va. Todavía lleva sus batitas y yo aún le trenzo el pelo, pero empieza a tenerlo largo y quiere alisárselo.

Harpo no sabe qué pensar de Shug. Eso de que ella diga todo lo que le pasa por la cabeza sin preocuparse de los buenos modales lo deja con la boca abierta. A veces, cuando cree que no lo veo, se la queda mirando sin pestañear.

Un día me dijo: Nadie se molesta en venir hasta aquí sólo para oír a Swain. ¿Crees que el Dulce Rruiseñor querría cantar para nosotros?

No lo sé, le contesté. Ya está mucho mejor y la oigo cantar a todas horas. A lo mejor se alegra de volver a trabajar. ¿Por qué no se lo preguntas?

Shug dice que el local no es gran cosa, comparado con los sitios en los que ella ha trabajado, pero que a lo mejor les obsequia con una canción.

Harpo y Swain piden a Mr. ——— los viejos carteles que guarda en el baúl. Tachan «Lucky Star» de Coalman Road y ponen «Harpo's» de la Plantación ——— y luego los pegan en los troncos de los árboles de la carretera, entre el desvío que va a nuestra granja y la ciudad. El primer sábado por la noche viene tanta gente que no caben todos dentro.

Shug, Shug, niña, creíamos que habías muerto.

Casi la mitad la saludan así.

Hemos venido a ver si eras tú de verdad, Shug, dicen todos riéndose.

Por fin voy a ver trabajar a Shug Avery. Por fin voy oírla.

Mr. ——— no quería que fuera. Las mujeres casadas no van a esos sitios.

Pero Celie irá, dice Shug mientras yo le aliso el pelo. Imagina que me encuentro mal mientras estoy cantando, dice. Imagina que se me rompe el vestido. Va a llevar un vestido rojo muy ceñido al cuerpo, con unos tirantes finos como dos hebras de hilo.

Mientras se viste, Mr. ——— no hace más que gruñir. Mi mujer no hace eso, mi mujer no hace lo otro, yo no le consiento a mi mujer... Y así sin parar.

Por fin voy a ver trabajar a Shug Avery. Por fin condenada mujer.

Entonces él se calla. Los tres bajamos a casa de Harpo. Mr. ——— y yo nos sentamos a la misma mesa. Mr. ——— bebe whisky. Yo tomo un refresco.

Shug empieza cantando una canción de una tal Bessie Smith. Dice que

Bessie es una vieja amiga. Se llama la canción Un buen hombre es difícil de hallar. Mientras la canta, va mirando a Mr. ————. Yo también lo miro. Para lo pequeño que es hay que ver cómo se hincha. Parece que no cabe en la silla. Yo miro a Shug y siento que se me encoge el corazón. Me duele tanto que tengo que ponerle la mano encima. Para el caso que me hacen, lo mismo daría que me metiera debajo de la mesa. Me da rabia la facha que tengo y el vestido que llevo. En mi armario no hay más que ropa para ir a la iglesia. Y Mr. ———— mira la piel negra y reluciente de Shug, con su vestido rojo y sus zapatos rojos y su ondulado y brillante.

Antes de que pueda darme cuenta, las lágrimas se me juntan debajo de la barbilla.

Y me da vergüenza.

Él goza mirando a Shug. Yo gozo Shug.

Y Shug sólo goza mirando a uno de nosotros. A él.

Pero es natural. Yo lo sabía. Entonces, ¿por qué me duele el corazón?

Bajo la cabeza y por poco no meto la nariz en el vaso.

Entonces oigo mi nombre.

Shug dice Celie. Miss Celie. Yo la miro.

Ella vuelve a decir mi nombre. Dice que ésta se llama La canción de Miss Celie, porque ella me ayudó a sacármela de la cabeza, cuando estaba enferma.

Empieza tarareando, como hace en casa. Luego, se pone a cantar.

Habla de un hombre que le hace daño. Pero yo no escucho la letra. La miro a ella y voy tarareando la música.

Es la primera vez que alguien hace algo y le pone mi nombre.

*

Querido Dios:

Shug no tardará en marcharse. Ahora canta en casa de Harpo todos los fines de semana. Él gana buen dinero y ella también. Pero ya está fuerte y sana otra vez. Las primeras noches cantaba bien, pero con la voz un poco floja. Ahora la oyen hasta los del patio. Ella y Swain suenan divinamente. Ella canta y él toca el organillo. Está bonita la casa de Harpo. Hay mesitas en toda la sala, con velas hechas por mí, y más mesas fuera, al lado del arroyo. Mirando desde mi hogar, parece que la casa de Sofia se ha llenado de luciérnagas. En cuanto se hace de noche, Shug sólo piensa en bajar allí.

El otro día me dijo: Bueno, Miss Celie, me parece que ha llegado el

momento de que me vaya.

¿Cuándo te irás?, le pregunto.

A primero de mes. Junio. Junio es buena época para irse por ahí.

No digo nada. Me siento lo mismo que cuando se fue Nettie.

Ella me pone una mano en el hombro.

Él me pega cuando tú no estás, le digo.

¿Quién? ¿Albert?

Mr. ———.

No puedo creerlo. Se sienta a mi lado en el banco. Con fuerza, como si le fallaran las piernas.

¿Por qué te pega?

Por ser yo y no tú.

Oh, Miss Celie, dice, abrazándome.

Nos quedamos así quizá media hora. Luego, me da un beso en el hombro y se levanta.

No pienso dejarte hasta estar segura de que Albert no ha de volver a pegarte.

*

Querido Dios:

Ahora que todos sabemos que ella se irá pronto han empezado a dormir juntos. No todas las noches, pero casi todas, de viernes a lunes.

Él baja a casa de Harpo a oír cantar. Y, sencillamente, a mirada. Luego, vuelven los dos juntos, tarde, y se quedan riendo, charlando y rebullendo hasta la mañana. Después se acuestan hasta que ella tiene que volver a trabajar.

La primera vez, las cosas vinieron rodadas. Se dejaron llevar de los sentimientos. Eso me dijo Shug. Él no me explicó nada.

Ella me preguntó: Dime la verdad, ¿te importa si Albert se acuesta conmigo?

Yo pienso que me trae sin cuidado con quién se acueste Albert. Pero me lo callo.

Podrías quedar otra vez embarazada, le digo.

Ya no, me contesta. Ahora uso la esponja y esas cosas.

¿Todavía lo quieres?, pregunto.

Tengo lo que se dice una debilidad por él. De haberme casado, habría sido con él. Pero no tiene carácter. Es incapaz de saber lo que quiere. Y, por lo que me cuentas, un bruto. Pero tiene cosas que me gustan. Cómo huele. Lo pequeño que es. Y que me hace reír.

¿A ti te gusta acostarte con él?

Sí, Celie, tengo que reconocer que me encanta. ¿A ti no?

No. Él mismo puede decirte lo poco que me gusta. ¿Por qué iba a gustarme? Se me echa encima, me sube el camisón y allá va. Muchas veces hago como si no estuviera, y él ni nota la diferencia. Nunca me pregunta lo que siento, ni nada. Se despacha, da media vuelta y a dormir.

Ella se ríe. Se despacha, me dice. Se despacha. Vamos, Miss Celie, lo dices como si hiciera sus necesidades encima de ti.

Eso es lo que a mí me parece.

Se queda seria.

¿Nunca te ha gustado?, me pregunta como si no pudiera creerlo. ¿Tampoco con el papá de tus hijos?

Nunca.

Tú aún eres virgen, Miss Celie.

¿Qué?

Mira, ahí abajo, en el minino, tienes un granito que se calienta cuando haces eso que tú sabes con alguien. Y se calienta y se calienta y por fin estalla. Eso es lo bueno. Pero hay más cosas buenas. Besos, caricias con los dedos y con la lengua.

¿Un granito? ¿Los dedos y la lengua? Lo que yo tenía caliente y a punto de estallar era la cara.

Ella me dice: Toma este espejo y míratelo. Seguro que nunca te lo has visto.

No.

Y seguro que tampoco has visto a Albert.

Pero lo he sentido.

Me quedo parada, con el espejo en la mano.

¿Es que te da vergüenza hasta mirarte?, me pregunta. Y con lo guapa que te has puesto, dice, riendo. Tan bien vestida para ir a casa de Harpo, y

perfumada. Y te da miedo mirarte el minino.

Quédate conmigo mientras miro, le digo.

Nos vamos corriendo a mi cuarto, como dos niñas traviesas.

Tú vigila desde la puerta, le digo.

Ella se ríe. De acuerdo, me dice. No hay enemigo a la vista.

Me echo en la cama, me levanto el vestido y me bajo los calzones. Pongo el espejo entre las piernas.

¡Uf, cuánto pelo! Unos labios negros y, dentro, como una rosa húmeda.

A que es más bonito de lo que pensabas, me dice desde la puerta.

Y es mío, digo. ¿Dónde está el granito?

En lo alto. Esa parte que sale un poco.

Lo miro y lo toco con el dedo. Siento un temblorcito. No gran cosa, pero lo bastante para saber que es ahí donde hay que tocar. Quizá.

Puestas a mirar, mira también las tetas. Me subo el vestido y las miro. Me acuerdo de cómo chupaban mis hijitos. Y me acuerdo del gustillo que me daba. Y a veces, más que eso. Lo mejor de tener hijos es darles de mamar.

Que vienen Albert y Harpo, dice. Yo me subo los calzones y me bajo las faldas. Me parece que hemos estado haciendo algo malo.

No me importa ni pizca que te acuestes con él, digo.

Y ella me cree.

Y yo también me creo.

Pero, cuando los oigo juntos, no puedo menos que echarme la colcha por la cabeza y acariciarme el granito y las tetas, llorando.

*

Querido Dios:

Una noche, mientras Shug estaba cantando hot, ¿quién te parece que entró en «Harpo's»? Pues, ni más ni menos que Sofia.

Venía con ella un tipo alto y cuadrado, con pinta de boxeador.

Ella, como siempre, tan fresca y lustrosa.

Oh, Miss Celie, me grita. Cómo me alegro de volver a verte. Y hasta me alegro de volver a ver a Mr. ——. Le da la mano. Aunque él no aprieta mucho.

Pero hace como si de verdad se alegrara de verla.

Arrima una silla, le dice. Toma algo fresco.

Ponme una copita de aguardiente, dice ella.

El boxeador coge una silla, se sienta a caballo y abraza a Sofia como si estuviera en su casa.

Veo a Harpo al otro lado de la sala, con su amiguita de piel amarilla. Está mirando a Sofia como si fuera un fantasma.

Os presento a Henry Broadnax, dice Sofia. Todo el mundo le llama Buster. Buen amigo de la familia.

Mucho gusto, dice él. Sonríe muy simpático, y nosotros seguimos escuchando la canción. Shug lleva un vestido dorado que deja fuera casi media teta. Todo el mundo parece estar esperando que algo se rompa. Pero el vestido es fuerte.

Ay, ay, ay, dice Buster. Aquí no habrá bastante con los bomberos. Hay que llamar a la Policía.

Mr. ——— dice a Sofia en voz baja: ¿Dónde has dejado a tus hijos?

Mis hijos están en casa, susurra ella. ¿Dónde están los tuyos?

Él no contesta.

Las dos chicas se quedaron embarazadas y se marcharon. Bub no hace más que entrar y salir de la cárcel. Si su abuelo no fuera el tío de color del sheriff que es igualito que Bub, a estas horas ya lo habrían linchado.

Hay que ver lo bien que está Sofia.

Después de cinco años, cualquier mujer estaría ajada, le digo cuando Shug acaba de cantar. Tú pareces estar dispuesta para otros cinco.

Ahora tengo seis hijos, Miss Celie, me dice.

Seis. Me deja pasmada.

Ella sacude la cabeza y mira hacia Harpo. La vida no se acaba cuando una se va de casa, Miss Celie. Eso tú lo sabes.

Pues la mía sí se acabó, pienso. Luego me digo que se acabó con Mr. ——— pero que ha vuelto a empezar ahora con Shug.

Shug viene a nuestra mesa y abraza a Sofia. Estás imponente, chica, le dice Shug.

Ahora me doy cuenta de que Shug tiene una manera de hablar, y a veces hasta de hacer, que parece de hombre. Los hombres dicen estas cosas a las

mujeres. Chica, estás imponente. Las mujeres siempre hablan del pelo y de la salud. De los niños vivos y de los muertos y de si les han salido los dientes. Ninguna le dice a la otra que está imponente.

Todos los hombres tienen los ojos puestos en el escote de Shug. Yo también. Y siento que se me endurecen los pezones. Y hasta el granito se levanta. Shug, le digo con el pensamiento, estás imponente, chica, bien lo sabe Dios.

¿Qué haces tú aquí?, pregunta Harpo.

He venido a oír a Miss Shug. Tienes un local muy bonito, Harpo. Mira alrededor, admirando los detalles.

Dice Harpo: Es un escándalo que una mujer con cinco hijos ande de noche por los clubes.

Los ojos de Sofia se ponen fríos y lo miran de arriba abajo.

Desde que Harpo dejó de atracarse de aquel modo ha engordado bastante, de beber whisky hecho en casa y comer restos de asado. Ahora abulta tanto como ella.

Una mujer tiene que distraerse de vez en cuando, dice Sofia.

Una mujer tiene que estar en su casa, dice Harpo.

Ésta es mi casa, dice ella. Pero me gusta más de bar.

Harpo mira al boxeador. El boxeador echa la silla atrás y coge el vaso.

Yo no me meto en los asuntos de Sofia, dice. Me conformo sólo con quererla y llevarla adonde ella quiera ir.

Harpo respira con alivio.

Vamos a bailar, dice.

Sofia se levanta riendo y le pone los dos brazos al cuello. Se van bailando muy despacio.

La amiguita de Harpo los mira desde el bar con malos ojos. Es una muchacha tranquila, dulce y todo lo que quieras, pero igual que yo. Siempre hace lo que dice Harpo.

Él hasta le ha puesto mote. La llama Squeak.

Pronto Squeak se arma de valor y se les acerca.

Harpo empieza a dar vueltas, para que Sofia no la vea. Pero Squeak le da en el hombro una y otra vez.

Por fin, tienen que dejar de bailar. Se han quedado a un paso de nuestra

mesa.

Ohoo, dice Shug, señalando con la barbilla. Ahí va a pasar algo gordo.

¿Quién es ella?, pregunta Squeak con su vocecita rota.

Tú ya sabes quién es.

Squeak mira a Sofia. Déjalo tranquilo, le dice.

Nada que oponer. Sofia da media vuelta para marcharse.

Harpo la agarra del brazo. Tú te quedas. Ésta es tu casa, mil rayos.

¿Qué es eso de que ésta es su casa?, dice Squeak. Ella te dejó, se fue de casa. Eso terminó, le dice a Sofia.

Por mí no hay inconveniente, dice Sofia. Trata de soltarse, pero Harpo la tiene bien agarrada.

¿Es que un hombre no va a poder bailar con su propia esposa?, pregunta Harpo.

Si es mi hombre, no puede, dice Squeak. ¿Lo has oído, zorra? Esto, a Sofia.

Sofia empieza a estar harta de Squeak, yo se lo noto en las orejas. Se le van para atrás. Pero ella dice, para terminar de una vez: Por mí, encantada.

Pero Squeak le da un bofetón.

¿Por qué lo habrá hecho? Y es que Sofia no se rebaja a dar cachetes de señora. Ella cierra el puño, toma impulso y le salta dos muelas a Squeak, que rueda por el suelo. Una se le ha quedado clavada en el labio y la otra ha ido a parar a mi vaso.

Entonces Squeak empieza a dar de puntapiés en la espinilla a Harpo.

Llévate de aquí a esa zorra, grita, mientras la sangre y la saliva le bajan por la barbilla.

Harpo y Sofia se quedan mirando a Squeak, pero me parece que no oyen lo que dice. Harpo sigue agarrando el brazo de Sofia. Así están quizá medio minuto. Por fin, él la suelta, se agacha y acuna en sus brazos a la pobre Squeak, arrullándola como si fuera una criatura.

Sofia vuelve a la mesa a buscar al boxeador. Los dos se van sin mirar atrás. Al poco, oímos el motor de un coche.

*

Querido Dios:

Harpo parece abatido. Saca la bayeta, limpia el mostrador, enciende un

cigarrillo, mira por la ventana, se pasea. La pobre Squeak da vueltas alrededor de él, tratando de adivinar qué le pasa. Cariño, esto, cariño, lo otro, le dice. Harpo la mira sin verla y echa humo.

Squeak se acerca al rincón en el que estamos Mr. ——— y yo. Desde que le han puesto las dos muelas de oro siempre se ríe. Pero ahora llora. ¿Qué lo pasa a Harpo, Miss Celie?, me pregunta.

Sofia está en la cárcel.

¿En la cárcel? Me mira como si le hubiera dicho en la Luna.

¿Por qué está en la cárcel?

Por insultar a la esposa del alcalde.

Squeak arrima una silla y me mira fijo.

¿Cómo te llamas de verdad?, pregunto. Mary Agnes, me contesta.

Obliga a Harpo a que te llame por tu nombre, le digo. Entonces quizá se fije en ti aunque tenga problemas.

Me mira con extrañeza. Yo no insisto. Luego le cuento lo que nos ha dicho una hermana de Sofia.

Sofia, el boxeador y los niños habían ido en coche a la ciudad. Se apearon en una calle, como gente bien. En aquel momento, pasaban por allí el alcalde y su esposa.

¡Qué niños tan guapos!, dice la esposa del alcalde, hurgando en su bolso. Y qué cara de listos. Se para y acaricia la cabeza a uno de los pequeños. ¡Y qué dientes tan blancos y tan sanos!

Sofia y el boxeador callan, esperando a que pase. El alcalde también espera, detrás de su mujer, golpeando el suelo con el pie y mirándola con una media sonrisa. Vamos, Millie, le dice. Siempre preocupándote por la gente de color. Miss Mille sigue sobando a los niños y luego mira a Sofia y al boxeador. Mira el coche del boxeador. Mira el reloj de pulsera de Sofia. Entonces le dice a Sofia: Llevas muy limpios a esos niños. ¿Te gustaría trabajar para mí de criada?

Sofia contesta: Mierda, no.

¿Cómo dices?

Mierda, no.

El alcalde mira a Sofia, empuja a un lado a su mujer, saca el pecho y dice:

¿Qué has dicho a Miss Millie, chica?

Le he dicho: Mierda, no.

Entonces él le da una bofetada.

Yo no puedo decir más.

Squeak está sentada en el borde de la silla, esperando.

No hace falta continuar, dice Mr. ————. Tú ya sabes lo que pasa cuando a Sofia le dan un bofetón.

Squeak se queda blanca como una sábana. No, dice.

Sí. Sofia lo tiró al suelo de un puñetazo.

Entonces llegaron los policías, sacaron a los niños de encima del alcalde, dándoles de coscorrónes y Sofia empezó a pelear de verdad.

No puedo seguir. Tengo los ojos llenos de agua y un nudo en la garganta.

La pobre Squeak está encogida, temblando.

Entre todos dieron una buena paliza a Sofia, dice Mr. ————.

Squeak salta de la silla como si tuviera un muelle, se va detrás del mostrador y se abraza a Harpo. Los dos se quedan un rato llorando.

Y, a todo esto, ¿qué hacía el boxeador?, pregunté a Odessa, la hermana de Sofia.

Él quería pelear, pero Sofia le dijo: No, lleva a los niños a casa.

De todos modos, los policías lo encañonaban con los revólveres. Al menor movimiento, lo matan. Eran seis, ¿sabes?

Mr. ———— fue a ver al sheriff para pedirle que nos dejara ver a Sofia. Bub ha tenido tantos líos y se parece tanto al sheriff que él y Mr. ———— se tratan casi como si fueran de la familia. Siempre que Mr. ———— no se olvide de que es de color.

El sheriff le dijo: La mujer de tu hijo está loca, ¿lo sabes, no?

Mr. ———— contestó: Sí, señor, lo sabemos. Hace doce años que se lo digo a Harpo. Desde antes de que se casaran. Sofia viene de gente que no está bien de la cabeza, dijo Mr. ————. No es culpa suya. Además, el sheriff ya sabe lo que son las mujeres.

El sheriff se quedó pensando en las mujeres que él conoce y le dijo: Sí, en eso tienes razón.

Y Mr. ———— dijo: Si llegamos a verla, le diremos lo loca que está.

Eso que no se te olvide, le dijo el sheriff. Y dile también que tiene suerte de estar viva.

Cuando veo a Sofia, no me explico por qué sigue viva. Le han abierto la cabeza y le han roto las costillas. Tiene un corte en la nariz y un ojo cerrado. Está hinchada de pies a cabeza, con una lengua como mi brazo, que le asoma entre los dientes semejante a un pedazo de goma. No puede hablar. Y tiene el cuerpo color de berenjena.

Del susto, por poco se me cae el maletín. Pero no, lo dejo en el suelo de la celda, saco un peine y un cepillo, un camisón, agua de hamamelis y pongo manos a la obra. El ayudante de color me trae agua para que pueda lavada y empiezo por las dos rajitas de sus ojos.

*

Querido Dios:

Han puesto a Sofia a trabajar en la lavandería de la cárcel. Todo el día, de cinco a ocho, lavando ropa. Uniformes de presidiario y montones de sábanas y de mantas. Vamos a veda dos veces al mes media hora. Está amarilla y desmejorada y tiene los dedos como salchichas.

Aquí todo apesta, hasta el aire. La comida mata de puro mala. Hay cucarachas, ratones, moscas, piojos y hasta un par de serpientes. Y, si dices algo, te desnudan y te hacen dormir en el suelo de cemento y a oscuras.

¿Y cómo lo resistes?, le preguntamos.

Cuando me mandan algo, Miss Celie, me acuerdo de ti y hago como si yo fuera tú. Obedezco al momento.

Lo dice con rabia, paseando el ojo malo por toda la habitación.

Mr. ——— sorbe el aire entre los dientes. Harpo gime. Miss Shug jura. Ha venido de Memphis sólo para ver a Sofia.

Yo no puedo ni abrir la boca para decir lo que siento.

Soy una buena reclusa, dice. La mejor que han tenido. No pueden creer que sea la que insultó a la mujer del alcalde y pegó al alcalde. Se ríe. Es algo que parece sacado de una canción. Cuando dice eso de que todos se han ido a casa menos tú.

Pero doce años es mucho tiempo para seguir siendo buena, dice.

A lo mejor te sueltan por buena conducta, dice Harpo.

La buena conducta no es lo bastante buena para ellos. Como no te arrastres sobre el vientre lamiéndoles las botas, ni se fijan en ti. Sueño con matar, dice. Dormida y despierta, sueño con matar.

Nosotros no decimos nada.

¿Cómo están los niños?, pregunta.

Bien, dice Harpo. Entre Squeak y Odessa salen adelante.

Dale las gracias a Squeak. A Odessa le dices que me acuerdo mucho de ella.

Querido Dios:

Después de cenar nos hemos quedado sentados a la mesa, hablando. Éramos yo, Shug, Mr. ———, Squeak, el boxeador, Odessa y otras dos hermanas de Sofia.

Sofia no lo resistirá, dice Mr. ———.

Yo ya la he visto un poco ida, dice Harpo.

Y las cosas que cuenta, Dios, dice Shug. Tenemos que hacer algo, dice Mr. ———. Y pronto...

¿Qué podemos hacer?, pregunta Squeak. Está bastante atropellada, desde que le han caído encima, como llovidos del cielo, todos los hijos de Harpo y Sofia, pero aguanta. Despeinada y con la combinación colgando, pero no se queja.

¿Y si voláramos la cárcel?, sugiere Harpo. Podríamos robar dinamita a los que construyen el puente y hacer saltar el edificio.

Cállate, Harpo, dice Mr. ———. Estamos tratando de pensar.

Ya lo tengo, dice el boxeador. Le pasamos una pistola de contrabando. Bueno, o una lima, dice después, frotándose la barbilla.

No, no, no, dice Odessa. Si se va de ese modo, saldrán tras ella.

Yo y Squeak nos callamos. No sé qué pensará ella, pero yo pienso en los ángeles, en Dios bajando del cielo en un carro y llevándose a Sofia a casa. Los veo como si los tuviera delante. Los ángeles, todos blancos, con el pelo blanco y los ojos blancos, como albinos. Y Dios todo blanco también, parecido a un señor un poco grueso que trabaja en el Banco. Unos ángeles tocan los platillos y otro, la trompeta. Dios lanza por la boca una nube de fuego y, de repente, Sofia está libre.

¿Quiénes son los parientes negros del alcaide?, pregunta Mr. ———.

Nadie contesta.

Luego, el boxeador pregunta: ¿Cómo se llama?

Hodges, dice Harpo. Bubber Hodges.

Es hijo del viejo Henry Hodges, dice Mr. ———. De la casa Hodges.

¿Y tiene un hermano que se llama Jimmy?, pregunta Squeak.

Sí, dice Mr. ———. Su hermano se llama Jimmy. Se casó con la chica Quitman. Su padre es dueño de la ferretería. ¿Los conoces?

Squeak baja la cabeza y murmura algo.

¿Qué?, pregunta Mr. ———.

Muy sofocada, Squeak vuelve a murmurar.

¿Él es tu qué?, pregunta Mr. ———.

Mi primo.

Mr. ———la mira.

Por parte de su papá, dice ella. Mira con disimulo a Harpo y luego al suelo.

¿Él está enterado?, pregunta Mr. ———.

Sí. Tuvo tres hijos con mi mamá. Dos más pequeños que yo.

¿Y eso lo sabe su hermano?, pregunta Mr. ———.

Una vez estuvo en casa con Mr. Jimmy y nos dio un cuarto de dólar a cada uno. Dijo que tenemos aire de familia.

Mr. ——— echa la silla atrás y mira a Squeak de arriba abajo. Squeak se pone su grasiento pelo detrás de las orejas.

Sí, dice Mr. ——— acercando la silla. Tiene un aire. Pues tendrás que ir tú.

¿Ir adónde?, pregunta Squeak.

A ver al alcaide. Es tu tío.

*

Querido Dios:

Entre todos vestimos a Squeak como si fuera una blanca, pero la ropa no le pega. Llevaba un vestido almidonado, zapatos de tacón alto y un sombrero viejo que habían regalado a Shug. Le dimos un gran monedero y una Biblia pequeña. Le lavé el pelo para quitarle toda la grasa y la peiné con dos trenzas en lo alto de la cabeza. La dejamos tan limpia que olía como un suelo recién fregado.

¿Qué le digo?, preguntaba.

Tienes que decirle que estás viviendo con el marido de Sofia y que su marido dice que no la castigan lo bastante. Que ella se ríe de los guardianes y que lo pasa tan ricamente. Que está contenta, con tal de no tener que hacer de

criada de una blanca.

Ay, Dios mío, ¿cómo vaya tener valor para decir eso?

Cuando él te pregunte quién eres, haz que se acuerde. Di lo mucho que significó para ti aquel cuarto de dólar.

De eso hace más de quince años. Él no se acordará.

Hazle notar el aire de familia, dice Odessa. Entonces seguro que se acuerda.

Dile que a ti te parece que hay que hacer justicia. Que se entere bien de que vives con el marido de Sofia, dice Shug. Y, sobre todo, que es feliz donde está, que lo peor que podría pasarle es que la hicieran servir de criada a una blanca.

No sé, no sé, dice el boxeador. Todo eso me suena a La cabaña del tío Tom.

Vete a saber, dice Shug. Por algo lo llamaban tío.

*

Querido Dios:

La pobrecita Squeak volvió a casa cojeando y sin el sombrero. Traía el vestido roto y había perdido un tacón.

¿Qué te ha pasado?, le preguntamos.

Ha visto el aire de familia. Y no le ha gustado ni pizca.

Harpo subía las escaleras, viniendo del coche. A mi mujer la pegan, a mi chica la violan, decía. Me gustaría volver con una pistola, prender fuego a todo y asar esos canallas.

Calla, Harpo, dijo Squeak. Yo lo contaré.

Lo contó.

Dijo: Nada más verme en la puerta, se acordó de mí.

¿Qué te dijo?, preguntamos.

Dijo: ¿Qué buscas aquí? Yo le contesté: He venido porque me gusta que se haga justicia. Y él, otra vez: ¿Qué buscas?

Entonces yo le dije lo que vosotros queríais, que Sofia no tenía el castigo que merecía, que una chica fuerte como ella se lo pasaba muy bien en la cárcel, que lo que más le reventaba era pensar que pudieran obligarla a hacer de criada de una blanca. De ahí vino todo, le dije. La esposa del alcalde preguntó a Sofia si quería ser criada suya, y Sofia le contestó que nunca querría ser nada suyo, y menos la criada.

¿Ah, sí?, me dijo, sin quitarme los ojos de encima.

Salió de detrás de su mesa y se puso a mi lado.

¿Tú de quién eres hija?

Yo le dije el nombre de mi mamá, el de mi abuela, el de mi abuelo.

¿Quién es tu padre?, me preguntó. ¿De quién has sacado esos ojos?

Yo no tengo padre, le digo. ¿No nos hemos visto antes?

Sí, señor, le digo. Un día, hará unos diez años, cuando yo era niña, usted me dio un cuarto de dólar. Yo se lo agradecí mucho.

No me acuerdo, dice.

Usted vino a mi casa con Mr. Jimmy, un amigo de mi mamá.

Squeak nos mira uno a uno. Respira hondo. Murmura.

¿Qué dices?, pregunta Odessa.

Sí, si no nos lo cuentas tú, ¿quién va a hacerla?, dice Shug.

Me quitó el sombrero, dice Squeak. Me mandó desabrocharme el vestido. Baja la cabeza y se tapa la cara con las manos.

Dios mío, dice Odessa. Y eso que es tu tío.

Dijo que si fuera mi tío no me haría eso. Que sería pecado. Pero que así era sólo fornicar un poco. Que todo el mundo lo hace.

Mira a Harpo. Harpo, le dice, ¿me quieres por mí misma o sólo por mi color?

Yo te quiero a ti, Squeak, dice Harpo, que se arrodilla y trata de abrazarla por la cintura.

Entonces ella se pone en pie. Me llamo Mary Agnes, dice.

*

Querido Dios:

A los seis meses de haber ido a sacar a Sofia de la cárcel, Mary Agnes empezó a cantar. Al principio cantaba las canciones de Shug y después las que ella misma inventaba.

Tiene una voz de esas que una nunca hubiera pensado que pudieran servir para cantar. Es finita y chillona, como de gato. Pero a Mary Agnes le tiene sin cuidado.

Muy pronto nos acostumbramos y luego llega a gustarnos la mar.

Harpo no sabe qué pensar.

Tiene gracia, nos dice a Mr. ——— y a mí. Así, tan de repente. Se podría comparar a un gramófono, que lo tienes ahí, en un rincón, mudo como una tumba, luego le pones un disco y empieza a vivir.

¿Sabes si guarda rencor a Sofia por haberle saltado las muelas?, pregunto.

Está enfadada, sí, pero, ¿de qué le va a servir? No es mala y sabe que Sofia está pasándolo mal.

¿Cómo se comporta con los niños?, pregunta Mr. ———.

Todos la quieren. Como nunca dice que no a linda.

Oh, oh, digo.

Además, Odessa y las otras hermanas de Sofia están siempre a mano para poner orden. Ésas educan a los niños a lo militar.

Squeak canta:

They calls me yellow

like yellow be my name

They calls me yellow

like yellow be my name

But if yellow is a name

Why ain't black the same

Well, if I say Hey black girl

Lord, she try to ruin my game.

*

Querido Dios:

Hoy me dijo Sofia: Es que no lo entiendo. ¿El qué?

Por qué no los hemos matado a todos.

Tres años después de pegar al alcalde, salió de la lavandería, recuperó el color y el peso y vuelve a ser la misma de antes. Sólo que ahora siempre piensa en matar a alguien.

Habría que matar a demasiados, le digo. Son más que nosotros. Pero no te diré que, con el tiempo, no liquidemos a alguno que otro.

Estamos sentadas en unos cajones viejos, en el fondo del patio de Miss Millie. En la parte de abajo asoman unos clavos oxidados que hacen crujir la madera cada vez que nos movemos.

Sofia está vigilando a los niños mientras juegan a pelota. El niño le tira la pelota a su hermana, que trata de cogerla con los ojos cerrados. La pelota viene rodando hasta los pies de Sofia.

Tírame la pelota, dice el niño con las manos en las caderas. Anda, tíramela.

Sofia murmura por lo bajo: Yo estoy aquí para vigilar, no para tirar pelotas. No hace ademán de cogerla.

¿Es que no oyes lo que te digo?, grita el chico.

Tiene unos seis años, el pelo castaño y ojos azul cielo. Viene hacia nosotras hecho una fiera y da un puntapié a Sofia, pero ella quita la pierna y el chico da un grito.

¿Qué pasa?, pregunto.

Se ha hincado un clavo oxidado en el pie, dice Sofía.

Así debe de ser, porque le rezuma sangre por el zapato.

Su hermanita viene a verle llorar. Él se pone muy rojo y llama a gritos a su mamá.

Miss Millie viene corriendo. Tiene miedo de Sofia. Cuando le habla es como si esperara lo peor. Nunca se le acerca. Se queda a unos pasos de nosotras y hace seña a Billy de que se acerque.

El pie, dice el chico.

¿Ha sido Sofia?, pregunta ella.

Entonces contesta la niña: Billy se lo ha hecho él sólo. Quería darle una patada a Sofia. La niña adora a Sofia. Siempre sale en su defensa. Sofia ni se da cuenta. Es tan sorda para la niña como para su hermano.

Miss Millie la mira por el rabillo del ojo y se lleva a Billy, que anda cojeando, hacia la puerta de atrás. La niña los sigue y nos dice adiós con la mano.

Parece cariñosa esa pequeña, digo a Sofia.

¿Quién? Ella frunce el entrecejo.

La niña. ¿Cómo se llama? ¿Eleanor Jane?

Sí, contesta Sofia con extrañeza. Me pregunto cómo puede haber venido al mundo.

Mira, con los negros eso es algo que nunca hay que preguntarse.

Ella se ríe. Miss Celie, me dice, estás loca de remate.

Es la primera risa que le oigo en tres años.

*

Querido Dios:

Esta Sofia haría reír a las piedras cuando se pone a hablar de esa gente para la que trabaja. Tienen la cara de querer hacernos creer que la esclavitud falló por culpa nuestra, dice Sofia. Como si nosotros no hubiéramos tenido el talento necesario para hacer que funcionara. Siempre estábamos rompiendo las asas de la azada y soltando a las mulas en el trigal. Lo que a mí me pasma es que algo de lo que ellos hagan pueda durar ni un día. Son torpes, dice. Patosos y desgraciados.

El alcalde ——— le compró un coche a Mis Millie, porque ella decía que si la gente de color tenía coches ella no podía ser menos. Sí, le compró el coche, pero dijo que él no la enseñaba a conducir. Todos los días, cuando vuelve de la ciudad, él la mira a ella, luego mira el coche por la ventana y le dice: ¿Lo pasas bien con tu coche, Miz Millie? Ella se levanta del sofá hecha una furia y se mete en el baño dando un portazo.

No tiene ni un amigo.

Y un día, cuando el coche llevaba ya dos meses parado en el patio, viene y me dice: Sofia, ¿tú sabes conducir? Seguramente se acordaba de haberme visto bajar del coche de Buster Broadnax.

Sí, señora, le digo. Yo estoy frotando como una esclava esa columna que tienen al pie de la escalera., Se ponen muy pesados con la columna. Tiene que estar siempre reluciente, sin ni una sola marca de dedos.

¿Crees que podrías enseñarme?, me pregunta.

Entra uno de los hijos de Sofia, el mayor. Es alto, guapo y muy serio. Da muestras de gran enfado.

No digas como una esclava, mamá.

Y dice Sofia. ¿Por qué no? Me hacen dormir en un cuartito del sótano que no es mayor que el porche de Odessa, ni mucho más caliente en invierno. Tengo que estar día y noche a lo que me manden. No me dejan ver a mis hijos. No me dejan ver a ningún hombre. Después de cinco años, me dejan que venga a veras una vez al año. Si eso no es ser una esclava, ya me dirás tú lo que soy.

Una prisionera.

Sofia sigue con su historia, pero en la cara se le nota que se alegra de ser su madre.

Conque yo le digo: Sí, señora, puedo enseñarle, si éste es igual al coche en el que yo aprendí.

Y ya nos tienes a Miz Millie y a mí carretera arriba y carretera abajo. Primero yo conduzco y ella mira. Luego, ella prueba a conducir y yo miro. Arriba y abajo por la carretera. En cuanto preparo el desayuno y pongo la mesa y friego los cacharros y barro el suelo —y antes de ir a recoger el correo al buzón que está en la carretera— doy a Miz Millie su lección.

Bueno, con el tiempo llegó a cogerle el tino, más o menos. Y un día, por fin, se soltó. Al volver a casa, me dice: Te acompaño a ver a tu familia. Así, sin más.

¿A mi casa?

Sí. Hace tiempo que no ves a tus hijos, ¿no es verdad?

Sí, señora. Cinco años.

Es una vergüenza. Prepara tus cosas ahora mismo. Pronto es Navidad. Haz la maleta. Puedes quedarte todo el día.

Para un día no necesito más que lo puesto, le digo.

Está bien. Anda, sube.

Bueno, dice Sofia, yo estaba tan acostumbrada a ir sentada a su lado para enseñarle que, naturalmente, me puse delante.

Ella se quedó al lado del coche, carraspeando.

Por fin, me dice: Sofia, esto es el Sur. Con una risita.

Sí, señora.

Ella vuelve a carraspear y a reír. Fíjate dónde te has sentado.

Donde siempre.

Eso es lo malo. ¿Alguna vez has visto a una persona blanca y otra de color sentadas de lado en un coche, a no ser que una de ellas esté enseñando a la otra a conducir o a limpiarlo?

Ya bajo del coche y me meto atrás. Ella sube delante. Y allá vamos por la carretera. El viento le revuelve el pelo.

Es muy bonito todo esto, me dice cuando entramos en la carretera del Condado de Marshall, camino de casa de Odessa.

Sí, señora.

Entramos en el patio y todos los niños se acercan al coche. Nadie les ha dicho que yo venía, de modo que no saben quién soy. Los dos mayores, sí, y se me echan al cuello. Y luego también los pequeños. Me parece que no se dan cuenta que yo venía en la parte de atrás. Y cuando salen Odessa y Jack yo ya

he bajado del coche, de manera que tampoco se enteran.

No hacemos más que besamos y abrazarnos todos. Miz Millie nos mira. Por fin, saca la cabeza por la ventanilla y me dice: Sofia, sólo puedes quedarte hasta la noche. Volveré a recogerte a las cinco. Los niños tiraban de mí, llevándome hacia la casa, de manera que apenas pude volver la cabeza para decir:

Sí, señora, y me pareció oír cómo se alejaba el coche.

Pero, al cabo de quince minutos, Marion dice: Esa señora blanca sigue ahí fuera.

Puede espere para acompañarte, dice Jack.

O quizá esté enferma, dice Odessa. Tú nos has dicho varias veces que no tienen mucha salud.

Vuelvo al coche, dice Sofia, y a que no sabes lo que pasaba. Pues que ella sólo sabía ir para delante, y allí había demasiados árboles.

Sofía, me dice, ¿cómo se hace para que este cacharro para atrás?

Yo meto la cabeza por la ventanilla y le digo lo que tiene que hacer. Pero ella no se aclara, con los niños y Jack y Odessa mirando desde el porche.

Doy la vuelta al coche y trato de explicárselo, con medio cuerpo dentro del coche. Ella, de los nervios, no hace más que calar el motor. Tiene la nariz colorada y está furiosa y frustrada.

Entonces subo a la parte de atrás y le enseño cómo tiene que mover la palanca. Pero no nos movemos. Por fin, el coche se queda mudo. Se ha parado el motor.

No se preocupe, le digo, Jack, el marido de Odessa, la acompañará a su casa en la furgoneta. Es ésa de ahí delante.

Oh, yo no puedo ir en una furgoneta con un hombre de color al que no conozco, me dice.

Odessa podría ir con ustedes. De este modo yo pensaba poder pasar un poco más de tiempo con mis hijos. Pero ella dice: Es que a ella tampoco la conozco.

En fin, que Jack y yo tuvimos que llevarla a casa en la furgoneta y luego Jack me acompañó a la ciudad a buscar a un mecánico. A las cinco de la tarde, yo llevaba el coche de Miz Millie de regreso a casa.

Había estado con mis hijos quince minutos.

Y luego estuvo varios meses diciendo lo desagradecida que soy.

Los blancos son un prodigio de aflicción, el Sofia.

*

Querido Dios:

Shug nos escribió que tenía una gran sorpresa para nosotros, y que en Navidad pensaba traérnoslo ¿Qué será?, nos preguntábamos.

Mr. ——— decía que sería un coche para él. Shug gana mucho dinero. Va siempre con abrigo de piel y vestidos de seda y satén y sombreros dorados.

La mañana de Navidad oímos un motor en la puerta y nos asomamos.

Ay, mi abuela, dice Mr. ——— poniéndose los pantalones. Sale disparado a la puerta. Yo me quedo delante del espejo, arreglándome el pelo. Muy largo para corto y muy corto para largo. Muy crespo para liso y muy liso para crespo. Y descolorido. Lo dejo por imposible y me ato un pañuelo.

Oigo a Shug que grita: Oh, Albert. Él dice: Shug. Sé que se abrazan. No se oye nada.

Salgo a la puerta. Shug, digo abriendo los brazos. Pero me encuentro delante de un hombre de dientes grandes que lleva tirantes rojos. Antes de que pueda darme cuenta de dónde ha salido, él me tiene abrazada.

Miss Celie, me dice, ah, Miss Celie, he oído tantas cosas de ti que me parece que ya somos viejos amigos.

Shug nos mira con una enorme sonrisa.

Te presento a Grady, me dice. Mi marido.

Aún no acaba de decirlo, yo ya sé que Grady no me cae bien. No me gusta su tipo, ni sus dientes, ni su ropa. Y hasta me parece que huele.

Hemos estado toda la noche en la carretera, dice ella. No encontramos dónde parar. Pero aquí estamos. Se acerca a Grady, lo abraza y lo mira como si fuera guapo, y él baja la cabeza y le da un beso.

Miro a Mr. ———. Se le ha puesto una cara de fin del mundo. Me figuro que la mía no está mucho mejor.

Y aquí está mi regalo de boda, dice Shug. Es un coche grande, azul oscuro y delante pone «Packard». Mira a Mr. ———, le coge del brazo y le da un apretón. Albert, quiero que aprendas a conducir mientras estamos aquí. Se ríe. Grady conduce como un loco. Cuando veníamos para acá creí que nos detenía la Policía.

Por fin parece que Shug se fija en mí. Viene y me da un largo abrazo. Ya somos dos, señoras casadas, dice. Dos señoras casadas. Y hambrientas. ¿Qué

hay de comer?

*

Querido Dios:

Mr. ——— no ha hecho más que beber toda la Navidad. Él y Grady, los dos. Yo y Shug guisamos, charlamos, limpiamos la casa, charlamos, adornamos el árbol, charlamos, nos despertamos por la mañana, charlamos.

Ella canta por todo el país. Todo el mundo la conoce y ella conoce a todo el mundo. Conoce a Sophie Tucker, conoce a Duke Ellington y conoce a un montón de gente de la que nunca había oído hablar y lo que gana. No sabe ni qué hacer con todo el dinero que gana. Tiene una bonita casa en Memphis y otro coche. Tiene más de cien vestidos preciosos y una habitación llena de zapatos. A Grady le compra todo lo que se le antoja.

¿Dónde lo encontraste?, le pregunto.

Debajo de mi coche. Del que tengo en casa. Se quedó sin aceite y se cascó el motor. Él vino a arreglarlo. Nos miramos y no hizo falta más.

Mr. ——— está dolido, digo. De mí no le hablo. Bah, esa vieja historia terminó. Tú y Albert sois ahora como de la familia. Además, desde que me dijiste que te pegaba y que no quiere trabajar empecé a mirarlo de otro modo. Si tú fueras mi mujer, me dijo, te cubriría de besos en lugar de golpes y trabajaría de firme por ti.

Ya no me pega tanto desde que tú le dijiste que parara. Sólo algún que otro cachete, cuando no tiene nada mejor que hacer.

¿Y en la cama, os lleváis mejor?

Lo intentamos. Él prueba de darle al granito, pero es como si tuviera los dedos secos. No adelantamos gran cosa.

¿Todavía eres virgen?

Supongo que sí, le digo.

*

Querido Dios:

Mr. ——— y Grady se han ido en el coche, y Shug me pregunta si puede dormir conmigo. Tiene frío sola en la cama. Hablamos de unas cosas y otras. Y también de hacer el amor. Shug no dice hacer el amor dice una palabrota. Joder.

Me pregunta: ¿Qué pasó con el papá de tus hijos?

Las niñas dormíamos en un cuartito aparte, le digo. Fuera de la casa. Se

entraba por una pasarela. Pero allí no iba nadie más que mamá. Un día en que mamá había salido, vino él. Traía las tijeras, el peine, un cepillo y un taburete. Mientras yo le arreglaba el pelo él me miraba de un modo extraño. Él también estaba un poco nervioso, pero yo no sabía por qué, hasta que me agarró entre sus piernas.

Me quedo callada, oyendo respirar a Shug.

Aquello hacía daño, ¿sabes? Yo iba a cumplir catorce años. Ni siquiera se me había ocurrido pensar que los hombres tuvieran una cosa tan grande ahí. Nada más verlo me dio miedo. Y mucho más cuando empujaba y se hinchaba.

Shug está tan quieta que parece que se ha dormido.

Y después me obligó a seguir cortándole el pelo, digo.

Miro a Shug con disimulo.

Oh. Miss Celie, me dice, abrazándome. La luz de In lámpara hace brillar sus brazos, negros y suaves.

Entonces empiezo a llorar. Y venga a llorar. Es como si todo volviera a pasarme mientras estoy en brazos de Shug. El dolor y la sorpresa. Y la sangre que me goteaba por las piernas manchándome las medias. Y él, que después de aquello, nunca más me miró a los ojos. Y Nettie.

No llores, Celie, me dice Shug. No llores. Y empieza a besar el agua que me baja por el lado de la cara.

Luego mamá preguntó cómo había ido a parar su pelo al cuarto de las niñas, si él nunca entraba allí. Y entonces él le dijo que yo tenía un novio, que había visto entrar a un chico por la puerta de atrás. Y que el pelo era del chico, no suyo. Ya sabes cómo le gusta cortar el pelo a la gente.

Sí me gustaba, le digo a Shug. Siendo aún una mocosa, agarraba las tijeras y me ponía a corta cortar y hasta que me decían basta. Por eso yo era la encargada de cortarle el pelo. Pero siempre se lo había cortado en el porche. Después, cada vez que le veía venir con las tijeras, el peine y el taburete, me echaba a llorar.

Y yo que pensaba que sólo los blancos hacían esas barbaridades, dice Shug.

Mi mamá se murió. Mi hermana Nettie se escapó de casa. Mr. — me trajo aquí para que cuidara a sus condenados hijos. No me preguntó nada de mí. Se me echó encima y venga a joder y joder, a pesar de que yo llevaba la cabeza vendada. A mí nunca me han querido.

Yo te quiero, Miss Celie, me dice. Entonces se levanta un poco y me da un beso en la boca.

Hum, dice como sorprendida. Entonces la beso yo y también digo: Hum. Y seguimos besándonos hasta no poder más. Luego nos tocamos.

Yo no sé mucho de esto, le digo.

Yo tampoco.

Entonces siento algo suave y húmedo en el pecho, algo que parece la boca de los hijos que perdí.

Al rato, yo hago también como si fuera una niña perdida.

*

Querido Dios:

Grady y Mr. ——— vuelven al amanecer. Yo y Shug dormimos como leños. Ella, de espaldas a mí y yo, abrazada a su cintura. ¿Qué cómo es? Pues como dormir con mamá, sólo que yo no recuerdo haber dormido nunca con ella. Y un poco como dormir con Nettie, pero dormir con Nettie no era tan bueno. Es algo caliente y blando. Los grandes pechos de Shug parecen flotar como pompas de jabón sobre mis brazos. Es como estar en el cielo y es muy distinto a dormir con Mr. ———.

Despierta, Sugar, le digo. Ya están aquí. Y Shug se da la vuelta, me abraza y salta de la cama. Pasa a la otra habitación y se mete en la cama con Grady. Mr. ——— se echa a mi lado, borracho. Antes de tocar la sábana, ya está roncando.

Yo deseo querer a Grady, aunque lleve tirantes rojos y corbatitas de mariposa. Aunque gaste el dinero de Shug como si lo ganara él. Aunque trate de hablar con acento del Norte. Memphis, Tennessee no es el Norte, eso hasta yo lo sé. Pero hay una cosa que no soporto, y es que llame «mamá» a Shug.

Yo no soy tu jodida mamá, le dice Shug. Pero él no hace caso.

Como cuando le pone ojos tiernos a Squeak, y Shug le toma el pelo y él dice: Oh, mamá, no es con mala intención.

Shug hace buenas migas con Squeak y trata de ayudada a cantar. Las dos se sientan en la sala de Odessa, con todos los niños alrededor, y cantan y cantan. A veces viene Swain con la guitarra, Harpo hace la cena y yo y Mr. ——— y el boxeador aplaudimos.

Muy bueno.

Shug dice a Squeak, perdón, a Mary Agnes: Tú tendrías que cantar en público.

Y Mary Agnes dice: Nooo. Piensa que porque no puede cantar alto y fuerte como Shug nadie va a querer escucharla. Pero Shug asegura que se equivoca.

¿Qué me dices de esas voces tan graciosas que se oyen en la iglesia?, pregunta Shug. ¿Y de esos sonidos que suenan bien y que no son los sonidos que tú imaginabas que podía hacer la gente? ¿Y qué me dices de esto? Y se pone a gemir. Suena a muerte rondando, y ni los ángeles pueden remediarlo. Te pone los pelos de punta. Pero, en realidad, suena a pantera, si las panteras cantasen.

Y te diré más, le dice Shug a Mary Agnes: Al oírte cantar, la gente se pondrá a pensar en una buena fallada.

Ooooooh, Mis Shug, dice Mary Agnes, cambiando de color.

¿Qué? ¿Es que te da vergüenza mezclar el canto, el baile y la jodida? Shug se ríe. Pero eso, a lo que nosotros cantamos le llaman música del diablo. Porque a los diablos les encanta joder. Mira, una noche tú y yo cantamos en casa de Harpo. Y si te presento yo, más les valdrá escuchar con respeto. Los negros no tienen modales, pero si consigues que te escuchen la primera mitad de una canción ya los tienes en el bolsillo.

¿Estás segura?, pregunta Mary Agnes, con los ojos redondos y alegres.

No sé si me gustaría que ella cantara, dice Harpo. Pero, ¿qué dices? Esa mujer que tienes ahora actuando parece que esté en la iglesia. La gente no sabe si ponerse a bailar o darle el pésame. Además, si vistes a Mary Agnes como es debido, te va a entrar el dinero a espuestas. Con esa piel amarilla, ese pelo liso y esos ojos castaños, volverá locos a los hombres. ¿No te parece, Grady?

Grady la mira un poco cortado. Sonríe, a ti no se te escapa ni una.

Que no se te olvide, dice Shug.

*

Querido Dios:

Esta carta la tenía yo en la mano.

Querida Celie:

Estoy segura de que crees que he muerto. Y no es así. Hace muchos años que te escribo, pero Albert me dijo que nunca más volverías a saber de mí y, puesto que yo tampoco he tenido noticias tuyas, imagino que así será. Ahora ya sólo te escribo en Navidad y Pascua, con la esperanza de que mi carta se cuele entre las felicitaciones o de que Albert, con el espíritu de las fiestas, se compadezca de nosotras.

Tengo tantas cosas que contarte que casi no sé ni por dónde empezar —y, de todos modos, probablemente, tampoco esta carta la recibirás. Seguro que sigue siendo Albert el que va a recoger el correo al buzón.

Pero, por si te llega esta carta, quiero decirte que te quiero mucho y que no estoy muerta. Y que Olivia está bien y tu hijo, también.

*Regresaremos todos a casa antes de un año. Tu hermana que te quiere,
Nettie*

Una noche, en la cama, Shug me pidió que le hablara de Nettie, que cómo es y dónde está.

Yo le digo que Mr. ——— quería conquistarla, que ella le dijo que no y que, entonces, él decidió que Nettie debía irse.

¿Y adónde fue?

No lo sé. Fuera de aquí.

¿Nunca supiste nada de ella?

No. Todos los días, cuando Mr. ——— vuelve del buzón, pienso si habrá carta. Pero nada. Tiene que haber muerto.

Dice Shug si no estará en algún sitio donde haya sellos de correo raros. Lo dice con cara de estar cavilando. A veces, dice, cuando Albert y yo vamos hasta el buzón, he visto una carta con los sellos muy raros. Él nunca dice nada y se la guarda en el bolsillo de dentro. Un día le pedí que me dejara ver los sellos, y me contestó que después me los enseñaría. Pero no lo hizo.

Ella iba a la ciudad, le digo. Y por aquí todos los sellos son como sellos. Hombres blancos con pelo largo.

Hum, hace ella. Pues me parece que en uno vi a una mujer blanca llenita. ¿Cómo es tu hermana Nettie? ¿Es lista?

¿Que si es lista? ¡Dios mío! Más lista que la primera. Cuando era niña leía los periódicos como si nada. Y, si es los números, para qué te voy a contar. Y lo bien que hablaba. Y cariñosa. Nunca has visto una muchacha más cariñosa. Con una mirada tan dulce. Y lo que me quería.

¿Era alta o baja?, pregunta Shug. ¿Qué clase de vestidos llevaba? ¿Cuándo era su cumpleaños? ¿Cuál era su color favorito? ¿Sabía guisar? ¿Y coser? ¿Cómo tenía el pelo?

Quería saber todo sobre Nettie.

Yo estuve hablando hasta que me quedé sin voz. ¿Por qué quieres saber todas esas cosas de Nettie?, le pregunto.

Porque es la única persona a la que tú has querido, me contesta, aparte de mí.

*

Querido Dios:

De la noche a la mañana, Shug y Mr. ——— vuelven a ser uña y carne. Se sientan juntos en la escalera, van juntos a casa de Harpo y juntos se acercan al buzón.

Shug se ríe mucho de todo lo que dice él, enseñando cantidad de dientes y teta.

Yo y Grady procuramos hacer como gente civilizada. Pero cuesta trabajo. Cada vez que oigo reír a Shug me entran ganas de estranglarla y darle un bofetón a Mr.

Lo que habré sufrido toda esta semana. Grady y yo estamos hundidos. Él se consuela con la hierba y yo, con mis oraciones.

El sábado por la mañana, Shug me puso la carta de Nettie en el regazo. Venía con sellos de la reina de Inglaterra, bajita y, gordita, y sellos con cacahuets, cocos, árboles del caucho y ponía África. Yo no sé dónde está Inglaterra. Tampoco sé dónde África. De manera que sigo sin saber dónde Nettie.

Él ha guardado todas tus cartas, dice Shug.

Nooo, digo. Mr. ——— puede ser ruin, pero tan ruin.

Uf, sí que puede.

Pero, ¿cómo ha podido hacer eso? Él sabe qua Nettie lo es todo para mí.

Shug dice que no tiene ni idea, pero que ya nos enteraremos.

Volvemos a cerrar el sobre y lo metemos en el bolsillo de Mr. ———.

Él anda todo el día con la carta en el bolsillo, sin decir ni media palabra. Charla y ríe con Grady, Harpo y Swain, y aprende a llevar el coche de Shug.

De tanto vigilado empieza a darme vueltas la cabeza y, sin saber cómo, me encuentro detrás de su silla, con una navaja abierta en la mano.

Entonces oigo reír a Shug, como si viera algo muy gracioso. Sí, yo te he pedido algo para recortar este clavo, pero Albert es muy quisquilloso con su navaja de afeitar.

Mr. ——— mira atrás. Deja eso, me dice. Las mujeres siempre estáis cortando aquí y allí y echando a perder el filo.

Shug pone la mano en la navaja y dice: De todos modos, no parece estar bien afilada. Me la quita y la echa en el cajón.

Durante todo el día hago como Sofia. Tartamudeo, hablo sola y ando de un lado al otro de la casa deseando matar a Mr. ———. Con el pensamiento lo

veo caer muerto de mil maneras. Cuando llega la noche no puedo ni hablar. Cada vez que abro la boca, sólo me sale un gruñido.

Shug les dice a todos que tengo fiebre y me acuesta. Seguramente, es contagioso, dice a Mr. ————. Será mejor que tú duermas en otro sitio. Ella se queda conmigo toda la noche, Yo no duermo, ni lloro, ni nada. Estoy helada. Empiezo a pensar si no me habré muerto.

Shug me tiene abrazada y, de vez en cuando, me habla.

Lo que a mi mamá más le disgustaba de mí era lo empalagosa que soy, dice. Ella no podía sufrir todo lo que supusiera tener que tocar a otra persona. Cuando yo iba a darle un beso, volvía la cara. No seas pesada, Lillie, me decía. Lillie es el verdadero nombre de Shug. Es tan dulce que todos la llaman Shug.

A mi papá sí le gustaban mis besos, pero ella no lo veía con buenos ojos. De manera que cuando conocí a Albert y caí en sus brazos nadie pudo arrancarme de ellos. Y era fantástico. Para que yo haya tenido tres hijos con Albert, con lo débil de carácter que es él, ya tenía que ser fantástico.

Y todos los tuvo en mi casa. Venía la comadrona, venía el cura, venían las señoras de la parroquia. Y cuando dolía tanto que yo ya no sabía ni quién era, empezaban con que había llegado la hora de arrepentirme de mis pecados.

Se ríe. Pero yo era muy bruta para arrepentirme. Además, estaba loca por Albert.

Yo no tengo ganas de hablar. Ahora mismo estoy en paz. Donde ahora me encuentro, todo es tranquilidad. Aquí no está Albert, ni está Shug, ni nadie.

La última criatura fue el colmo. Me echaron de casa y me fui a vivir con la hermana alegre de mamá, en Memphis. Decía mamá que mi tía era igual a mí. Le gustaba beber, le gustaba pelear y se volvía loca por los hombres. Trabajaba en un parador. Era cocinera. Daba de comer a cincuenta hombres y se tiraba a cincuenta y cinco.

Shug habla y habla.

Y, si es bailar, Albert bailaba como nadie. A veces pasábamos más de una hora bailando el «moochie» sin parar. Después no había más remedio que echarse donde fuera. Y lo divertido que era. Albert era realmente gracioso. ¡Lo que me habrá hecho reír! ¿Por qué no tiene ya aquella gracia? ¿Por qué casi nunca se ríe? ¿Por qué ya no baila? ¡Dios mío, Celie!, me dice, ¿qué le ha pasado al hombre que yo quería?

Se calla un rato. Luego, dice: Qué sorpresa, cuando me enteré de que se casaba con Annie Julia. De la sorpresa, casi ni lo sentí. No podía creerlo. Y es que Albert tenía que saber tan bien como yo que hacía falta amar mucho para quererse como nosotros. Nuestro amor era de esa clase que no cabe mejor. Eso

pensaba yo.

Pero él es débil, dice. Su papá le aseguraba que yo era un pingo, lo mismo que mi mamá. Yeso le decía también su hermano. Albert trató de luchar por nosotros, pero entre todos le hicieron polvo. Y una de las razones por las que ellos decían que no debía casarse conmigo era que yo tenía hijos.

Si son suyos, le dije al viejo Mr. ———.

¿Y eso cómo lo sabemos nosotros?, me preguntó. Pobre Annie Julia, dice Shug. No tenía ninguna posibilidad. Y era tan ruin y estaba tan rabiosa que andaba por ahí diciendo: No me importa con quién se haya casado, yo voy a dormir con él. Deja de hablar un minuto, y luego dice: Y lo hice. Follábamos tanto y tan a la descarada que era casi como profanar el acto.

Pero él también dormía con Annie Julia, dice. Y ella no tenía nada, ni siquiera aprecio por él. Su familia se desentendió de ella en cuanto se casó. Y empezaron a llegar Harpo y los demás. Luego, ella se entendía con el que la mató. Albert la pegaba. Los niños la tenían esclavizada. A veces me pregunto que pensaría mientras se moría.

Yo sé lo que estoy pensando, pienso. En nada. Pero nada en cantidad.

Annie Julia y yo fuimos juntas al colegio, dice Shug. Ella era muy bonita. Todo lo negra que tú puedas imaginar y con una piel como la seda. Los ojos enormes, como dos lunas. Y buena de verdad. Si hasta yo la quería. ¿Por qué le haría tanto daño? A veces, mantenía a Albert fuera de su casa una semana. Y ella venía a pedirle dinero para comprar la comida de los niños.

Siento unas gotas de agua en la mano.

Luego, cuando llegué a esta casa, fui muy mala contigo. Te trataba como si fueras una criada. Y todo porque Albert se había casado contigo. Pero es que, en realidad, yo nunca quise casarme con Albert. Sólo quería que él me eligiera a mí, ¿comprendes?, porque la Naturaleza ya nos había emparejado. La Naturaleza había dicho: Vosotros dos, juntos, porque sois un buen ejemplo de lo que eso tiene que ser. Y yo no quería que nada se opusiera a eso. Pero, lo que para nosotros era tan bueno, debía de ser sólo cosa del cuerpo. Porque yo no conozco al Albert que no baila, que casi nunca se ríe, que no habla de nada, que te pega y que esconde las cartas de tu hermana Nettie. ¿Quién es éste?

Yo pienso que no sé nada de nada. Y me alegro.

*

Querido Dios:

Ahora que sé que Albert me esconde las cartas el, Nettie, me parece que también sé dónde están. Están en su baúl. Todo lo que es importante para

Albert va al baúl. Él lo tiene siempre cerrado, pero Shug puede conseguir la llave.

Una noche, mientras Mr. ——— y Grady están fuera, nosotras abrimos el baúl. Encontramos un montón de ropa interior de Shug, postales guarras y, escondidas debajo del tabaco, las cartas de Nettie. Manojos y manojos de cartas. Hay sobres gruesos y sobres delgados, abiertos y sin abrir.

¿Qué hacemos?, pregunto a Shug.

Muy sencillo, dice ella. Cogemos las cartas y dejaremos los sobres donde están. No creo que mire mucho en este rincón del baúl.

Enciendo el fogón y pongo la tetera al fuego. Con el vapor, vamos abriendo los sobres uno tras otro, sacamos las cartas y volvemos a dejar los sobres dentro del baúl.

Deja que yo te las ponga por orden, me dice Shug.

Sí, pero aquí no. Vamos a tu cuarto.

Entramos en el cuartito donde duermen Shug y Grady. Ella se sienta en una silla, al lado de la cama, con todas las cartas de Nettie esparcidas alrededor, y yo me siento en la cama, con la espalda apoyada en las almohadas.

Éstas son las primeras, dice Shug. Aquí está el matasellos.

Querida Celie, decía la primera carta:

Tienes que rebelarte y dejar a Albert. Es una mala persona.

Cuando me fui de vuestra casa, andando, él me siguió a caballo. Lejos de la casa, donde nadie podía vernos, me alcanzó y quiso entrar en conversación. Ya sabes cómo lo hace. Hoy estás muy guapa, Miss Nettie, y cosas así. Yo apretaba el paso sin mirarlo, pero los fardos me pesaban y el sol era muy fuerte. Al cabo tuve que pararme a descansar, y entonces fue cuando él se apeó del caballo y trató de besarme y de arrastrarme hacia el bosque.

Bueno, yo luché con él y, con la ayuda de Dios, le hice daño y lo obligué a soltarme. Pero él estaba furioso y me dijo que por lo que le había hecho, nunca más volvería a saber de ti ni tú sabrías más de mí.

Yo también temblaba de rabia.

Al fin, conseguí llegar a la ciudad en el carro de no sé quién. Esa misma persona me indicó la casa del Reverendo ———. Y cuál no sería mi sorpresa cuando salió a abrirme una niña que tenía tus mismos ojos y tu misma cara.

Te abraza

Nettie.

La siguiente decía:

Querida Celie:

Supongo que aún es pronto para recibir carta tuya. Y sé el mucho trabajo que te dan los hijos de Mr. ——. Pero te echo tanto de menos. Escíbeme en cuanto puedas. Pienso en ti todos los días. A cada minuto.

La señora que viste en la ciudad se llama Corrine. La niña se llama Olivia. El marido se llama Samuel. El niño se llama Adam. Son muy religiosos y se portan admirablemente conmigo. Viven en una bonita casa, al lado de la iglesia en la que predica Samuel, y dedicamos mucho tiempo a las cosas de la iglesia. Digo «dedicamos» porque ellos siempre me incluyen en todo lo que hacen, para que no me sienta extraña y sola.

Pero me acuerdo mucho de ti, Celie y no hago más que pensar en que tú te sacrificaste por mí. Te quiero con toda mi alma.

Un fuerte abrazo,

Nettie.

La siguiente decía así:

Querida Celie:

Es para volverse loca. Creo que Albert me dijo la verdad y que no te da mis cartas. La única persona que podría ayudarnos es Pa, pero no quiero que sepa dónde estoy.

Pregunté a Samuel si querría haceros una visita a ti y a Mr. —— sólo para saber cómo estás, pero dice que no puede interponerse entre marido y mujer, y mucho menos sin conoceros. Además, me dio apuro pedírselo, después de lo bien que se han portado conmigo él y Corrine. Pero la pena me ahoga. Y es que no encuentro trabajo en la ciudad y vaya tener que marcharme. ¿Y qué va a ser de nosotras cuando me haya ido? ¿Cómo vamos a saber la una de la otra?

Corrine y Samuel y los niños forman parte de un grupo de personas que se llaman misioneros, de la Sociedad Misionera Americana y Africana. Tiempo atrás ayudaban a los indios del Oeste, y ahora asisten a los pobres de la ciudad. Así se preparan para la labor que se sienten llamados a realizar, las misiones en África.

Me horroriza la idea de separarme de ellos, porque en el poco tiempo que llevamos juntos han sido para mí como una familia. Como debe ser una familia, quiero decir.

Escíbeme si puedes. Te mando sellos.

Te quiere,

Nettie.

La siguiente carta, muy larga, fechada dos meses después, decía:

Querida Celie:

En el barco que nos traía a África, te he escrito una carta casi cada día. Pero, cuando llegamos, estaba tan triste que las rompí todas y las tiré al mar. De qué sirve escribir, si Albert no te da mis cartas. Eso pensaba cuando las rompí y te las mandé con las olas. Pero he cambiado de parecer.

Recuerdo que un día dijiste que te daba tanta vergüenza tu vida que no podías hablar de ella ni con Dios y que por eso tenías que escribirla, a pesar de que te dabas cuenta de que escribías muy mal. Ahora comprendo lo que sentías. Y tanto si Dios lee cartas como si no, sé que tú seguirás escribiéndolas, y eso me basta. De todos modos, cuando dejo de escribirte me siento tan mal como cuando dejo de rezar, encerrada en mí misma, ahogándome con mis pensamientos. Estoy tan sola, Celie.

El haber venido a África se debe a que una de las misioneras que tenía que acompañar a Corrine y Samuel para ayudarlos con los niños y con la escuela se casó inesperadamente con un hombre que no quería que viniera a África. Y cuando ya lo tenían todo preparado para el viaje, se quedaron con un pasaje libre, sin nadie que pudiera aprovecharlo. Al mismo tiempo, yo seguía sin encontrar trabajo. Pero yo ni había soñado siquiera con venir a África. Ni pensaba en África como en un lugar real, por más que Samuel y Corrine y hasta los niños estaban siempre hablando de esta tierra.

Miss Beasley solía decir que África era un lugar lleno de salvajes desnudos. Hasta Corrine y Samuel se lo imaginaban así a veces, y eso que ellos de África saben mucho más que Miss Beasley y que todas las maestras, pero también hablaban de todo el bien que podían hacer por aquellas gentes martirizadas de las que ellos descendían. Gentes que necesitan a Cristo y ayuda médica.

Un día en que fui a la ciudad con Corrine vimos a la esposa del alcalde con su criada. La esposa del alcalde entraba y salía de las tiendas, comprando, y la criada la esperaba en la calle con los paquetes. No sé si conocerás a la mujer del alcalde. Parece un gato mojado. Pero tenías que haber visto a la criada. La última persona del mundo a la que te imaginarías sirviendo a alguien, y mucho menos a alguien así.

Le hablé y me pareció que eso la violentaba, porque hizo como si se desvaneciera. Fue algo rarísimo, Celie. Tú le dices hola a una mujer real y al instante desaparece y en su lugar queda sólo la forma.

Pasé toda la noche pensando en ello. Luego, Samuel y Corrine me contaron lo que se decía acerca de por qué era la criada del alcalde. Parece ser que pegó al alcalde y, después, el alcalde y su mujer la sacaron de la cárcel para que les sirviera de criada.

A la mañana siguiente, empecé a hacer preguntas sobre África y a leer todos los libros que tienen Samuel y Corrine.

¿Sabías que, hace miles de años, en África, había grandes ciudades, más grandes que Milledgeville y hasta que la misma Atlanta? ¿Que los egipcios que construyeron las pirámides y conquistaron a los israelitas eran gente de color? ¿Que Egipto está en África? ¿Que la Etiopía de que habla la Biblia era toda África?

Estuve leyendo y leyendo hasta que me parecía que se me iban a salir los ojos de la cabeza. Leí que los africanos nos vendieron porque amaban más al dinero que a sus hermanos. Leí cómo nos llevaron a América en barcos. Y cómo nos hacían trabajar.

Yo no sabía que fuera tan ignorante, Celie. Con mis conocimientos no se hubiera llenado ni un dedal. ¡Y pensar que Miss Beasley decía que yo era la chica más lista que ella había tenido en su clase! Pero una cosa le agradezco, y es el haberme enseñado a aprender por mí misma, leyendo y estudiando, ya escribir con letra clara. Y el haber mantenido vivo el deseo de saber. Por eso, cuando Corrine y Samuel me preguntaron si querría ir con ellos para ayudarlos a construir una escuela en medio de África, yo dije que sí. Pero con la condición de que me enseñaran todo lo que ellos sabían para hacer de mí una buena misionera y una persona a la que pudieran llamar amiga sin sentir vergüenza. Ellos aceptaron, y entonces empezó mi verdadera educación.

Corrine y Samuel han cumplido su palabra. Y yo estudio, noche y día.

¡Oh, Celie, en el mundo hay gente de color que quiere que nosotros sepamos! ¡Que progresems y veamos la luz! No todos son ruines como Pa y como Albert, ni unos vencidos como mamá. Corrine y Samuel forman un matrimonio maravilloso. Su única pena era no tener hijos y entonces, dicen ellos, «Dios» les envió a Olivia y Adam.

Yo deseaba decides: «Dios» os ha enviado a la que es su hermana y tía, pero no se lo dije. Sí, Celie, esos niños que «Dios» les envió son tus hijos. Y están siendo educados en el amor, la caridad cristiana y el temor de Dios. Y ahora «Dios» me ha puesto a su lado para que los cuide y los quiera. Para que deposite en ellos todo el amor que siento por ti. Es un milagro, ¿no te parece? Y, seguramente, un milagro que no podrás creer.

Pero, si puedes creer que estoy en África —y es verdad que estoy—, podrás creer cualquier cosa.

Un abrazo,

Nettie.

La carta escrita a continuación decía así:

Querida Celie:

Antes de salir de la ciudad, Corrine compró tela para hacerme dos trajes de viaje, uno verde aceituna y otro gris. Trajes de chaqueta, con la falda larga y sesgada, para llevar con blusas de algodón y zapatos cerrados.

A pesar de trabajar para Corrine y Samuel y cuidar de los niños, no me siento como una criada. Supongo que eso se debe a que ellos me enseñan y yo enseño a los niños y enseñando, aprendiendo y estudiando formamos como una rueda.

Fue duro tener que decir adiós a la congregación parroquial. Pero fue también un acto alegre. Todo el mundo tiene grandes esperanzas en lo que puede hacerse en África. Encima del púlpito se leía: Etiopía levantará los brazos hacia Dios. Piensa lo que eso significa, si Etiopía es toda África. Todos los etíopes de la Biblia eran gente de color. A mí nunca se me había ocurrido, pero está perfectamente claro, si te fijas sólo en el texto. Son las ilustraciones lo que te engaña. Allí todos son blancos, y por eso piensas que todos los personajes de la Biblia eran blancos. Pero, en aquel tiempo, la gente blanca vivía en otros sitios. Por eso dice la Biblia que Jesús tenía el pelo como lana de cordero. La lana de cordero no es lisa, Celie. Ni simplemente ondulada.

¿Qué no podría contarte de Nueva York, e incluso del tren que nos llevó hasta allí? Nosotros viajábamos en asientos, pero, Celie, ¡hay camas en el tren! ¡Y restaurante! ¡Y retretes! Las camas salen de la pared por encima de los asientos y se llaman literas. Sólo los blancos pueden viajar en las camas y comer en el restaurante. Y tienen retretes aparte.

En el andén de Carolina del Sur, donde nos bajamos del tren para respirar un poco y sacudimos el polvo y la tierra de la ropa, un blanco nos preguntó adónde íbamos. Cuando le contestamos que a África, se nos quedó mirando molesto e intrigado. Negros que van a África, le dijo a su esposa. Ya no me queda nada por ver.

Llegamos a Nueva York cansados y sucios. ¡Pero, qué emoción! Oye, Celie, Nueva York es una ciudad hermosa. Y la gente de color es dueña de todo un barrio, que se llama Harlem. He visto a más negros en coches fantásticos de los que creí que pudieran existir. Y viven en casas que son mejores que las de los blancos de nuestra tierra. ¡Hay más de cien iglesias! Y fuimos a todas ellas. Samuel y Corrine y los niños y yo nos presentábamos

ante cada congregación y a veces nos quedábamos con la boca abierta por la generosidad y la bondad de esa gente de Harlem. Viven en una comunidad hermosa y digna, Celie, y no se cansan de dar cuando se pronuncia la palabra «África».

Porque quieren a África y no pierden ocasión de ayudar. Con decirte que, si llegamos a pasar el sombrero, no hubieran cabido todos sus donativos para nuestra empresa. Hasta los niños nos daban sus monedas. Para los niños de África, decían. Y qué bien vestidos, Celie. Hubieras tenido que verlos. Ahora en. Harlem está de moda que los niños lleven pantalones bombachos recogidos debajo de la rodilla y las niñas, diademas de flores en el pelo. No puede haber en el mundo criaturas más hermosas. Adam y Olivia no podían apartar de ellos la mirada.

Y, luego, las comidas. Nos invitaban a cenar, a almorzar, a desayunar. Yo aumenté dos kilos sólo de probar. Comer, comer no podía, de la emoción.

Y todos tienen retrete dentro de casa. ¡Y gas o luz eléctrica!

Bueno, pasamos dos semanas estudiando el dialecto olinka, que es el que habla la gente de la región. Luego, un médico (¡de color!) nos reconoció y la Sociedad Misionera de Nueva York nos dio medicamentos para nosotros y para la aldea a la que nos dirigimos. La Sociedad está dirigida por blancos y no dijeron que África les importara ni poco ni mucho, sino que hablaron del deber. Hay una misionera blanca no muy lejos de nuestra aldea que lleva veinte años viviendo en África. Nos dijeron que los nativos la quieren mucho, a pesar de que ella cree que son una especie totalmente distinta de lo que ella llama europeos. Los europeos son blancos que viven en un lugar llamado Europa. De allí vinieron los blancos de nuestra tierra. Dice ella que una margarita africana y una margarita inglesa son flores las dos, pero de diferentes clases. El hombre de la sociedad nos dijo que esa mujer tiene tanto éxito en su labor porque no trata de proteger a los nativos como si fueran niños. Además, habla su lengua. El hombre nos mira como si pensara que no podemos ser tan buenos con los africanos como esa mujer.

Salí de la Sociedad bastante decaída. En las paredes había retratos de blancos. Un tal Speke, un tal Livingstone, un tal Daly. ¿O era Stanley? Yo buscaba un retrato de la mujer, pero no vi ninguno. Samuel también se había quedado un poco triste, pero en seguida se rehízo y nos recordó que nosotros tenemos una gran ventaja. No somos blancos. No somos europeos. Somos negros, como los mismos africanos. Y que nosotros y los africanos trabajaremos por un objetivo común: el bien de los negros de todas partes.

Tu hermana,

Nettie.

*

Querida Celie:

Samuel es muy alto, y casi siempre viste de negro de la cabeza a los pies, salvo el alzacuello blanco. Y es negro, negro. Hasta que le ves los ojos, te parece taciturno y hasta huraño, pero sus ojos son castaños, dulces y profundos. Cada vez que dice algo te da seguridad, porque nunca habla por hablar ni busca desanimarte, ni herirte. Corrine es muy afortunada de tenerlo por marido.

Pero ahora deja que te hable del barco. El barco, que se llamaba Málaga, ¡tenía tres pisos de altura! Teníamos habitaciones (camarotes) con camas. ¡Oh, Celie, estar en la cama, en medio del océano! ¡Y el océano! Más agua de la que puedas imaginar. ¡Dos semanas tardamos en cruzarlo! Y llegamos a Inglaterra, que es un país lleno de blancos, algunos muy agradables, con su propia Sociedad Misionera y Antiesclavista. Las parroquias de Inglaterra también nos ayudaron mucho y hombres y mujeres blancos, que parecían iguales a los de nuestra tierra, nos invitaron a sus reuniones y a sus casas a tomar el té y charlar. El «té» de los ingleses es, en realidad, un picnic dentro de casa. Hay bocadillos, pasteles y, desde luego, té caliente. Todos usábamos las mismas tazas y platos.

Todos decían que yo parecía muy joven para ser misionera, pero Samuel respondía que tenía mucha voluntad y que, de todos modos, mi principal trabajo consistiría en atender a los niños y llevar una o dos clases de párvulos.

En Inglaterra nuestro trabajo empezó a perfilarse más claramente, pues hace ya más de cien años que los ingleses envían misioneros al África, a la India, a la China y sabe Dios. ¡Y lo que se han traído! Pasamos toda una mañana en un museo lleno de joyas, muebles, alfombras de piel, espadas, trajes y hasta tumbas de todos los países en los que han estado. De África tienen miles de vasijas, ánforas, máscaras, platos, cestos, estatuas... y es todo tan bonito que cuesta trabajo creer que la gente que lo hizo no exista todavía. Pero los ingleses dicen que no existe. Aunque, en tiempos, los africanos tenían una civilización mejor que la europea (desde luego, esto no lo dicen ni siquiera los ingleses, sino que lo leí en un libro de un tal J. A. Rogers), hace varios siglos que sufren tiempos duros. «Tiempos duros» es una frase que los ingleses usan mucho al hablar de África. Y uno olvida con facilidad que, de no ser por ellos, en África no hubieran sido tan duros los tiempos. Millones y millones de africanos fueron capturados y vendidos a los traficantes de esclavos: ¡tú y yo, Celie! Ciudades enteras fueron destruidas por los cazadores de esclavos. Hoy el pueblo de África —después de asesinar o vender a las más fuertes de sus gentes— sufre enfermedades y vive sumido en

la confusión espiritual. Creen en el demonio y adoran a los muertos. Y no saben leer ni escribir.

¿Por qué nos vendieron? ¿Cómo pudieron hacer eso? ¿Y por qué nosotros seguimos queriéndolos? Éstos eran mis pensamientos mientras caminábamos por las frías calles de Londres. Estuve estudiando a Inglaterra en el mapa, tan pulcra y serena y, aun a pesar mío, sentí la esperanza de que trabajando de firme y con buen criterio se puede hacer mucho por África. Y nos embarcamos rumbo a África. Zarpamos de Southampton, Inglaterra, el 24 de julio y llegamos a Monrovia, Liberia, el 12 de septiembre. Hicimos escalas en Lisboa, Portugal y Dakar, Senegal.

Monrovia era el último lugar en el que íbamos a hallarnos entre gente como la que estamos acostumbrados a tratar, pues es un país africano «fundado» por ex esclavos de América que volvieron a África a vivir. Me preguntaba si algunos de sus padres o abuelos habrían sido vendidos en Monrovia y qué sentirían al regresar aquí a gobernar y manteniendo estrechas relaciones con el país que los compró.

Celie, tengo que terminar. El sol ya no es tan fuerte y tengo que prepararme para las clases de la tarde y el servicio de vísperas.

Ojalá pudieras estar conmigo y yo contigo.

Te quiere tu hermana,

Nettie.

*

Querida Celie:

Fue algo muy curioso parar en Monrovia, después de la primera impresión de África, recibida en Senegal. La capital de Senegal es Dakar, y allí la gente habla su propia lengua, que supongo que lo llaman senegalés, y francés. Nunca había visto gente tan negra, Celie. Son negros como esos que te hacen decir: «Fulano, de tan negro es azul.» Y brillan, de puro negros. Como dice la gente de nuestra tierra, Celie, trata de imaginar toda una ciudad llena de negros azulados, con trajes azul eléctrico con dibujos como los de las colchas. Altos, delgados, de cuello largo y espalda recta. ¿Te haces una idea, Celie? y es que parecía que estaba viendo negros por primera vez en mi vida. Y es algo fantástico. Porque el negro es tan negro que hace que se te nuble la vista. Y ese brillo, luminoso como de luna, parece fosforescente incluso a la luz del sol.

Pero, en realidad, los senegaleses que vi en el mercado no me gustaron. Sólo les interesaba la venta de su mercancía. Si no les comprabas, se desentendían de ti como de los franceses blancos que viven aquí. No sé por

qué, yo no esperaba ver blancos en África, pero los hay a bandadas. Y no todos son misioneros.

También hay puñados de blancos en Monrovia y el presidente, que se apellida Tubman, tiene a varios en su Gobierno, junto con hombres de color que parecen blancos. Al día siguiente de llegar a Monrovia, tomamos el té en el palacio presidencial. Dice Samuel que se parece mucho a la Casa Blanca (donde vive nuestro Presidente). El presidente Tubman habló bastante de sus esfuerzos por el desarrollo del país y de sus problemas con los nativos, que no quieren trabajar para la prosperidad del país. Fue la primera vez que oí esa palabra de labios de un negro. Yo sabía que, para los blancos, toda la gente de color son nativos. Luego, carraspeó y dijo que había querido decir «nativos» de Liberia. Yo no vi a ninguno de esos «nativos» en su Gobierno. Y ninguna de las esposas de sus ministros podría pasar por «nativa». A su lado, con todas sus sedas y sus perlas, Corrine y yo parecíamos muy poca cosa. Pero me parece que las mujeres que vimos en el palacio presidencial dedican mucho tiempo a vestirse. Y, sin embargo, no parecen contentas. Ni punto de comparación con las alegres maestras que vimos casi por casualidad llevar a sus clases a nadar a la playa.

Antes de continuar viaje, visitamos una de las grandes plantaciones de cacao que hay aquí. Hasta donde alcanza la vista, todo son árboles de cacao, con aldeas construidas en medio de ellos. Vimos a familias enteras volver a casa del trabajo, con cubos llenos de semillas (que, al día siguiente, les servirán para llevar el almuerzo) y algunas mujeres, con los niños colgados a la espalda. Y, a pesar del cansancio, cantan, Celie. Lo mismo que hacemos nosotros en nuestra tierra. ¿Por qué canta la gente cuando está cansada?, le pregunté a Corrine. Seguramente, porque están demasiado cansados para hacer otra cosa, me dijo ella. Además, Celie, los campos de cacao no son suyos. Ni siquiera, del presidente Tubman. Son de gente que vive en un lugar llamado Holanda. Los que fabrican el chocolate holandés. Y hay capataces encargados de vigilar que la gente trabaje de firme, que viven en casas de piedra, en los ángulos de los campos.

Otra vez tengo que dejarte. Te escribo a la luz de la lámpara, mientras todos duermen. Pero la luz atrae a los insectos, que me comen viva. Tengo picaduras por todo el cuerpo, hasta en la cabeza y en la planta de los pies.

Pero...

¿Te he hablado ya de lo que sentí al ver la costa de África por primera vez? Algo retumbó dentro de mí, en mi alma, como una gran campana que me hacía vibrar. Lo mismo sintieron Corrine y Samuel. Los tres nos arrodillamos en cubierta y dimos gracias a Dios por habernos permitido ver la tierra por la que suspiraban nuestros padres.

Oh, Celie, ¿podré contártelo todo algún día?

No me atrevo a preguntar. Lo dejo en manos de Dios.

Tu hermana que te quiere,

Nettie.

*

Querido Dios:

Entre la impresión, el mucho llorar y tener que sonarme la nariz y adivinar lo que querían decir muchas palabras que no sabíamos, tardamos mucho tiempo en leer las dos o tres primeras cartas. Cuando íbamos por donde ella llega a África, han vuelto Mr. ——— y Grady.

¿Podrás aguantarte?, me pregunta Shug.

No sé si podré resistir las ganas de matarlo, le digo.

Nada de matar. Nettie regresa pronto. No hagas que tenga que verte como nosotros vemos a Sofia.

Me va a ser muy duro, digo mientras Shug vacía la maleta para guardar en ella las cartas.

También fue duro lo que hizo Cristo, dice Shug. Y tuvo que aguantar. Recuerda que Él dijo: No matarás. Seguramente, quería añadir: Ni siquiera a mí. Sabía muy bien la clase de imbéciles que tenía delante.

Pero Mr. ——— no es Cristo. Ni yo tampoco.

Tú eres muy importante para Nettie. Y vaya gracia si ahora que vuelve a casa tú haces un disparate.

Oímos a Grady y a Mr. ——— en la cocina. Revuelven platos y abren y cierran la puerta de la alacena.

No; me parece que me sentiré mucho mejor si lo mato, digo. Ahora estoy vacía, como muerta.

Nadie se siente mejor por matar a alguien. Se siente algo, simplemente.

Ya es mejor que nada.

Celie, Nettie no es la única persona en quien tienes que pensar.

¿Qué dices?

¿Es que yo no soy nadie? Celie, piensa un poco en mí. Si matas a Albert, sólo tendré a Grady. Nada más pensado me asusta.

Me río al pensar en los grandes dientes de Grady.

Haz que Albert me deje dormir contigo desde ahora, mientras estés aquí.

Y, de algún modo, lo ha conseguido.

*

Querido Dios:

Dormimos como dos hermanas, yo y Shug. Por más que me gusta estar con ella, por más que me gusta mirarla, mis pechos siguen blandos y el granito no sube. Ahora sé que estoy muerta. Pero ella dice: No; es la rabia, la pena, las ganas de matar lo que te hace sentir así. No hay que apurarse. Todo se arreglará.

Me gusta que durmamos abrazaditas, me dice. De momento no necesito más.

Sí, se está bien, le digo. Da gusto.

Son momentos de calma. Tendríamos que hacer algo diferente.

¿Como qué?

Pues... Me mira de arriba abajo y dice: Vamos a hacerte unos pantalones.

¿Para qué quiero yo unos pantalones? No soy un hombre.

No te pongas soberbia. A ti los vestidos no te hacen ningún favor. El tipo no te acompaña.

Puede que no. Pero Mr. ——— no querrá que su mujer lleve pantalones.

¿Y por qué no, si eres tú la que hace todo el trabajo? Es un escándalo, verte arar con vestido. Aún no me explico cómo no te pisas la falda o te la pillas con el arado.

¿Sí?

Sí. Yo solía ponerme los pantalones de Albert cuando éramos novios. Y, un día, él se puso mi vestido.

Nooo.

Sí. Era muy gracioso. No como ahora. Y le encantaba verme con pantalones. Era como enseñar un trapo rojo a un toro.

Uf. Me lo imagino, y no me gusta ni pizca.

Bueno, ya sabes cómo son, dice Shug.

¿Y de qué los hacemos?

Tendríamos que agenciarnos un uniforme del Ejército, dice Shug. Buena tela. Y gratis.

El de Jack, le digo. Es el marido de Odessa.

Está bien. Desde hoy, todos los días leeremos las cartas de Nettie y coseremos.

Con una aguja en la mano en lugar de una navaja, pienso.

Ella no dice nada. Viene y me da un abrazo.

*

Querido Dios:

Desde que sé que Nettie vive, he empezado a pisar más fuerte. Pienso: Cuando ella llegue, nos iremos de aquí. Ella y yo y nuestros dos hijos. Me pregunto cómo serán. Pero se me hace duro pensar en ellos. Me da vergüenza. Siento más vergüenza que amor, la verdad. Y, después de todo, ¿se encontrarán bien aquí? Dice Shug que los hijos del incesto se crían idiotas. El incesto entra en el plan del diablo.

Pero yo pienso en Nettie.

Hace calor aquí, Celie, escribe. Más calor que en julio. Más calor que en agosto y julio juntos. Es como estar guisando en una cocina pequeña con un fogón muy grande, en agosto y julio. Calor.

Querida Celie:

Un africano de la aldea en la que vamos a instalarnos fue a recogernos al barco. Se llama Joseph. Es bajo y grueso, con unas manos que parece que no tienen huesos. Cuando me dio la mano sentí algo blando y húmedo que parecía que iba a caerse al suelo y yo casi me agacho a recogerla. Habla un poco de inglés, lo que aquí se llama pidgin, que es muy distinto de la forma en que nosotros lo hablamos, pero, a pesar de todo, resulta familiar. Nos ayudó a bajar del barco nuestras cosas y a cargarlas en las barcas que habían ido a buscarnos. En realidad, eran canoas, hechas de troncos vaciados, como las de los indios que se ven en los grabados antiguos. Con nuestros enseres llenamos tres canoas y en la cuarta pusimos las medicinas y el material para la escuela.

Una vez en las canoas, pudimos escuchar los cantos de los remeros, que hicieron una carrera hasta la orilla. Nos prestaban muy poca atención a nosotros y a nuestra carga. Cuando llegamos a la orilla, no se preocuparon de ayudarnos a bajar y algunas de las cajas las dejaron en el agua. En cuanto hubieron sacado al pobre Samuel una propina, que Joseph dijo que era excesiva, empezaron a gritar a otro grupo de gente que en la orilla esperaban ser trasladados al barco.

El puerto es bonito, pero poco profundo para barcos grandes. Por eso, durante la estación en que llegan los barcos, los remeros hacen buen negocio.

Estos remeros eran todos mucho más altos y musculosas que Joseph y todos ellos, incluido Joseph, son de color chocolate oscuro, no negros como los senegaleses. Y, Celie, tienen los dientes más fuertes, blancos y limpios que puedas imaginar. Durante el viaje, yo pensé mucho en dientes, ya que el dolor de muelas no me dejó. Ya sabes lo picadas que las tengo. También en Inglaterra me llamó la atención la dentadura de la gente. Allí casi todo el mundo tiene los dientes mal puestos y ennegrecidos. Me pregunto si será por el agua. Pero los dientes de los africanos me recuerdan los de los caballos, por lo grandes, rectos y fuertes.

La «ciudad» del puerto tiene el tamaño de la ferretería de nuestro pueblo. Dentro hay puestos de telas, fanales, petróleo para lámparas, mosquitera, camas plegables, hamacas, hachas, azadas, machetes y otras herramientas. El local está dirigido por un blanco, pero algunos de los puestos los tienen alquilados los africanos. Joseph nos dijo lo que teníamos que comprar. Una olla grande para hervir el agua y la ropa y un barreño de cinc. Mosquitera, clavos, martillo, sierra y hacha. Lámparas y petróleo.

Como en el puerto no había donde dormir, Joseph contrató a varios porteadores entre los jóvenes que haraganeaban por allí, y en seguida nos pusimos en camino hacia Olinka, a cuatro días de marcha por la jungla. ¿Tú sabes lo que es la jungla? Pues árboles y árboles y más árboles. Unos árboles enormes. Tan grandes son que parece que los han edificado. Y enredaderas. Y helechos. Y animalitos. Ranas. Según Joseph, también hay serpientes, pero, gracias a Dios, no encontramos ninguna. Sólo unos lagartos con joroba, del tamaño de un brazo que aquí la gente caza para comérselos.

Les encanta la carne. A toda la gente de la aldea. A veces, para que hagan algo, no tienes más remedio que ponerte a hablar de carne, de un pedazo especial que tienes reservado y, si se trata de una cosa importante, sacas a relucir la barbacoa. La barbacoa, sí. Me recuerdan a la gente de nuestra tierra.

Bueno, por fin llegamos. Yo creí que nunca me vería libre de las agujetas en las caderas por haber hecho todo el viaje en una hamaca. Toda la gente de la aldea salió a recibirnos. Salían de unas chozas redondas cubiertas de algo que me pareció paja, pero es una hoja que crece por todas partes. Ellos la cortan, la dejan secar y la colocan superpuesta para que no deje pasar la lluvia. Esto es trabajo de las mujeres. Los hombres clavan las estacas y a veces ayudan a hacer las paredes con barro y piedras del río.

Nunca has visto tanta curiosidad en una cara como había en las de la gente de la aldea. Al principio no hacían más que mirar. Luego, una o dos de las mujeres empezaron a tocar la tela de nuestros trajes. El mío estaba tan sucio, después de tres noches de arrastrar la falda por el suelo, cocinando en

los fuegos de campamento, que me daba vergüenza. Pero entonces me fijé en los suyos. Casi todos estaban tan sucios que parecía que los cerdos habían estado arrastrándolos por la pocilga. Y les están grandes. Después se acercaron un poco más —sin decir ni una palabra todavía— y nos tocaron el pelo. Luego, nos miraron los zapatos. Nosotros miramos a Joseph. Él nos dijo que se portaban de aquel modo porque todos los misioneros que habían tenido hasta entonces eran blancos y que, naturalmente, creían que todos los misioneros eran blancos y viceversa. Algunos de los hombres habían estado en el puerto y habían visto al comerciante, por lo que sabían que los blancos podían ser otras cosas además de misioneros. Pero las mujeres nunca habían ido hasta allí y el único blanco que habían visto era el misionero al que habían enterrado hacía un año.

Samuel preguntó si habían visto a la misionera blanca que vivía a treinta kilómetros del poblado y Joseph dijo que no, que treinta kilómetros por la jungla es un viaje muy largo. Los hombres se alejaban de la aldea hasta unos quince kilómetros cuando salían a cazar, pero las mujeres se quedaban cerca de sus chozas y sus campos.

Una mujer hizo una pregunta. Nosotros miramos a Joseph. Dijo que la mujer quería saber si los niños eran míos o de Corrine o de las dos. Joseph contestó que eran de Corrine. La mujer nos miró y dijo algo más. Nosotros volvimos a mirar a Joseph. Él dijo que la mujer creía que se parecían a mí. Todos nos reímos por cortesía.

Otra mujer preguntó entonces si también yo era esposa de Samuel.

Joseph dijo que no, que yo era sólo otra misionera como Samuel y Corrine. Luego alguien dijo que nunca habría imaginado que pudiera haber misioneros negros.

Otro dijo que la noche anterior había soñado que los nuevos misioneros serían negros y que dos de ellos serían mujeres.

Ahora había ya mucha animación y pequeñas cabecitas empezaban a asomar por detrás de las faldas de sus madres y los hombros de sus hermanas. Casi en volandas, fuimos conducidos por entre las gentes de la aldea, unas trescientas personas, hacia un lugar sin paredes pero con techo de hojas, donde nos sentamos en el suelo, los hombres delante y las mujeres y niños detrás. Luego, unos ancianos que, con sus pantalones holgados y unas chaquetas relucientes y deformadas, me recordaron a los miembros de las juntas diocesanas de nuestro país, empezaron a cuchichear ruidosamente. ¿Bebían vino de palma los misioneros negros?

Corrine miró a Samuel, y Samuel miró a Corrine. Pero los niños y yo ya estábamos bebiendo, porque alguien nos había puesto los vasitos de barro en

la mano y nosotros, nerviosos, empezamos a beber si más.

Habíamos llegado sobre las cuatro, y estuvimos debajo del dosel de hojas hasta las nueve. Allí tomamos nuestra primera comida, pollo y guisado de cacahuete, comido con los dedos. Pero, durante casi todo el tiempo, estuvimos escuchando cantos y contemplando danzas que levantaban mucho polvo.

El acto más importante de la ceremonia de bienvenida se refería a las hojas del techo. Uno de los habitantes de la aldea recitó su historia y Joseph fue traduciendo lo que decía. Los habitantes de la aldea creen que sus antepasados han vivido siempre exactamente en este mismo sitio. Y el lugar ha sido bueno para ellos. Cultivan enormes campos de cazabe, que les dan buenas cosechas. También plantan ñame, algodón y mijo. Y otras muchas cosas. Pero una vez, hace mucho tiempo, un hombre de la aldea quiso cultivar más tierra de la que le correspondía. Deseaba recolectar mayores cosechas para, con lo que le sobrara, traficar con los blancos de la costa. Puesto que en aquella época él era el jefe de la aldea, fue apropiándose poco a poco de las tierras comunales y tomando más y más esposas para que las cultivaran. Su codicia iba en aumento y, al fin, empezó a cultivar también la tierra en la que crecía la hoja para el techo. Hasta sus mismas esposas lo sentían y trataron de protestar, pero como eran perezosas mujeres, nadie les hizo caso. Nadie recordaba un tiempo en el que no hubiera habido gran abundancia de hoja para el techo. Pero el jefe llegó a apoderarse de tanta de aquella tierra que hasta los ancianos de la aldea empezaron a inquietarse. Y él, simplemente, los compró con hachas y tela y cacerolas que obtenía de los comerciantes de la costa.

Pero llegó la estación de las lluvias y una fuerte tormenta destrozó el techo de todas las chozas. Entonces los habitantes de la aldea descubrieron con espanto que ya no había hojas para el techo. Allí donde antes solía haberlas y donde las hubo desde el principio del tiempo, ahora crecían el cazabe, el mijo y el cacahuete.

Durante seis meses, los cielos y los vientos castigaron al pueblo olinka. La lluvia caía como dardos, arañando el barro de las paredes. El viento era tan fuerte que desprendía las piedras de la pared, haciéndolas caer en las ollas. Luego cayeron del cielo unos granos helados que golpeaban a todos, hombres, mujeres y niños y les producía fiebre. Los niños fueron los primeros en enfermar. Después, los padres. Pronto la aldea empezó a morir. Cuando pasó la estación de las lluvias, en la aldea no quedaban más que la mitad de sus habitantes.

La gente rezaba a sus dioses y esperaba con ansiedad que cambiara la estación. Cuando dejó de llover, corrieron a los antiguos campos de la hoja para techos y se pusieron a buscar las viejas raíces. Pero de aquellas grandes

cantidades que antaño crecieran allí apenas quedaban unas docenas. Cinco años tuvieron que transcurrir para que la hoja de los techos volviera a darse en abundancia. Durante aquellos cinco años, en la aldea siguió muriendo la gente. Muchos se fueron para no volver. Otros fueron devorados por los animales. Muchos más cayeron enfermos. Al jefe lo obligaron a marcharse de la aldea con todos sus utensilios. Sus esposas fueron entregadas a otros hombres.

El día en que todas las chozas volvieron a tener techo, se celebró una fiesta con cantos y bailes y con el relato de la historia de la hoja de los techos. Y, desde entonces, la consideran sagrada.

Terminado el relato, al mirar por encima de las cabezas de los niños, vi venir lentamente hacia nosotros una cosa puntiaguda de color pardo, tan grande como una habitación, que avanzaba sobre una docena de piernas. Era un regalo para nosotros. Era nuestro techo.

La gente se inclinaba a su paso.

Joseph dijo: El misionero blanco que teníamos antes no nos permitía celebrar esta ceremonia. Pero a los olinkas nos gusta mucho. Ya sabemos que la hoja de los techos no es Jesucristo, pero, dentro de su modestia, ¿no es Dios?

De manera, Celie, que allí estábamos nosotros, frente al dios olinka. Y, Celie, yo estaba tan cansada, tenía tanto sueño, me sentía tan repleta de pollo y guisado de cacahuete, mientras escuchaba aquellos cantos, que encontraba perfectamente natural todo lo que decía Joseph.

Me gustaría saber qué piensas tú de todo esto.

Te manda un cariñoso abrazo tu hermana,

Nettie.

Querida Celie:

Hace mucho tiempo que no he tenido un rato para escribirte. Pero siempre, haga lo que haga, siempre estoy escribiéndote. Querida Celie, digo con el pensamiento mientras rezo las Vísperas, cuando me despierto por la noche o al hacer la comida. Querida, querida Celie. E imagino que tú me contestas: Querida Nettie. Esto es mi vida.

Nos levantamos a las cinco, tomamos un desayuno ligero, de puré de mijo y fruta, y empezamos las clases. Enseñamos a los niños inglés, a leer y escribir, historia, geografía, aritmética y la Biblia. A las once nos vamos a almorzar y hacemos los trabajos de la casa. De una a cuatro hace demasiado

calor para moverse, aunque algunas madres se sientan a coser detrás de sus chozas. A las cuatro damos clase a los niños mayores y, por la noche, atendemos a los adultos. Algunos de los niños mayores ya tienen la costumbre de asistir a la escuela de la misión, pero los pequeños, no. A algunos los traen sus madres a rastras, mientras ellos lloran y patalean. Todos son niños. Olivia es la única niña.

Los olinkas no creen que se deba educar a las niñas. Cuando pregunté a una madre por qué pensaba así, me dijo: Una mujer no es nada por sí misma. Sólo por su marido puede ser algo.

¿Y qué puede ser?, le pregunté.

La madre de sus hijos.

Pues yo no soy madre de los hijos de nadie y, sin embargo, soy alguien.

No eres mucho. Sólo la sirvienta de misionero.

Es verdad que trabajo más de lo que nunca imaginé, que barro la escuela y arreglo la iglesia después de la función, pero no me siento como una criada. Me sorprendió que esa mujer, que se llama Catherine, me viera de ese modo.

Catherine tiene una hija, Tashi, que juega con Olivia después de clase. Adam es el único niño que habla con Olivia en la escuela. Y no es que sean malos con ella. Es sólo que hacen como si no la vieran, porque está donde se hacen «cosas de hombres». Pero no te apures, Celie, alivia es tan terca y tan despejada como tú y más lista que todos juntos, incluido Adam.

¿Por qué Tashi no puede venir a la escuela?, me preguntó. Cuando le dije que los olinkas no son partidarios de educar a las niñas, me respondió, con la rapidez del rayo: Son como los blancos de nuestra tierra, qué no quieren que los negros estudien.

Es muy viva, Celie. Por la tarde, cuando Tashi termina todos los trabajos que le manda su madre, ella y alivia vienen a mi choza y alivia le explica todo lo que ha aprendido. Ahora para alivia sólo Tashi es África con la que soñaba mientras cruzaba el océano. Todo lo demás le resulta hostil.

Por ejemplo, los insectos. Todas las picaduras se le infectan y supuran y por las noches le cuesta trabajo dormir con los ruidos de la selva, que la asustan. No acaba de acostumbrarse a la comida, que es nutritiva pero no muy apetitosa. Las mujeres del pueblo se turnan para prepararnos la comida y unas son más limpias y cuidadosas que otras. A alivia le sienta mal todo lo que preparan las esposas del jefe. Samuel lo atribuye al agua que usan, que procede de una fuente distinta, que mana incluso en la estación seca. Pero a los demás no nos afecta. Es como si alivia recelara de la comida de esas mujeres por lo desgraciadas que parecen y lo mucho que trabajan. Cuando la

ven, siempre le hablan del día en que ella sea también esposa del jefe y hermana de ellas. Es sólo una broma y todas la quieren mucho, pero no me gusta que digan eso. Aunque son muy desgraciadas y trabajan como burros, piensan que ser esposa del jefe es un gran honor. Él se pasea de un lado al otro todo el día, sosteniéndose la barriga y charlando y bebiendo vino de palma con el hechicero.

¿Por qué me dicen que voy a ser esposa del jefe?, pregunta Olivia.

Porque ése es el más alto honor que pueden imaginar, le digo.

El jefe es gordo —y reluciente y posee unos enormes dientes muy blancos. Ella cree que, por su culpa, tiene pesadillas.

Tú serás una mujer cristiana y valerosa, le digo. Y ayudarás a tu pueblo. Serás maestra o enfermera, viajarás y conocerás a muchas personas más importantes que el jefe.

¿Y Tashi?, me pregunta.

Tashi, también.

Corrine me ha dicho esta mañana: Nettie, para evitarles confusiones a esta gente, me parece que deberíamos llamarnos unos a otros hermano y hermana. A algunos no acaba de entrarles en su cabeza que tú no eres otra esposa de Samuel y no me agrada.

Casi desde que llegamos, he notado un cambio en Corrine. No está enferma y trabaja tanto como siempre. Y sigue tan dulce y cariñosa. Pero, a veces, me parece que algo la atormenta.

Encantada, le he dicho. Me alegro de que lo hayas mencionado.

Y no dejes que los niños te llamen «mamá Nettie», ni siquiera jugando.

Esto me ha mortificado un poco, pero no le he dicho nada. Los niños suelen llamarme «mamá Nettie», pero es porque me preocupo mucho por ellos. Nunca he tratado de ponerme en el lugar de Corrine.

Y otra cosa, me ha dicho. Creo que deberíamos procurar no tomar prestada la una ropa de la otra.

Bueno, ella nunca toma prestado nada mío, porque no hay mucho que tomar. Soy yo la que siempre se pone cosas de ella.

¿Eres la misma de siempre?, le pregunto.

Sí, me contesta.

Me gustaría que pudieras ver mi choza, Celie. Me encanta. A diferencia de la escuela, que es cuadrada, y de la iglesia, que no tiene paredes —por lo

menos, durante la estación seca—, mi choza es redonda, con paredes y con techo de hojas. Mide veinte pasos de diámetro y me hace sentir como el pez en el agua. He colgado en las paredes platos, esteras olinka. Los olinkas son famosos por sus telas de algodón, que tejen a mano y tiñen con bayas, barro, índigo y corteza de árbol. En el centro de la choza tengo mi fogón de parafina y, a un lado, una cama de campaña, con una mosquitera que le da aspecto de cama de novia. También tengo un escritorio, donde te escribo, una lámpara y un taburete. El suelo está cubierto con unas preciosas esteras de junco. Todo, muy alegre, cálido y hogareño. Sólo me falta una ventana. Ninguna de las chozas de la aldea tiene ventanas, y cuando les hablé de la ventana a las mujeres, ellas se rieron de buena gana. Parece ser que en la estación de las lluvias iba a resultar muy poco práctica la ventana. Pero voy a tener una ventana, aunque se me inunde la casa todos los días.

Darí cualquier cosa por un retrato tuyo, Celie. En el baúl tengo retratos y estampas donados por las sociedades misioneras de Inglaterra y América. Cuadros de Cristo, de los Apóstoles, de María, de la Crucifixión. Retratos de Cristo, Livingstone. De Stanley. De Schweitzer. Puede que alguna vez los cuelgue. Pero un día, para ver el efecto, los arrimé a las telas. Y alfombras de las paredes y me hicieron sentirme pequeña y desgraciada. Y volví a guardarlos. Hasta la imagen de Cristo, que generalmente queda bien en todas partes, aquí resulta extraña. En la escuela tenemos cuadros y fotografías, desde luego y, en la iglesia, la imagen de Cristo en el altar. Creo que es suficiente, aunque Samuel y Corrine tienen cuadros y crucifijos también en su choza.

Tu hermana,

Nettie.

*

Querida Celie:

Han venido los padres de Tashi. Están disgustados porque su hija pasa mucho tiempo con alivia. Dicen que ha cambiado, que es mucho más callada y que piensa demasiado. Que se está convirtiendo en otra, que empieza a parecerse a una tía que fue vendida al tratante porque no se adaptaba a la vida de la aldea. La tía se negó a casarse con el hombre elegido para ella. No quería obedecer al jefe. Se pasaba el día echada, partiendo nueces de cola y riendo.

Querían saber qué hacen en mi choza alivia y Tashi mientras las otras niñas ayudan a sus madres.

¿Tashi es holgazana en casa?, pregunté.

El padre miró a la madre. Oh, no, al contrario, dijo ella, Tashi trabaja más que las otras niñas de su edad. Y hace las cosas más de prisa. Pero es porque quiere pasar la tarde con alivia. Aprende todo lo que le enseñó como si ya lo supiera, pero es como si estas cosas no llegaran a su espíritu.

La madre parecía extrañada y asustada.

El padre, furioso.

Yo pensé: Ajá, Tashi sabe que está aprendiendo una forma de vida que no vivirá. Pero no lo dije.

El mundo está cambiando, respondí. Ya no es un lugar sólo para hombres.

Nosotros respetamos a nuestras mujeres, dijo el padre. Nosotros nunca las dejaríamos ir a vagar por el mundo como hacen las americanas. Siempre hay alguien que cuida de la mujer olinka. Un padre. Un tío. Un hermano o un sobrino. No te ofendas, hermana Nettie, pero nuestro pueblo siente compasión de las mujeres como tú, que son expulsadas nadie sabe de dónde a un mundo desconocido en el que tienen que luchar solas.

Así que tanto los hombres como las mujeres me compadecen y desprecian, pensé.

Además, dijo el padre de Tashi, nosotros no somos tan ignorantes. Sabemos que en el mundo hay lugares en los que las mujeres viven de modo distinto a las nuestras, pero no queremos esa vida para nuestras hijas.

Pero la vida cambia, dije yo. Incluso en Olinka. Nosotros estamos aquí.

¿Y qué sois vosotros?, preguntó escupiendo en el suelo. Tres adultos y los niños. Cuando vengan las lluvias, probablemente alguno de vosotros morirá. No podréis resistir nuestro clima. Y, si no morís, caeréis enfermos. Oh, sí, ha ocurrido otras veces. Vosotros, los cristianos, llegáis aquí, os esforzáis por hacernos cambiar, luego enfermáis y os volvéis a Inglaterra o adonde sea. El único que se queda es el comerciante de la costa, pero tampoco es el mismo año tras año. Lo sabemos porque le enviamos mujeres.

Tashi es muy inteligente, les dije. Podría ser maestra, o enfermera. Podría ayudar a la gente de la aldea.

Aquí esas cosas no las hacen las mujeres.

Entonces, la hermana Corrine y yo deberíamos marcharnos.

No, no, dijo.

¿O enseñar sólo a los niños?

Sí, me dijo como si mi pregunta fuera una sugerencia.

La forma en que los hombres hablan a las mujeres me recuerda a Pa. Te escuchan sólo lo preciso para darte órdenes. Y ni siquiera miran a las mujeres cuando ellas hablan. Mantienen la cabeza baja, mirando al suelo. Pero las mujeres tampoco lo miran a la cara. «Mirar a un hombre a la cara», como dicen ellos, es un gran atrevimiento. Le miran a los pies o a las rodillas. ¿Y qué puedo yo decidir? Lo mismo hacíamos nosotras con Pa.

La próxima vez que Tashi aparezca en tu puerta, nos la mandas a casa, dijo el padre. Luego dijo sonriendo: Olivia puede verla allí y aprender lo que tiene que hacer una mujer.

Yo también sonreí. Olivia debe recibir su educación para la vida allí donde pueda hallarla. Esta invitación es una espléndida oportunidad.

Adiós, mi querida Celie, se despide de ti esta pobre mujer desheredada que tal vez perezca durante la estación de las lluvias.

Te abraza,

Nettie.

Querida Celie:

Al principio, era un rumor muy lejano, casi imperceptible. Como un zumbido bajo. Luego, se oían hachazos y el roce de troncos arrastrados. Más adelante, empezó a oler a humo. Pero ahora, al cabo de dos meses, durante los que Corrine, o yo, o los niños, hemos estado enfermos, los golpes y el arrastrar de la madera no paran. Y todos los días huele a humo.

Hoy, en la clase de la tarde, uno de los chicos gritó al entrar: ¡Se acerca la carretera! ¡Se acerca la carretera! Él y su padre habían ido a cazar al bosque y la habían visto.

Ahora, todos los días, los habitantes de la aldea se reúnen al borde de los campos de cazabe, para contemplar las obras de la carretera. Y, al verlos, unos sentados en taburete y otros, en cuclillas, masticando nueces de cola y haciendo dibujos en el suelo, siento un gran cariño por ellos. Porque no voy a creer que se acercan a los obreros de la carretera con las manos vacías. Ni mucho menos. Desde que empezó a verse la carretera, todos los días les han ofrecido leche de cabra, mijo molido, ñame asado, cazabe, nueces de cola y vino de palma. Cada día hay picnic y estoy segura de que se han iniciado muchas amistades, a pesar de que los obreros de la carretera son de otra tribu de más al Norte, próxima a la costa, y su lengua es algo diferente. Por lo menos, yo no la entiendo, aunque los olinkas no parecen tener dificultad para comunicarse con ellos. Pero hay que reconocer que son muy listos y aprenden en seguida.

Parece imposible que llevemos aquí cinco años ya. El tiempo se mueve despacio, pero pasa de prisa. Adam y Olivia son casi tan altos como yo y progresan en sus estudios. Adam tiene una especial predisposición para los números y Samuel anda preocupado porque dice que muy pronto le habrá enseñado ya todo lo que sabe.

En Inglaterra conocimos a misioneros que habían enviado a sus hijos a estudiar en su país. Pero resulta difícil imaginar la vida sin los niños. Ellos aman el clima de simplicidad que existe en la aldea y les encanta vivir en chozas. Les llena de admiración la habilidad de los hombres para la caza y la capacidad de las mujeres para cultivar sus campos. Por muy desanimada que me sienta —y a veces lo estoy de verdad— un abrazo de Olivia o de Adam basta para ponerme otra vez en disposición de seguir funcionando, que no es poco. Su madre y yo no estamos tan compenetradas como antes, pero yo me siento más afín a ellos que nunca. Y nosotros tres nos parecemos cada vez más.

Hace cosa de un mes, Corrine me pidió que no invitara a Samuel a entrar en mi choza si no estaba ella. Dijo que eso daba a los habitantes de la aldea una idea equivocada. Fue muy amargo para mí, ya que aprecio mucho la compañía de Samuel y, puesto que Corrine casi nunca viene a verme, no voy a tener con quien hablar en plan de amistad. Pero los niños siguen viniendo y, a veces, cuando sus padres quieren estar solos, pasan la noche en mi choza. Esos ratos son una delicia. Asamos cacahuetes en mi cocina, nos sentamos en el suelo y estudiamos mapas de todos los países del mundo. De vez en cuando, Tashi se sienta con nosotros y nos cuenta las historias que las madres olinka cuentan a sus hijos. Yo las animo a ella y a Olivia a que las escriban en olinka y en inglés. Será un buen ejercicio. Olivia dice que los cuentos que ella sabe no pueden compararse con los de Tashi. Un día empezó a contar el Tío Remus ¡Y resultó que Tashi conocía la versión original! Se quedó muy compungida. Pero entonces empezamos a hablar de la forma en que los cuentos del pueblo de Tashi habían llegado a América, y Tashi quedó fascinada. Y lloró cuando Olivia le dijo que su abuela había trabajado como esclava.

Pero en la aldea nadie quiere oír hablar de esclavitud. No reconocen ninguna responsabilidad. Y esto es lo que menos me gusta de ellos.

Durante la última estación de las lluvias, perdimos al padre de Tashi. Enfermó de malaria y ninguno de los remedios que le preparó el hechicero le hizo el menor bien. Él se negó a tomar la medicina que usamos nosotros, y no consintió que Samuel lo visitara. Fue el primer funeral olinka al que asistí. Las mujeres se pintan la cara de blanco, se envuelven en ropas blancas parecidas a sudarios y lanzan agudos gritos. Envolvieron el cadáver en una lámina de corteza de árbol y lo enterraron en la selva, al pie de un árbol gigante. Tashi estaba muy triste. Durante toda su vida ha tratado de

complacer a su padre, sin comprender que, por ser niña, nunca lo conseguiría. Pero la muerte del padre ha hecho que se sienta más unida a su madre, y ahora Catherine es ya como una de nosotros. Al decir nosotros me refiero a los niños y a mí y a Samuel, de vez en cuando. Ella aún está de luto y apenas sale de su choza, pero dice que no piensa volver a casarse (como ha tenido cinco hijos varones, ahora puede hacer lo que quiera. Se ha convertido en hombre honorario), y cuando fui a visitarla me dijo claramente que deseaba que Tashi siguiera estudiando. Es la más trabajadora de todas las viudas del padre de Tashi y sus campos son un modelo de limpieza, productividad y hermosura. Quizá yo pueda ayudarla en su trabajo. Es a través del trabajo como las mujeres llegan a conocerse y apreciarse. Por el trabajo, Catherine se hizo amiga de las demás esposas de su marido.

Samuel habla a menudo de esta amistad entre las mujeres. Porque las mujeres comparten un marido, pero el marido no comparte la amistad de las mujeres. Y esto es algo que preocupa a Samuel. Sin duda es bastante complicado. Porque Samuel, en su calidad de ministro cristiano, tiene la obligación de predicar el mandamiento de la Biblia que dice: un marido y una mujer y él se da cuenta de que las mujeres son amigas y harían cualquier cosa por las demás —no siempre, pero más a menudo de lo que cualquier americano podría esperar—, charlan y ríen y cuidan de los hijos de las otras, o sea, que tienen que estar contentas con esta situación. Pero la mayoría de las mujeres están poco con sus maridos. Algunas fueron prometidas al nacer a hombres mayores o ancianos. Sus vidas discurren en torno al trabajo, a los niños y a las demás mujeres (porque una mujer no puede tener a un hombre como amigo, si no quiere ser objeto de murmuración y ostracismo). Pero, eso sí, las mujeres halagan al marido. Tendrías que ver cómo le admiran, cómo elogian hasta sus actos más insignificantes, cómo les llenan de vino de palma y golosinas. No es de extrañar que muchos hombres sean infantiles. Y un niño grande puede ser peligroso, en especial si, como ocurre entre los olinkas, el marido tiene sobre la esposa el poder de la vida y de la muerte. Si un hombre acusa de hechicería o infidelidad a una de sus esposas, ella puede ser condenada a muerte.

Gracias a Dios (y, a veces, gracias también a la intervención de Samuel), desde que nosotros estamos aquí ello no ha sucedido. Pero Tashi nos ha contado casos bastante recientes que dan horror. ¡Y no permita Dios que enferme el hijo de una favorita! Entonces, no hay amistad que valga, pues una de las mujeres teme ser acusada de hechicería por las otras o por el marido.

Feliz Navidad para ti y los tuyos, querida Celie. Aquí, en el continente «negro», la celebramos con oraciones, cantos y con una comida en la que no faltará la sandía, el ponche de frutas, ¡ni la barbacoa!

Que Dios te bendiga,

Nettie.

*

Queridísima Celie:

Quería escribirte antes de Pascua, pero yo estaba pasando por un mal momento y preferí no darte noticias tristes. De manera que hace un año que no te escribo. Ante todo, debo hablarte de la carretera. Por fin, hace nueve meses, la carretera llegó a los campos de cazabe, y los olinkas, que siempre están dispuestos a celebrarlo todo, se superaron a sí mismos preparando una fiesta para los obreros que durante todo el día estuvieron charlando, riendo y mirando con disimulo a las mujeres olinka. Al caer la tarde, muchos fueron invitados a la aldea y hubo fiesta hasta la madrugada.

Yo creo que los africanos se parecen mucho a los blancos de nuestra tierra en lo de pensar que ellos son el centro del universo y que todo se hace para ellos. Por lo menos, así son los olinkas. Por eso, naturalmente, creían que la carretera se construía para ellos. Y, desde luego, los constructores no hacían más que hablar de la rapidez con que los olinkas podrían ir a la costa de ahora en adelante. Por la carretera asfaltada se tardan sólo tres días. Y, en bicicleta, mucho menos. Desde luego, en Olinka nadie tiene bicicleta, pero uno de los obreros la tiene y todos los hombres olinka se la envidian y hablan de comprarse una.

Bien, a la mañana siguiente de «terminada» la carretera —por lo menos, desde el punto de vista de los olinkas, puesto que ya había llegado a la aldea — cuál no sería nuestra sorpresa al ver que los obreros volvían al trabajo. ¡Tenían que construir otros cuarenta y cinco kilómetros de carretera! Y cruzando la aldea de Olinka. Cuando saltamos de la cama ya habían entrado en el campo que Catherine acababa de sembrar de ñame. Desde luego, los olinkas se alzaron en armas. Pero los constructores tenían rifles, Celie, y órdenes de disparar.

Fue muy triste, Celie. La gente se sentía engañada. Inermes —en realidad, no saben pelear y desde los tiempos de las guerras tribales no han vuelto a pensar en ello—, veían cómo eran destruidos sus campos y sus mismos hogares. La carretera no se desvió ni un palmo del plano que seguía el capataz. Todas las chozas que estaban en su trayectoria fueron arrasadas. Y, Celie, en unas horas desaparecieron la escuela, la iglesia y mi propia choza. Menos mal que pudimos salvar nuestras cosas, pero la aldea parece haber sido acuchillada por esa carretera de asfalto que la atraviesa de parte a parte.

Cuando descubrió las intenciones de los constructores, el jefe se puso en camino hacia la costa, decidido a pedir explicaciones y reparaciones. Dos

semanas después, volvía con noticias aún más alarmantes. Todo el territorio, incluida la aldea de los olinkas, pertenece ahora a una fábrica inglesa de goma. Al acercarse a la costa, el jefe quedó asombrado al ver a cientos y cientos de habitantes de las aldeas talando la selva a ambos lados de la carretera y plantando árboles del caucho. Los gigantescos árboles de caoba, todos los árboles, la caza, toda la selva se destruía y la tierra quedaba lisa y desnuda como la palma de la mano.

Al principio, el jefe creyó que los que le hablaban de la fábrica de goma estaban equivocados, por lo menos en lo que se refería a la aldea de los olinkas. Luego, lo enviaron a la residencia del gobernador, una gran casa blanca, con banderas en el patio, y allí habló con el blanco que manda. Él es quien dio las órdenes a los constructores, un hombre que sólo conoce a los olinkas por el mapa. Hablaba en inglés, y nuestro jefe trató de contestarle en la misma lengua.

La conversación debió de ser patética. Nuestro jefe no sabe más que cuatro frases que aprendió de Joseph, quien cuando tiene que decir «English» dice «Yanlush».

Pero aún faltaba lo peor. Los olinkas ya no son dueños de su aldea y han de pagar alquiler y, para usar el agua, que tampoco les pertenece, tienen que pagar un impuesto.

Al principio, la gente se reía. Y es que parecía un disparate. Ellos han estado aquí siempre. Pero el jefe no reía.

Lucharemos contra el hombre blanco, decían.

Pero el hombre blanco no está solo —dijo el jefe. Han traído a sus soldados.

Esto fue hace varios meses y hasta ahora todo sigue igual. La gente vive como avestruces, sin pisar la carretera si pueden evitarlo y sin mirar nunca hacia la costa. Hemos construido otra iglesia y otra escuela y yo tengo otra choza. Y esperamos.

Entretanto, Corrine ha estado muy enferma de fiebres. Muchos misioneros han muerto de ellas.

Pero los niños están muy bien. Los muchachos aceptan ya a Olivia y a Tashi en la clase y las madres han empezado a mandar a la escuela a las niñas. A los hombres no les gusta. ¿Quién va a querer a una esposa que sepa tanto como su marido?, gruñen. Pero las mujeres van a su aire y quieren a sus hijos, Incluso a las niñas.

Volveré a escribirte cuando las cosas empiecen a ir mejor. Quiera Dios que así sea.

Tu hermana,

Nettie.

Querida Celie:

Todo este año, desde Pascua, ha sido muy difícil. Desde que Corrine se puso enferma, he tenido que encargarme de todo su trabajo y, además, cuidarla a ella, lo cual la mortifica.

Un día, mientras la cambiaba, tumbada en la cama, me lanzó una mirada larga, acusadora y también compasiva. ¿Por qué se te parecen mis hijos?, me preguntó.

¿De verdad crees que se me parecen tanto?, le repliqué.

Como si estuvierais hechos por un mismo molde.

Será de vivir juntos. Si quieres mucho a una persona, acabas pareciéndote a ella. Ya habrás notado cómo se parecen algunos matrimonios ancianos.

Hasta estas mujeres notaron el parecido el día en que llegamos, me dijo.

¿Y te ha preocupado eso durante todo este tiempo? Yo trataba de echado a broma.

Pero ella me miraba sin pestañear.

¿Cuándo conociste a mi marido?, me preguntó. Entonces comprendí lo que ella sospechaba. ¡Piensa que Adam y Olivia son hijos míos! ¡Y que Samuel es su padre!

¡Oh, Celie, esta idea ha estado martirizándola todos estos años!

Conocí a Samuel el mismo día que a ti, Corrine, le dije. (Aún no me he acostumbrado a decir siempre «hermana».) Dios es testigo de que ésta es la verdad.

Trae la Biblia, me dijo.

Yo cogí la Biblia, puse la mano encima y juré.

Tú sabes que nunca te he mentado, Corrine. Créeme ahora, te lo ruego.

Entonces ella llamó a Samuel y le hizo jurar que no me había conocido antes que a ella.

Él me dijo: Te pido perdón por esto, hermana Nettie. Discúlpanos, por favor.

En cuanto Samuel hubo salido de la habitación, ella me obligó a subirme el vestido y se incorporó en la cama para mirarme el vientre.

Me sentí avergonzada por ella, y humillada, Celie. Pero lo peor es su manera de tratar a los niños. No quiere ni verlos y ellos no pueden entenderlo. ¿Y cómo van a entenderlo si ni siquiera saben que son adoptados?

Durante la próxima estación, se plantarán árboles del caucho en toda la aldea. Los territorios de caza de los olinkas ya han sido destruidos y los hombres tienen que ir cada vez más lejos para encontrar piezas. Las mujeres se pasan el día en el campo, cultivando la tierra y rezando. Cantan a la tierra y al cielo, al cazabe y al cacahuete. Son canciones de amor y despedida.

Todos estamos muy tristes, Celie. Espero que la vida sea para ti más feliz.

Tu hermana,

Nettie.

Querida Celie:

¿Imaginas? ¡Samuel también creía que los niños eran míos! Por eso me instó a venir a África con ellos. Cuando me presenté en su casa, él pensó que yo iba siguiendo a mis hijos y, con lo bueno que es, no tuvo valor para cerrarme la puerta.

Si no son tuyos, ¿de quién son?, me preguntó.

Pero también yo tenía varias preguntas que hacerle.

¿Dónde los encontraste?, le pregunté. Y, Celie, entonces él me contó una historia espeluznante. Espero que estés preparada para oída, pobrecita.

Había una vez cerca de la ciudad un granjero acomodado que era dueño de las tierras que cultivaba. Era nuestra ciudad, Celie. Como la granja le iba tan bien y todos los asuntos que emprendía prosperaban, el hombre decidió abrir una tienda y probar fortuna vendiendo granos y frutos secos. El negocio rendía tanto que él convenció a sus dos hermanos para que lo ayudaran a llevado y, a medida que pasaban los meses, los beneficios crecían más y más. Entonces los comerciantes blancos hicieron causa común y empezaron a quejarse de que todos los negros fueran a comprar a la tienda de aquel hombre y que a la herrería que había puesto detrás de la tienda fueran incluso los blancos. No podían tolerarlo, de manera que, una noche, quemaron la tienda, destruyeron la herrería, sacaron a la calle al hombre y a sus dos hermanos y los colgaron.

Aquel hombre tenía una esposa a la que adoraba y una niña de dos años. La mujer volvía a estar embarazada. Los vecinos le llevaron a casa el cadáver de su marido, mutilado y quemado. Ella, al verlo, estuvo a punto de morir. Entonces nació su segundo hijo, otra niña. Aunque la viuda recobró la salud

del cuerpo, su espíritu quedó dañado para siempre. Ella seguía haciendo la comida para su marido, y siempre estaba hablando de los grandes proyectos que tenían. Los vecinos, aun sin proponérselo, la rehuían cada vez más, en parte porque los planes que les contaba eran inconcebibles para la gente de color y en parte porque les daba pena verla refugiarse en el pasado. Pero era hermosa y aún tenía sus tierras, aunque no quien se las cultivara. Y es que ella seguía esperando que su marido volviera a terminar la cena que ella le había preparado y a trabajar sus campos. Muy pronto, no hubo en la casa más comida que la que llevaban los vecinos y lo que ella y las niñas recogían en el huerto.

Cuando la segunda niña era aún muy pequeña, llegó a la ciudad un forastero que en seguida empezó a dedicar muchas atenciones a la viuda y, al poco tiempo, se casó con ella. Casi en seguida, la mujer quedó embarazada, a pesar de que su salud mental no había mejorado. A partir de entonces, sus embarazos se sucedían año tras año y ella estaba cada vez más débil y más desequilibrada hasta que, muchos años después de casarse con el forastero, murió.

Pero, dos años antes de morir, tuvo una niña que no pudo criar por estar ya muy débil. Y luego un niño. Estas dos criaturas se llamaban Olivia y Adam.

Hasta aquí, la historia de Samuel, casi palabra por palabra.

El forastero que se casó con la viuda era un hombre al que Samuel había conocido antes de encontrar a Cristo. Cuando el hombre se presentó en casa de Samuel, primero con Olivia y, después, con Adam, Samuel no sólo se sintió incapaz de rechazar a los niños, sino que le pareció que Dios había escuchado sus oraciones y las de Corrine.

No dijo nada a Corrine acerca de aquel hombre ni de la «madre» de los niños para no entristecerla.

Pero entonces aparecí yo de improvviso. Samuel, recordando que su antiguo camarada siempre había sido un granuja, sacó su conclusión y me acogió en su casa. Por cierto, a decir verdad, esto siempre me intrigó, pero yo lo atribuía a su caridad cristiana. Una vez Corrine me preguntó si me había escapado de casa. Pero yo le dije que ya era una muchacha mayor, que mi familia era muy numerosa y muy pobre y que ya era hora de que trabajara para ganarme el sustento.

Cuando Samuel acabó de contarme todo esto, yo tenía la blusa empapada en lágrimas. Entonces me sentí incapaz de decirle la verdad. Pero a ti sí te la digo, Celie. Y rezo con toda mi alma para que, por lo menos, esta carta llegue a tus manos.

¡Pa no era nuestro pa!

Tu hermana que te quiere,

Nettie.

*

Querido Dios:

Se acabó, dice Shug. Haz las maletas. Tú te vienes a Tennessee conmigo.

Pero yo estoy atontada.

Mi papá, linchado. Mi mamá, loca. Mis hermanos, sólo hermanos a medias. Mis hijos, no son hermanos. Pa, no es mi pa.

Debes de estar durmiendo.

Querida Nettie:

Por primera vez en mi vida, he querido ver a Pa. Conque yo y Shug nos hemos puesto nuestros pantalones nuevos de flores azules a juego y nuestros sombreros de primavera, también a juego, sólo que el de ella tiene rosas rojas y el mío, amarillas, nos hemos metido en el «Packard» y allá nos hemos ido. Han puesto carreteras de asfalto por todo el Condado y te haces treinta kilómetros sin darte cuenta.

Desde que salí de casa, había visto a Pa una sola vez. Un día, yo y Mr. ——— estábamos cargando el carro a la puerta del almacén. Pa iba con Ellen, que se había parado a sujetarse la media. Ella tenía el cuerpo doblado hacia delante y se anudaba la media por encima de la rodilla y él, a su lado, golpeaba la grava con la punta del bastón, pero con cara de querer golpearla a ella.

Mr. ——— se acercó a ellos todo sonrisas, con la mano extendida, pero yo seguí cargando el carro, sin apartar los ojos de las marcas de los sacos. Nunca se me habría ocurrido pensar que querría volver a vedo.

Era un claro día de primavera, un poco fresco, como suelen ser los días por Pascua. Lo primero que nos llama la atención al doblar por el sendero es lo verde que está todo, como si las otras tierras aún no se hubieran calentado y las de Pa ya estuvieran templadas y en sazón. Al borde del camino todo son lirios, junquillos, margaritas y toda clase de flores silvestres. Luego, oímos cantar a los pájaros a todo lo largo del seto que también sacaba florecitas amarillas que olían como la hiedra de Virginia. Era todo tan distinto del resto de la región por la que habíamos venido que las dos nos quedamos calladas. Ya sé que te sonará raro, Nettie, pero parecía que hasta el sol brillaba de otro modo.

Todo esto es muy bonito, dijo Shug. No me habías dicho lo bonito que era.

No era tan bonito. En Pascua siempre había inundaciones y los niños nos resfriábamos. Además, no salíamos de la casa y puedes estar segura de que la casa no es ninguna preciosidad.

¿No lo es?, pregunta ella mientras damos la vuelta a una ancha curva que yo no recordaba y vamos a salir delante de una gran casa amarilla de dos pisos, con los postigos verdes y un tejado muy inclinado de tablas verdes.

Nos hemos equivocado de camino, digo riendo. Esta es una casa de blancos.

Pero era tan bonita que paramos el coche y nos quedamos mirándola.

¿Qué árboles son éstos tan floridos?, pregunta Shug.

No lo sé. Me parece que hay melocotoneros, ciruelos, manzanos y puede que cerezos. Pero bonitos lo son.

Todo en derredor de la casa no había más que árboles en flor. Y más lirios y junquillos y rosas. Y todos los pájaros del Condado, sentados en las ramas de los árboles, descansando en ruta para la ciudad.

Después de estar un rato mirando la casa, digo: Parece que no hay nadie.

Habrán ido a la iglesia, dice Shug. Es domingo y hace muy buen tiempo.

Vámonos antes de que vuelvan sus dueños, quienquiera que sean. Pero ahora, de repente, mis ojos tropiezan con una higuera conocida. Un coche sube por el camino, y el que viene en el coche no es otro que Pa, con una jovencita al lado que parece su hija.

Él baja del coche, da la vuelta y le abre la portezuela a ella. La muchacha viste que da gusto verla, traje de color de rosa, sombrero rosa, zapatos rosa y un bolso rosa colgado del brazo. Miran nuestra matrícula y se acercan al coche. Ella se coge de su brazo.

Buenos días, dice él, acercándose a la ventanilla de Shug.

Buenos días, contesta ella, despacio, y me doy cuenta de que ella esperaba otra cosa.

¿Puedo servirles en algo? No se ha fijado en mí, pero probablemente aunque me viera no me reconocería.

¿Es él?, me pregunta Shug por lo bajo.

Sí.

Lo que nos asombra a Shug y a mí es lo joven que está. Sí, parece mayor que la muchacha que está con él, a pesar de que ella se vista de mujer, pero parece joven para tener hijos mayores y hasta nietos que casi son hombres y

mujeres. Pero entonces me acuerdo de que no es mi papá, sólo el papá de mis hijos.

¿Qué hizo tu mamá?, me pregunta Shug. ¿Robarlo de una cuna?

Pero tampoco es tan joven.

Le he traído a Celie, dice Shug. Su hija Celie. Quería verle para preguntarle un par de cosas.

Él hace memoria. ¿Celie?, dice, como preguntando: ¿Y quién es Celie? y luego: Vamos a sentarnos en el porche. Daisy, avisa a Hetty que la comida se retrasará. Ella le aprieta el brazo, se empina y le da un beso en la barbilla. Él la sigue con la mirada mientras ella se aleja por el sendero, sube la escalera y entra por la puerta principal. Luego, nos lleva hasta el porche, arrima unas mecedoras y dice: Bueno, ¿qué queréis?

¿Están aquí los niños?, pregunto.

¿Qué niños? Se ríe. Ah, se fueron con su mamá. Ella me abandonó para volver con su gente. Sí, es natural que te acuerdes de May Ellen.

¿Por qué se fue?

Él vuelve a reír. Verás, era demasiado vieja para mí.

Luego, la muchacha vuelve a salir y se sienta en el brazo de su sillón. Él no para de acariciarle el brazo mientras habla con nosotras.

Es Daisy, dice. Mi nueva esposa.

No parece tener más de quince años, dice Shug.

No los tengo, dice Daisy.

Es extraño que tu familia te diera permiso para casarte.

Ella se encoge de hombros y mira a Pa. Trabajan para él, dice. Viven en sus tierras.

Ahora su familia soy yo, dice él.

Siento tanto asco que casi me dan arcadas. Nettie está en África, digo. Es misionera. Me decía en una carta que tú no eres nuestro Pa.

Bueno, ahora ya lo sabes.

Daisy me mira con cara de lástima. Es muy propio de él no habértelo contado, dice. Él me dijo que había criado a dos niñas que ni siquiera eran suyas. Y yo no lo creí, hasta ahora.

No; él no les contó nada, dice Shug.

Qué buen corazón, dice Daisy, dándole un beso en la coronilla. Y él sigue

acariciándole el brazo, mientras me mira sonriendo de oreja a oreja.

Tu papá no sabía defenderse, me dice. Los blancos lo lincharon. Era una historia muy triste pero contársela a unas niñas. Cualquiera hubiera hecho lo mismo que yo.

O puede que no, dice Shug.

Él la mira, me mira y se da cuenta de que ella lo sabe. Pero, ¿qué le importa a él?

Pero yo sé lo que hay que hacer, yo los conozco bien. Para ellos lo más importante es el dinero. Nuestra gente, en cuanto se acabó la esclavitud, se negó a dar nada más al blanco, y en eso se equivocó. Porque algo tienes que darle. O tu dinero, o tu tierra, o tu mujer, o tu trasero. Así que yo empecé por ofrecerle dinero. Antes de plantar una semilla, me aseguraba de que éste y el de más allá sabía que una de cada tres semillas se plantaba para él. Y, antes de moler un grano de trigo, lo mismo. Y cuando volví a abrir la tienda de tu papá, contraté a un blanco para atenderla. Y lo contraté con el dinero de los blancos, y eso fue lo mejor de todo.

Hazle ya tu pregunta al hombre de negocios, dice Shug. Se le enfría la comida.

¿Dónde está enterrado mi papá?, pregunto. Es lo único que quiero saber.

Al lado de tu mamá, dice él.

¿Tiene lápida?

Me mira como si estuviera loca. No se pone lápida a los linchados, me dice. Como si eso lo supiera todo el mundo.

¿La tiene mamá? No.

Cuando nos vamos, los pájaros siguen cantando dulcemente, lo mismo que cuando llegamos. Pero, en cuanto salimos a la carretera principal, parece que se callan de golpe. Cuando llegamos al cementerio, el cielo está gris.

Andamos de un lado al otro, buscando y buscando a Ma y Pa, esperando encontrar un trozo de madera que diga algo. Pero no hay más que hierbajos, cizaña y flores de papel descoloridas en algunas tumbas. Shug encuentra una vieja herradura y, con la herradura en la mano, seguimos dando vueltas y más vueltas hasta que nos entra vértigo y en el sitio en el que casi nos caemos, clavamos la herradura en la tierra.

Nosotras somos ahora nuestra única familia, me dice Shug. Y me da un beso.

Querida Celie:

Esta mañana desperté con el propósito de contárselo todo a Corrine y Samuel. Entré en su choza y arrimé un taburete a la cama de Corrine. Está tan débil que lo único que puede hacer es poner cara de pocos amigos. Comprendí que no era bien recibida.

Corrine, le dije, he venido a deciros la verdad a ti y a Samuel.

Samuel ya me lo contó. Si los niños eran hijos tuyos, ¿por qué no lo dijiste?

Vamos, querida, dijo Samuel.

Déjate de «vamos, querida». Nettie juró sobre la Biblia decirme la verdad. Decir la verdad a Dios, y mintió.

Yo no mentí, Corrine. Y, volviéndome de espaldas a Samuel, susurré: Ya viste mi vientre.

¿Y qué sé yo de embarazos? ¿Quién me dice que no se pueden borrar todas sus huellas?

Es imposible borrar las marcas de la dilatación y siempre queda algo de vientre, como les ocurre a las mujeres de la aldea.

Ella volvió la cara hacia la pared.

Corrine, le dije entonces. Yo soy la tía de los niños. Su madre es mi hermana mayor, Celie.

Entonces les conté toda la historia. Pero Corrine no estaba convencida.

Habéis contado tantas mentiras tú y Samuel. ¿Quién va a creerlos ya?

Debes creer a Nettie, dijo Samuel, aunque lo de Pa contigo le había horrorizado.

Entonces me acordé de lo que me habías contado, de que habías visto a Corrine, a Samuel y a Olivia en la ciudad cuando ella compraba tela para hacer unos vestidos, y que me mandaste a su casa porque ella era la única mujer a quien habías visto disponer de dinero. Traté de hacer que Corrine recordara aquel día, pero no lo conseguí.

Está cada día más débil y, si no cree en nosotros ni puede volver a sentir algo por los niños, temo que vamos a perderla.

Oh, Celie, la desconfianza es algo terrible. Y también lo es el daño que podemos causar al prójimo sin querer.

Reza por nosotros,

Nettie.

*

Querida Celie:

Todos los días de esta semana he tratado de hacer que Corrine recordara el día en que te vio en la ciudad. Estoy segura de que, si recuerda tu cara, comprenderá que alivia (si Adam no) es hija tuya. Dicen ellos que alivia se parece a mí; pero es porque yo me parezco a ti. Olivia tiene tu misma cara y tus mismos ojos. Me asombra que Corrine no se diera cuenta del parecido.

¿Recuerdas la calle mayor de nuestra ciudad?, le pregunté. ¿Recuerdas el poste donde se ataban las caballerías delante de la tienda de granos de Finley? ¿Recuerdas cómo olía a cáscara de cacahuete?

Ella me dijo que recordaba todo esto, pero no haber hablado con nadie allí.

Entonces pienso en las colchas. Los hombres olinka hacen unas colchas preciosas, con dibujos de animales, pájaros y personas. Cuando Corrine las vio, empezó a hacer una colcha alternando las figuras aplicadas con muestras de nueve piezas, aprovechando los vestidos que se les habían quedado pequeños a los niños y prendas viejas suyas.

Yo abrí su baúl y empecé a sacar colchas.

No toques mis cosas, me dijo. Aún no me he muerto.

Yo las iba mirando a la luz una a una, mientras trataba de recordar cuál era la primera que le vi hacer. Y cómo era la tela de los vestidos que ella y Olivia llevaban cuando las conocí.

Ajá, dije cuando encontré la que buscaba, extendiéndola sobre la cama.

¿Te acuerdas de cuándo compraste esta tela?, le pregunté, señalando un cuadro de flores. ¿Y de este pájaro de cuadros?

Ella resiguió el dibujo con el dedo y se le llenaron los ojos de lágrimas.

Aquella muchacha era igual que Olivia, dijo. Tuve miedo de que quisiera recuperada. Así que traté de olvidada rápidamente. Sólo me permití pensar en la grosería del dependiente. Yo me daba importancia porque había estudiado en el Seminario Spellman y él me trató como a una negra cualquiera. ¡Oh, cómo me dolió! Estaba furiosa. Y sólo en eso pensaba y de eso hablé con Samuel camino de casa. No de tu hermana, ¿cómo se llama? ¿Celie? Ni por asomo.

Lloraba con gran desconsuelo. Samuel y yo le cogíamos las manos.

No llores, no llores, le decía yo. Mi hermana se alegró de ver a Olivia contigo. De saber que vivía. Ella creía que sus dos hijos habían muerto.

¡Pobre mujer!, dijo Samuel. Y así nos quedamos, cogidos de las manos, hablando poco, hasta que Corrine se durmió.

Y, Celie, por la noche ella despertó, miró a Samuel, dijo: Te creo. Pero, a pesar de todo, murió.

Muy apenada, te abraza tu hermana,

Nettie.

*

Querida Celie:

Cuando empiezo a pensar que ya me he acostumbrado al calor, a la humedad e, incluso, al vapor que desprende mi ropa y al encharcamiento de las axilas y de los muslos, entonces me viene la regla. Y el dolor de cabeza, los calambres y el cansancio. Pero tengo que disimular, para no violentar a Samuel, a los niños ni a mí misma. Y no digamos a la gente de la aldea, que piensan que una mujer que tiene la regla no debe mostrarse en público.

Olivia empezó a tenerla a poco de morir su madre. Yo imagino que ella y Tashi se atienden mutuamente. A mí no me ha dicho nada y yo no sé cómo sacar a relucir el tema. Esto no me parece bien, pero no se puede hablar con una muchacha olinka de sus cosas íntimas sin que sus padres se ofendan, y para Olivia es muy importante que no se la considere distinta a las demás. De todos modos, el rito que aquí se practica para celebrar la pubertad es tan sangriento y doloroso que he prohibido a Olivia hasta pensar en él.

¿Te acuerdas cómo me asusté la primera vez? Creí que me había cortado. Gracias a Dios que tú estabas allí para tranquilizarme.

Enterramos a Corrine según la costumbre olinka, envuelta en tela de corteza, al pie de un árbol grande. Echamos mucho de menos su dulce compañía, su saber y su afán por hacer el bien. ¡Aprendí tanto de ella! Nunca la olvidaré. Los niños quedaron anonadados por la muerte de su madre. Sabían que estaba enferma, pero no asocian la idea de la muerte con sus padres ni consigo mismos. Fue una extraña procesión: todos nosotros, con trajes blancos y la cara pintada de blanco. Samuel anda como perdido; No creo que pasaran ni una sola noche separados desde que se casaron.

Y tú, ¿cómo estás, hermana? Tantos años sin una sola palabra tuya. El cielo que nos cobija es lo único que tenemos en común. A él levanto muchas veces la mirada, con la ilusión de que, un día, acaso vea tus ojos reflejados en su inmensidad, tus queridos y hermosos ojos, grandes y límpidos. Oh, Celie, mi vida aquí es sólo trabajo, trabajo, trabajo y ansiedad. Todo aquello que la vida depara a la mujer en su juventud me lo he perdido. No he tenido vida propia. Ni marido, ni hijos, ni más amigo que Samuel. Pero no; tengo unos hijos,

Adam y Olivia. Y amigas, Tash y Catherine. Y tengo hasta una familia, toda esta aldea, que tantas penalidades están sufriendo.

Ahora han venido los ingenieros a inspeccionar el territorio. Ayer, dos hombres blancos estuvieron un par de horas dando vueltas por la aldea, mirando sobre todo los pozos. Y los olinkas, con su innata hospitalidad, se apresuraron a preparar comida para ellos, a pesar de la poca que queda, ya que la mayor parte de los huertos que daban sus frutos en esta época del año han sido destruidos. Y los blancos se sentaron a comer sin reparar en la comida.

A los olinkas no se les oculta que nada bueno puede venir de las personas que destruyeron sus hogares, pero las costumbres no mueren fácilmente. Yo no hablé con los hombres, pero Samuel sí. Dijo que sólo hablaban de obreros, kilómetros de tierra, lluvia, simientes, maquinaria y cosas por el estilo. Uno parecía indiferente a la gente que lo rodeaba —sólo comía, fumaba y miraba a lo lejos— y el otro, un poco más joven, estaba entusiasmado con la idea de aprender la lengua. Antes de que se extinga, decía.

No me gustaba ver a Samuel hablar con ellos: Ni con el que estaba pendiente de cada palabra, ni con el de la mirada ausente.

Samuel me ha dado todos los vestidos de Corrine, y buena falta me hacían, aunque nuestras ropas no son adecuadas para este clima. Ni lo son las que usan los africanos. Antiguamente llevaban muy poca ropa, pero las damas de Inglaterra introdujeron el «mamá Hubbard», una especie de bata larga y ancha, sin forma alguna, que inevitablemente acaba prendiéndose fuego y causando multitud de quemaduras. Yo nunca he podido decidirme a ponerme una de esas prendas que parecen hechas para gigantes, por lo que me alegro de poder usar las cosas de Corrine. Al mismo tiempo, me daba escrúpulo ponérmelas al recordar que ella había dicho que debíamos dejar de llevar cada una la ropa de la otra. Y el recuerdo me entristecía.

¿Estás seguro de que la hermana Corrine lo aprobaría?, pregunté a Samuel.

Sí, hermana Nettie. Trata de no juzgarme por sus dudas. Al fin comprendió y confió. Y perdonó... si algo había que perdonar.

Yo debía hablar antes, dije.

Entonces él me pidió que le hablara de ti y las palabras me brotaban como un torrente. Yo me moría por hablar de nosotras. Le dije que te escribía todos los años en Navidad y en Pascua y el bien que nos hubiera hecho yendo a verte después de que yo me fuera. Ahora lamenta haberse mantenido al margen.

¡Si entonces hubiera sabido lo que ahora sé!

Pero, ¿cómo iba a saberlo? ¡Son tantas las cosas que no comprendemos! ¡Y tanta la infelicidad que ello causa!

Con todo cariño, te deseo feliz Navidad.

Tu hermana

Nettie.

*

Querida Nettie:

Ya no escribo más a Dios. Te escribo a ti.

¿Y qué le ha pasado a Dios?, me pregunta Shug.

¿A quién?

Ella me mira muy seria.

Un diablo como tú no va a preocuparse porque no haya Dios, le digo.

Un momento, un momento. Sólo porque esté siempre incordiándolo como mucha gente que nosotras conocemos, no significa que no tenga religión.

¿Qué ha hecho Dios por mí?, pregunto.

¡Celie! dice, como horrorizada. Él te ha dado la vida, salud y el amor de una buena mujer.

Sí, y también un papá linchado, una mamá loca, un padrastro que es un perro indecente y una hermana a la que probablemente no volveré a ver. De todos modos, ese Dios al que yo rezaba y al que escribía cartas es un hombre. Y, como todos los hombres, es desconsiderado, olvidadizo e indiferente.

Será mejor que te calles, Miss Celie. Dios podría oírte.

Bueno, que me oiga. Si alguna vez escuchara a las pobres mujeres de color, este mundo sería distinto, puedes estar segura.

Ella habla y habla, tratando de contenerme para que no siga blasfemando. Pero yo blasfemo cuanto se me antoja.

En toda mi vida, nunca me ha preocupado lo que la gente pensara de mí, le digo. Pero, en el fondo de mi corazón, me preocupaba mucho lo que pensara Dios. Y ahora veo que no piensa. Sólo está allí sentado, tan contento de ser sordo. Pero no creas que es fácil tratar de pasar sin Dios. Aunque una sepa que no existe, es duro darle la espalda:

Yo soy pecadora, dice Shug. Así nací. No lo niego. Pero, una vez descubres lo que te espera, ¿qué otra cosa puedes ser?

Los pecadores lo pasan mejor, le digo. ¿y sabes por qué?

Porque no andan siempre preocupados por Dios.

Nooo. Nosotros nos preocupamos cantidad. Pero, una vez nos hemos dado cuenta de que nos quiere, hacemos todo lo que podemos para agradarle, en lo que cabe.

¿Me estás diciendo que Dios te quiere sin haber hecho nada por Él? Porque tú ni vas a la iglesia, ni cantas en el coro, ni mantienes al cura, ni nada.

Es que, si Dios me quiere, Celie, no tengo que hacerla. A no ser que lo desee. Hay otras muchas cosas que yo puedo hacer y que me figura que le gustan.

¿Como qué?

Bueno, pues tumbarme a admirar lo que veo. Ser feliz. Pasarlo bien.

Eso sí que me parece una blasfemia.

Ella me dice entonces: Celie, la verdad, ¿has encontrado alguna vez a Dios en la iglesia? Yo, nunca. Sólo un puñado de gente que espera que se les manifieste. Si alguna vez he encontrado a Dios en la iglesia es porque ya lo llevaba conmigo. Y lo mismo les pasa a los demás. La gente va a la iglesia a compartir a Dios, o a buscarlo.

Hay gente que no puede compartido porque no lo tiene, le digo. La gente que no me saludaba cuando yo iba con mi barriga y con los hijos de Mr. _____.

Dime cómo es tu Dios, Celie.

Oh, noo. Me da vergüenza. Nunca me lo habían preguntado, y me pilló de sorpresa. Además, ahora que lo pienso, no me parece del todo bien. Pero es lo único que tengo. Conque decido mantenerme firme, sólo para ver qué dice Shug.

Bueno, le contesto, pues es alto y viejo, con la barba gris y blanca. Va vestido de blanco y con los pies descalzos.

¿Los ojos azules?, me pregunta ella.

Entre azules y grises. Fríos. Pero grandes. Con pestañas blancas.

Ella se ríe.

¿De qué te ríes? A mí no me parece gracioso. ¿Qué esperabas? ¿Que iba a parecerse a Mr. _____?

Eso no sería mucho mejor. Luego me dice que ese anciano blanco es el mismo Dios que ella veía cuando rezaba. Si esperas encontrar a Dios en la iglesia, Celie, me dice, tienes que ver a ése, porque ahí es donde vive.

¿Y por qué?

Porque es el que está en la Biblia blanca de los blancos.

¡Shug, la Biblia la escribió Dios! Los blancos no tuvieron nada que ver.

Entonces, ¿por qué da la casualidad de que se parece a ellos? Sólo que más grande, claro. Y con más pelo. ¿Cómo te explicas que la Biblia, al igual que todo lo que a ellos se refiere, sólo trate de ellos haciendo esto o lo otro, mientras a la gente de color sólo le toca recibir las maldiciones?

Nunca lo había pensado.

Dice Nettie que ella ha leído en la Biblia que el pelo de Jesús era como la lana del cordero.

Pues Jesús, si fuera a una de esas iglesias de que hablábamos antes, tendría que estirárselo, o nadie le prestaría atención. Lo último que desean los negros es imaginar a su Dios con el pelo crespo.

Es verdad.

Es imposible leer la Biblia sin imaginar a Dios blanco, dice Shug. Luego, suspira. Cuando yo descubrí que imaginaba que Dios era blanco y hombre perdí el interés. Tú estás furiosa porque Él no parece escuchar tus oraciones. ¡Ja! ¿Es que el alcalde escucha a los negros? Pregúntale a Sofia.

No tengo que preguntar a Sofia. Yo sé que los blancos nunca escuchan a la gente de color. Si acaso, lo justo para poder decirte lo que tienes que hacer.

Ésa es la cuestión, dice Shug. Lo que yo creo. Dios está dentro de ti y dentro de cada cual. Tú vienes al mundo con Dios. Pero sólo lo encuentra aquel que lo busca dentro de sí. Y a veces se manifiesta aunque tú no lo busques o no sepas lo que estás buscando. A la mayoría de la gente eso le ocurre a través de una desgracia. De una pena. Cuando se sienten hechos polvo.

¿Y Dios no es «Él» ni «Ella»? , pregunto.

Exacto. Dios es, sencillamente, Dios.

Pero, ¿qué aspecto tiene?

Ninguno. No es cosa de cine. Es algo que no puedes separar de las demás cosas, incluido, tú mismo. Yo creo que Dios lo es todo. Todo lo que es, ha sido o será. Y cuando tú pienses así y estés satisfecha de pensar así, es que ya lo has encontrado.

Shug es algo hermoso, puedes estar segura. Mira al otro lado del patio frunciendo el entrecejo y echándose atrás en la silla. Parece una rosa.

Y dice: el primer paso para desterrar la idea del anciano blanco lo di gracias a los árboles. Luego, el aire. Luego, los pájaros. Luego, la otra gente.

Pero, un día, estando sentada en un rincón, sintiéndome como una niña sin madre, lo que era, me pareció que se me abrían los ojos y me vi formando parte de todo y no separada. Pensé que si clavaba un cuchillo en un árbol me sangraría el brazo. Y eché a correr por toda la casa, riendo y llorando. Entonces supe lo que era. Y es que, cuando eso te pasa, no puedo., dejar de notarlo. Es como ya sabes qué. Y sonriendo me acarició en lo alto del muslo.

¡Shug!, exclamo yo.

Oh, a Dios le gusta que la gente goce. Es uno de sus mejores dones. Y, cuando te das cuenta de quo le agrada, tú gozas el doble. Te relajas, te sueltas y alabas a Dios porque le gusta lo mismo que a ti.

¿A Dios no le parece indecente?

Noo. Dios lo quiso así. Mira, Dios ama todo lo que amas tú, además de otras cosas. Pero lo que más le agrada es la admiración.

¿Quieres decir que Dios es vanidoso?

Noo; vanidoso, no. Pero le gusta compartir lo bueno. A mí me parece que Dios se mosquearía si, al pasar por un campo, no vieras el color púrpura.

¿Y qué hace Dios cuando se mosquea?

Oh, seguramente buscar otra forma de agradarte. Cree la gente que lo único que a Dios le interesa es que lo alaben. Pero cualquier idiota que viva en este mundo puede darse cuenta de que Dios también quiere contentarnos.

¿Sí?

Sí. Siempre está dándonos pequeñas sorpresas cuando menos lo esperamos.

¿Piensa que sólo desea que lo quieran, como dice la Biblia?

Sí, Celie. Todo lo que hay en el mundo desea que lo quieran. Nosotros cantamos y bailamos y hacemos muecas y regalamos ramos de flores, para hacemos querer. ¿Te has fijado en que los árboles, menos andar, hacen lo mismo que nosotros, para llamar la atención?

Bueno, hablamos y hablamos de Dios, pero yo aún estoy hecha un lío. Intento sacarme de la cabeza al anciano blanco. Tan ocupada estaba pensando en Él que no me daba cuenta de las cosas que ha hecho. Ni de la espiga de trigo (¿cómo las hará?), ni del color púrpura (¿de dónde habrá salido?). Ni de las flores silvestres. Ni de nada.

Ahora que se me han abierto los ojos me siento como una idiota. Al lado de la planta más insignificante del patio, la ruindad de Mr. ——— parece achicarse. Aunque no desaparece del todo. Pero es lo que dice Shug. Para

poder ver algo con un poco de claridad tienes que quitar al hombre de tu campo visual.

El hombre todo lo corrompe, dice Shug. Está en la despensa, en tu cabeza y en la radio. Trata de hacerte creer que está en todas partes y llegar a pensar que él es Dios. Y no lo es. Cuando te pongas a rezar y, izas!, se te coloque delante el hombre, tú lo mandas a paseo, dice Shug. Y piensa en las flores, el viento, el agua o en un pedrusco.

Pero eso se dice pronto. Y es que lleva tanto tiempo plantado ahí delante que no hay quien lo eche. Él te amenaza con rayos, inundaciones y terremotos. Y entonces paleamos. Yo ni rezo casi. Cada vez que pienso en un pedrusco, es para tirárselo a alguien.

Amén.

*

Querida Nettie:

Cuando digo a Shug que en vez de escribir a Dios ahora te escribo a ti, ella se ríe. Nettie no conoce a esta gente, me dice. Y, si piensas de quién he estado escribiendo, tiene gracia.

La mujer que viste hacer de criada del alcalde era Sofia. Sofia es la mujer de Harpo, el hijo de Mr. ———. La Policía la metió en la cárcel por insultar a la mujer del alcalde y pegar al alcalde. Primero estuvo en la cárcel, trabajando en la lavandería y muriéndose aprisa. Luego, conseguimos que la llevaran a casa del alcalde. Tenía que dormir en un cuartito del sótano, pero era mejor que la cárcel. Había moscas, pero ratas no.

De todos modos, la tuvieron allí once años y medio. Seis meses le descontaron por buena conducta, para que pudiera volver pronto con su familia. Sus hijos mayores ya estaban casados y se habían ido de casa y los pequeños no se acordaban de ella y no la querían. La encontraban vieja y rara y le echaban en cara que estuviera loca por la chiquilla blanca que había criado.

Ayer cenamos en casa de Odessa. Odessa es la hermana de Sofia. Ella crio a los chicos. Ella y Jack, su marido. También estaban Squeak, la mujer de Harpo y el propio Harpo.

Sofia se sentó a la mesa como si fuera una extraña. Sus hijos no le hacían caso. Harpo y Squeak parecían marido y mujer con muchos años de matrimonio. Los chicos llamaban «mamá» a Odessa y «mamita» a Squeak. A Sofia la llamaban «señora». La única que parecía prestarle atención era Suzie Q., la pequeña de Harpo y Squeak. Estaba sentada frente a Sofia y no le quitaba ojo.

Terminada la cena, Shug se echó atrás en la silla y encendió un cigarrillo.

Ha llegado el momento de decidir, manifiesta. ¿Decir el qué?, pregunta Harpo.

Que nos vamos.

¿Sí?, inquiriere Harpo, buscando con la mirada la cafetera y volviéndose hacia Grady.

Sí, nos vamos, dice Shug otra vez. Mr. ——— pone gesto de mal humor, como siempre que Shug dice que se va. Se pasa la mano por el estómago y mira para otro lado, como si no hubiera oído nada.

Todos sois estupendos, dice Grady. La sal de la tierra. Pero tenemos que irnos.

Squeak no abre la boca y se queda con la barbilla pegada al plato. Yo tampoco digo nada. Espero acontecimientos.

Celie viene con nosotros, dice Shug.

¿Qué? Mr. ——— vuelve la cabeza como si le hubieran pinchado. ¿Qué dices?

Celie se va conmigo a Memphis.

Tendría que pasar por encima de mi cadáver.

Así será, si así lo quieres, dice Shug, más fresca que el cuajo.

Mr. ——— se levanta a medias, mira a Shug, se deja caer otra vez, se vuelve hacia mí. Creí que por fin estabas contenta, me dice. ¿Qué es lo que te pasa ahora?

Que eres un cerdo, eso es lo que pasa. Ha llegado la hora de dejarte y entrar en la creación. Y tu cadáver me servirá de alfombra.

¿Qué dices?, pregunta. Está asombrado. Alrededor de la mesa, todos se han quedado con la boca abierta.

Tú echaste de mi lado a mi hermana Nettie, la única persona de este mundo que me quería.

Mr. ——— empieza a petardear como un motor. Peroperopero.

Pero Nettie y mis hijos van a volver muy pronto, le digo. Y, cuando estén aquí, entre todos te daremos tu merecido.

¡Nettie y tus hijos!, exclama Mr. ———. Eso que dices son disparates.

Yo tengo hijos. Educados en África, en buenas escuelas, con mucho aire puro y ejercicio. Y han salido mucho mejores que esos idiotas tuyos, a los que

ni siquiera intentaste educar.

Un momento, dice Harpo.

Tú mejor te callas. Si no es por tu afán de dominar a Sofia, los blancos no la pillan.

Sofia está tan sorprendida de oírme hablar así que lleva diez minutos sin masticar.

Eso es mentira, dice Harpo.

Pero lleva algo de verdad, dice Sofia.

Todos la miran como si les sorprendiera verla allí. Es como una voz de ultratumba.

Erais todos peor que la peste, digo. Me hicisteis pasar un purgatorio. Y aquí, vuestro papa, vale menos que el estiércol de un caballo muerto.

Mr. ——— extiende la mano para darme una bofetada pero yo se la pincho con el cuchillo.

Golfa, me dice. ¿Qué dirá la gente? Irse a Memphis, como si no tuviera una casa que atender...

Albert, trata de pensar como si tuvieras un poco de sentido común, dice Shug. Para mí es un misterio que a una mujer tenga que importarle ni un comino lo que la gente pueda pensar de ella.

Es que una mujer que ande en lenguas de la gente no encontrará a un hombre que la quiera, dice Grady, deseando aportar la luz.

Shug me mira y nos reímos, primero por lo bajo y después a carcajadas. Entonces empieza a reír Squeak y, luego, Sofia. Reímos y reímos sin poder contenernos.

¿No son un portento?, pregunta Shug. Y nosotras: Hummm. Damos palmadas en la mesa y nos enjugamos el agua de los ojos.

Harpo mira a Squeak. Basta ya, Squeak, le dice. Trae mala suerte que las mujeres se rían de los hombres.

Está bien, dice ella. Se queda muy erguida en la silla, conteniendo la respiración y apretando los labios.

Él mira a Sofia. Pero ella se ríe en su cara. Yo ya he tenido mi parte de mala suerte. Suficiente para estar riéndome el resto de mi vida.

Harpo la mira como la noche en que ella dio el puñetazo a Mary Agnes. Es como si una chispa saltara por encima de la mesa.

Y con esta loca he tenido yo seis hijos, murmura.

Cinco, dice ella.

Él está tan deshecho que no puede ni contestar.

Se queda mirando a la más pequeña. Es llorona, díscola, embustera y testaruda. Pero él la quiere más que a ninguno. Se llama Henrietta.

Henrietta, dice Harpo.

¿Sííí?, dice ella, como los de la radio.

Cada vez que la niña abre la boca, él se queda cortado. Nada, dice él. Y luego: tráeme un vaso de agua fresca.

Ella no se mueve.

Si haces el favor.

Ella se levanta, trae el agua, se la deja al lado del plato y le da un beso en la mejilla. Pobre papaíto, dice. Y se sienta.

No vas a ver ni un céntimo de mi dinero, me dice Mr. ———. Ni un níquel.

¿Alguna vez te he pedido dinero?, le pregunto. Ni dinero ni nada. Ni tan siquiera tu raquílica mano en matrimonio.

Entonces tercia Shug. Un momento. Aquí hay otra persona que también se va. No la toméis sólo con Celie.

Todos miran a Sofia con disimulo. Es la que está de más. La extraña.

No soy yo, dice, y sus ojos parecen añadir: Que os jodan a todos por pensar tal cosa. Alarga el brazo para coger una galleta y parece clavar mejor el trasero en la silla. Una mirada a esta mujerona de pelo canoso y ojos de fuego y te quedas sin palabras. Ni una pregunta.

Pero ella, para dejar las cosas claras, dice: Esta es mi casa. Punto.

Su hermana Odessa la abraza. Jack se pone a su lado.

Eso, sin discusión, dice Jack.

¿Llora mamá?, pregunta uno de los niños.

Miss Sofia también, dice otro.

Pero Sofia es rápida para llorar. Como para todo.

¿Quién es el que se va?, pregunta.

Todo el mundo calla. En el silencio se oye hasta cómo se pasan las brasas del fogón. Suena como si cayeran unas encima de otras.

Por fin, Squeak nos mira por debajo del flequillo. Me voy yo, dice. Al Norte.

¿A dónde?, pregunta Harpo. Se ha quedado tan pasmado que empieza a chisporrotear como su papá. No sé lo que parece.

Quiero cantar, dice Squeak.

¡Cantar!, dice Harpo.

Sííí, cantar. No he vuelto a cantar en público desde que nació Jolentha. Se llama Jolentha, pero todos la llaman Suzie Q.

Ni falta que nos hace. Yo puedo darte lo que quieras.

Deseo cantar.

Mira, Squeak, tú no te vas a Memphis. Se acabó.

Mary Agnes, dice Squeak.

Squeak o Mary Agnes, ¿qué más da?

Mucho. Cuando era Mary Agnes podía cantar en público.

En este momento, suena un golpecito en la puerta.

Odessa y Jack se miran. Adelante, dice Jack.

Por la puerta asoma una mujer blanca, bajita y flaca.

Oh, están cenando, dice. Perdón.

Ya habíamos terminado, dice Odessa. Pero ha quedado mucho. ¿No quiere sentarse a tomar algo? O, si lo prefiere, puedo servirle en el porche.

¡Oh, Dios!, exclama Shug.

Es Eleanor Jane, la muchacha blanca que crio Sofia.

Cuando descubre a Sofia, parece respirar más tranquila. Muchas gracias, Odessa, pero no tengo hambre. Sólo he venido a ver a Sofia.

¿Podrías salir un minuto al porche, Sofia?

Está bien, Miss Eleanor. Sofia se levanta y salen las dos al porche. A los pocos minutos, oímos lloriquear a Miss Eleanor. Y, luego, llorar con desconsuelo.

¿Qué le pasa?, pregunta Mr. ———.

Prroblemasss, dice Henrietta con acento de radio. Odessa se encoge de hombros. Anda siempre muy atropellada, dice.

Se bebe mucho en esa familia, dice Jack. Además, no hay forma de

conseguir que el hermano pare en una Universidad. Se emborracha, insulta a su hermana, persigue a los negros y qué sé yo cuántas cosas más.

Pues ya es suficiente, dice Shug. Pobre Sofia.

Al poco rato, Sofia vuelve y se sienta.

¿Qué pasa?, dice Odessa.

Disgustos en la casa, dice Sofia.

¿Y tienes que ir tú?, pregunta Odessa.

Sí; dentro de unos minutos. Pero trataré de volver antes de que los niños se acuesten.

Henrietta dice que le duele el estómago y pide permiso para irse a la cama.

La pequeña de Squeak y Harpo se acerca a Sofia, la mira y pregunta: ¿Tienes que irte, Misofia?

Sofia se la sienta en el regazo. Sí, le dice. Sofia está en libertad condicional y tiene que ser muy buena.

Suzie Q. apoya la cabeza en el pecho de Sofia. Pobre Sofia, dice, como le ha oído decir a Shug. Pobre Sofia.

Mary Agnes, mi vida, mira cómo Suzie Q. se ha encariñado con Sofia, dice Harpo.

Sí, dice Squeak, los niños saben apreciar lo bueno. Ella y Sofia se miran y sonrían.

Ve a cantar, dice Sofia. Yo cuidaré de esta pequeña hasta que vuelvas.

¿Lo harás?

Y cuida también de Harpo, haz el favor.

Amén.

*

Querida Nettie:

Ya sabes que donde haya un hombre tiene que haber jaleo. Durante el viaje a Memphis, parecía que Grady estaba en todo el coche. Y es que, por más que nos cambiásemos, él siempre acababa al lado de Squeak.

Mientras Shug y yo dormíamos y él conducía, estuvo contando a Squeak su vida en North Memphis, Tennessee. No podía acabar de dormirme, oyéndole cómo se hacía lenguas de los clubes y de los trajes y de las cuarenta y nueve marcas de cerveza. De tanto oírle hablar de bebidas me entraron ganas de hacer pipí y nos metimos por una carretera del monte a orinar.

Mr. ——— hizo como si no le importara que me fuera.

Ya volverás, dijo. En el Norte no hay nada para una persona como tú. Shug tiene talento. Ella canta y tiene coraje. Puede hablar con cualquiera. Y es guapa. Cuando ella se levanta, todo el mundo la mira. Pero, ¿qué tienes tú? Eres fea. Eres flaca. Eres rara. Te asusta abrir la boca. Allí, en Memphis, sólo servirás para hacer de criada de Shug. Vaciar el orinal y, si acaso, hacer la comida. Y tampoco eres una gran cocinera. Y esta casa no se ha limpiado como es debido desde que murió mi primera mujer. Tampoco vas a encontrar a nadie que esté tan loco como para querer casarse contigo. ¿Qué harás? ¿Entrar en una granja? Se reía. A lo mejor te dejan trabajar en la vía del tren.

¿Ha llegado alguna otra carta?, le pregunto.

¿Qué?

Ya me has oído. ¿Han llegado más cartas de Nettie?

Tampoco te las daría. Sois tal para cual. Uno quiere portarse bien con vosotras y se lo pagáis a picotazos.

Yo te maldigo.

¿Qué quieres decir con eso?

Hasta que te portes bien conmigo, todo lo que toques se te volverá polvo entre las manos.

¿Quién te has creído que eres?, me pregunta riendo. Tú no puedes maldecir a nadie. Mírate. Eres negra, eres pobre, eres fea, eres una mujer. Vamos, que no eres nada.

Hasta que me hagas justicia, fallarán incluso tus sueños. Se lo dije tal como me venía, y parecía venirme de los árboles.

¡Qué disparate! Eso es que no te sacudí bastante.

Cada golpe que me hayas dado lo sentirás en tu persona dos veces. Y será mejor que te calles, porque esto que te digo no me lo estoy inventando yo sola. Es como si cada vez que abro la boca me entrase el aire a formar las palabras.

Mierda, dice él. Debí tener te encerrada y sacarte sólo a trabajar.

En esa cárcel que sueñas para mí, te pudrirás tú. Shug se acerca a nosotros. Me mira a la cara y dice: ¡Celie! Luego mira a Mr. ———. Basta, Albert. Cállate, o será peor para ti.

¡Ya la arreglaré yo!, dice Mr. ——— viniendo hacia mí.

Se levanta en el porche un remolino que me llena la boca de tierra. La tierra me dice: Todo lo que a mí me hagas ya te lo han hecho a ti.

Entonces noto que Shug me sacude. Celie, dice. Y vuelvo en mí.

Soy pobre, soy negra, puede que fea y no sé guisar, dice una voz a todo el que quiera oír. Pero aquí estoy.

Amén, dice Shug. Amén, amén.

*

Querida Nettie:

¿Quieres que te cuente cómo es Memphis? La casa de Shug es grande y rosa y parece un granero, sólo que donde se pone la paja ella tiene dormitorios y cuartos de baño y un gran salón donde a veces ensaya con su orquesta. Tiene mucho terreno alrededor y un puñado de monumentos y, delante, una fuente. Hay estatuas de personas a las que nunca he oído nombrar y no pienso ver en mi vida. Y, por todas partes, elefantes y tortugas. Unos grandes y otros pequeños, en la fuente y entre los árboles. Tortugas y elefantes. También dentro de la casa. Hay elefantes en las cortinas y tortugas en las colchas.

Shug me ha puesto en una habitación de la parte de atrás. Es muy grande y tiene ventanas al patio y a un arroyo con arbustos.

Tú estás acostumbrada al sol de la mañana, me dice.

Su habitación está frente a la mía, a la sombra. Ella se acuesta tarde y se levanta tarde. No hay tortugas ni elefantes en los muebles de su habitación, pero sí varias estatuas aquí y allá. Duerme entre sedas y rasos, hasta en las sábanas. ¡Y la cama es redonda!

Yo quería construirme una casa redonda, dice, pero todos me miraban como si fuera un disparate. No puedes poner ventanas en una casa redonda, me decían. Pero yo hice unos planos, y cualquier día... Me enseña los papeles.

Es una casa grande, redonda y color de rosa, que parece una fruta enorme. Tiene ventanas y puertas y muchos árboles alrededor.

¿De qué está hecha?, pregunto.

De barro. Pero no me importaría que fuera de hormigón. Imagino que se podrían hacer unos moldes para cada sección, echar el hormigón, dejarlo fraguar, desmoldar, unir las partes de algún modo y listos.

Verás, a mí me gusta la que tienes ahora. Esa otra parece un poco pequeña.

No está mal, dice Shug. Pero me molesta vivir dentro de un cuadrado. Si yo fuera cuadrada, sería distinto.

Hablamos mucho de casas. Cómo se construyen, qué clase de madera usa la gente, cómo aprovechar mejor la parte de fuera. Yo me siento en la cama y dibujo una especie de falda de madera alrededor de su casa de hormigón.

Cuando te canses de estar dentro, puedes sentarte aquí, le digo.

Sí, pero vamos a ponerle un toldo. Me coge el lápiz y deja la falda de madera en la sombra.

Aquí, unas macetas, dice, y las dibuja.

Y, dentro, geranios, digo yo, y los dibujo.

Y unos cuantos elefantes de piedra, aquí.

Y un par de tortugas, aquí.

¿Y cómo sabrá la gente que tú vives en la casa?, me pregunta.

¡Patos!, exclamo.

Cuando terminamos, la casa parece que puede volar o nadar.

Nadie guisa como Shug cuando ella se pone a guisar.

Se levanta temprano y va al mercado. Sólo compra lo más fresco. Luego, cuando llega a casa, se sienta en la escalera de atrás canturreando y pela guisantes o limpia aves o pescado o lo que sea. Luego, pone en marcha todos los pucheros a la vez y da la radio. A la una todo está dispuesto y nos llama a la mesa. Jamón y verdura, pollo y pan de maíz. Despojos con judías pintas. Hibisco con corteza de sandía. Pastel al caramelo y tarta de moras.

Y nosotros comemos y comemos y bebemos un poco de vino dulce y también cerveza.

Luego, Shug y yo nos tumbamos en su cama a escuchar música, para reposar la comida. Su habitación es fresca y oscura y la cama, blanda y suave. Nos quedamos abrazadas. A veces, Shug me lee el periódico. Las noticias parecen siempre cosa de locos. Gente que incordia y se pelea y señala con el dedo a la otra gente, sin buscar nunca ni un poco de paz.

La gente está chalada, dice Shug. Como una cabra. Nada de lo que se construya tan a lo loco puede durar. Mira, aquí están haciendo un embalse que inundará las tierras de una tribu india que ha vivido ahí desde siempre. Y ahora van a hacer una película del hombre que mataba a sus esposas. El mismo actor hace de asesino y de cura. Y fíjate en los zapatos que se llevan ahora. Te los pones y vuelves a casa cojeando. ¿Y sabes lo que van a hacerle al que mató a golpes a la pareja de chinos? Absolutamente nada.

Sí, digo; pero también hay cosas alegres.

Tienes razón, dice Shug volviendo la página. Mr. y Mrs. Hamilton Hufflemeyer se complacen en anunciar la próxima boda de su hija June Sue. Los Morris de Endover Road patrocinan un festival para la iglesia episcopal. Mrs. Herbert Edenfall se trasladó a los Adirondacks la semana última para

visitar a su madre, la señora viuda de Geoffrey Hood, que se encontraba enferma.

Estas caras parecen bastante alegres, dice Shug. Anchas y risueñas. Con unos ojos claros e inocentes, como si no supieran nada de los granujas de la primera página. Sin embargo, son la misma gente.

Pero después de unos días de guisar y limpiar la casa, Shug vuelve a su trabajo. Eso quiere decir que come de cualquier manera y ni se fija en donde duerme. Anda siempre viajando, a veces durante varias semanas, y cuando vuelve a casa tiene los ojos vidriosos, le huele el aliento, le sobran kilos y está como grasienta. Por esos mundos no hay un sitio decente donde parar y lavarse bien, especialmente el pelo.

Llévame contigo, le digo. Podría plancharte la ropa y peinarte. Sería como en los viejos tiempos; cuando cantabas en casa de Harpo.

Pero ella dice: Nooo. Delante de desconocidos, blancos la mayoría, puede hacer como que no se aburre. Pero, delante de mí, no tendría valor paro fingir.

Además, tú no eres mi criada, dice. No te traje a Memphis para eso. Te traje para darte mi amor y ayudarte a rehacer tu vida.

Ahora lleva ya dos semanas de gira, y yo y Grady y Squeak andamos trajinando por la casa organizándonos un poco. Squeak ha estado en muchos clubes, y Grady la acompañaba. Él, además, trabaja un poco en un huerto que tiene detrás de la casa.

Yo me paso el día en el comedor, haciendo pantalones y más pantalones. Los tengo de todos los tamaños y de todos los colores. Desde que empecé, allá en casa, no he podido parar. Cambio la tela, el dibujo, el talle, el bolsillo, el dobladillo y el ancho de pierna. Llevo hechos tantos pantalones que Shug se burla de mí. Poco imaginaba yo la que iba a organizar, me dice riendo. Hay pantalones encima de todas las sillas y colgados delante del aparador y, por todas partes, patrones en papel de periódico y retales. Ella llega, me da un beso y se queda mirando el revoltijo. Antes de volver a marcharse, dice: ¿Cuánto dinero te parece que vas a necesitar esta semana?

Pero un día hice los pantalones perfectos. Para mi Shug, naturalmente. Son de punto azul marino, muy suave, con pintitas rojas. Pero lo mejor que tienen es que son comodísimos. Cuando está de viaje, Shug come cosas indigestas y bebe cantidad y se le hincha el estómago. Pues bien, estos pantalones se pueden soltar sin estropear la figura. Y, por más que tenga de meterlos y sacarlos de la maleta, la tela es tan suave que apenas se arruga, y el dibujo está siempre pimpante y alegre. Y son muy anchos por el tobillo, de manera que si quiere ponérselos para cantar pasan por un traje de noche. Y, otra cosa, con ellos: Shug está que tira de espaldas.

Miss Celie, me dice, eres una perla.

Yo agacho la cabeza. Ella se contempla en todos los espejos de la casa. Pero, se mire como se mire, da gloria verla.

Eso viene de no tener nada que hacer, digo, cuando ella se pavonea con sus pantalones delante de Grady y Squeak. Me quedo ahí sentada pensando en qué puedo hacer para ganarme la vida y, cuando quiero recordar, ya he empezado otros pantalones.

Y ahora Squeak se fija en unos que le gustan a ella. Oh, Miss Celie, ¿me dejas que me los pruebe?

Son color de atardecer con motas grises. Cuando vuelve a salir está muy bien. Grady se la come con los ojos.

Shug palpa las telas que tengo colgadas por todas partes. Son suaves, airosas, vivas y alegres. Qué distintas de aquella mierda tiesa del ejército con la que empezamos, dice. ¿Por qué no haces unos especiales para Jack, en prueba de agradecimiento?

Yo pongo manos a la obra y, a la semana siguiente, salgo de tiendas a gastar más dinero de Shug. Luego, sentada en el patio, me pongo a pensar en cómo habrían de ser unos buenos pantalones para Jack. Él es alto, cariñoso y callado. Le gustan los niños. Respeta a Odessa, su mujer y a todas las amazonas de sus hermanas. Se adelanta a todos sus deseos. Y sin malgastar ni una palabra. Eso es lo principal. Entonces recuerdo que una vez me tocó y me pareció que sus dedos tenían ojos. Sólo me puso una mano en el brazo y sentí como si me conociera de arriba abajo.

Empiezo los pantalones para Jack. Tienen que ser de pelo de camello, flexibles y resistentes. Y con bolsillos grandes para meter muchas cosas de los chicos, canicas, trozos de cordel y monedas y piedras. Y ser lavables y más ajustados a la pierna que los de Shug, por si tiene que salir corriendo detrás de algún crío. Y cómodos, para que pueda tumbarse con Odessa frente a la chimenea. Y...

Yo sueño y sueño con los pantalones de Jack. Y, mientras, voy cortando y cosiendo. Y los termino. Y se los mando.

La inmediata es que Odessa dice que, para ella, otros.

Luego, Shug quiere dos pares más como el primero. Y todos los de la orquesta. Empiezan a llegar pedidos de todas partes donde ella canta. Pronto estoy hasta el cuello.

Un día, cuando vuelve a casa, le digo: Mira, me gusta coser, pero tengo que pensar en salir a ganarme la vida. Esto me está retrasando.

Ella se ríe. Vamos a poner anuncios en los periódicos, dice. Y aumentemos el precio un buen pico. Tú pones la fábrica en este comedor, traemos a varias mujeres para cortar y coser, y tú te dedicas al diseño. Ya estás ganándote la vida, Celie. Chica, estás lanzada.

Nettie, estoy haciendo unos pantalones para ti, para que te defiendas del calor de África. Ligeros, blancos, finos. Con pasacintas en la cintura. Ya no te sentirás agobiada por la ropa. Cosidos a mano. Cada puntada, un beso.

Amén.

Tu hermana, Celie

La Pantalonera Ilimitada.

Avenida de Shugar Avery

Memphis, Tennessee

*

Querida Nettie:

Estoy contenta. Tengo amor, tengo trabajo, tengo dinero, amigos y tiempo. Y tú vives y pronto estarás en casa. Con nuestros hijos.

Jerene y Darlene me ayudan en el negocio. Son gemelas. Solteras. Les encanta coser. Además, Darlene quiere que afine mi lenguaje, como dice ella. Que este acento mío huele a tierra muerta. Que la gente te toma por retrasada. Los de color piensan que estás caduca y los blancos, que eres muy graciosa.

¿Y qué?, le digo. Yo soy feliz así.

Pero ella afirma que seré más feliz hablando como habla ella. Yo pienso que lo único que puede hacerme más feliz será volver a verte, pero no se lo digo. Y ella no para de corregirme, hasta que me parece que no puedo ni pensar. Cuando me viene algo al pensamiento, empiezo a darle vueltas, buscando la forma de decirlo, hasta que pierdo el hilo y me quedo como antes.

¿Te parece que vale la pena?, le pregunto.

Ella dice que sí. Me ha traído un montón de libros. Todos, llenos de blancos que hablan de manzanas y perros.

¿Y qué me importan a mí los perros?, pienso.

Darlene vuelve a la carga. Imagínate lo contenta que se sentiría Shug si tú fueras una persona instruida, me dice. No se avergonzaría de llevarte a los sitios.

Shug no se avergüenza de mí, le digo. Pero ella no me cree. Sugar, le dice un día, ¿no te gustaría que Celie hablara bien?

Por mí, puede hablar hasta por señas, dice Shug. Se prepara una taza de hierbas y dice que va a darse aceite caliente en el pelo.

Pero yo dejo que Darlene siga con su manía. A veces pienso en las manzanas y los perros y otras veces, no. A mí me parece que hay que ser idiota para empeñarse en que hable una de un modo que se le hace extraño. Pero Darlene es buena persona, cose bien y eso nos da de que hablar mientras trabajamos.

Ahora estoy haciendo unos pantalones para Sofia. Llevarán una pernera púrpura y la otra roja. He visto en sueños a Sofia con estos pantalones, y un día saltaba por encima de la luna.

Amén,

tu hermana, Celie.

*

Querida Nettie:

Al bajar otra vez a casa de Harpo y Sofia me acordaba de otros tiempos. Sólo que, al lado del club nocturno, hay una casa nueva y mucho más grande. Yo también me notaba distinta. Y es que estoy distinta. Llevo pantalón azul oscuro y blusa de seda blanca, muy formal, zapatos rojos planos y una flor en el pelo. Al pasar por delante de la casa de Mr. ——— lo veo sentado en el porche. Él ni sabe quién soy.

Al ir a llamar a la puerta, oigo un golpe, como si alguien hubiese tirado una silla. Y voces discutiendo.

Harpo dice: ¿Quién ha visto nunca a mujeres llevando un féretro? Eso es lo único que quería decir.

Bueno, pues ya lo has dicho. Ahora te puedes callar, dice Sofia.

Ya sé que era tu madre, dice Harpo. Pero, aun así.

¿Vas a ayudarnos o no?

¿Qué vais a parecer? Tres mujeres altas y gordas, cargadas con el ataúd. Vuestro sitio está en casa, friendo pollo.

Al otro lado irán tres de nuestros hermanos, dice Sofia. Y supongo que lo que parecen ellos es gente del campo.

Pero la gente está acostumbrada a que esto lo hagan los hombres. Las mujeres son más débiles. Bueno, por lo menos la gente lo imagina. Las mujeres tienen que ser reservadas. Lloro, si quieres. Pero no te empeñes en llevar la voz cantante.

La voz cantante, dice Sofia. La mujer está muerta. Yo lloraré, seré reservada y, además, llevaré el féretro. Y tanto si tú nos ayudas con la comida y las sillas y demás como si no, eso es lo que pienso hacer.

Luego, no se oye nada hasta que Harpo dice, en voz baja: ¿Por qué eres así? ¿Por qué piensas siempre que hay que hacer las cosas a tu manera? Un día, cuando estabas en la cárcel, se lo pregunté a tu mamá.

¿Y qué te contestó?

Me dijo que tú pensabas que tu manera de hacer las cosas era tan buena como la de cualquiera. Y que, además, era tuya.

Sofia se ríe.

Sé que llego en mal momento, pero llamo.

Oh, Miss Celie, dice Sofia, abriendo la puerta de par en par. ¡Qué bien estás! ¿No está guapa, Harpo?

Harpo me mira como si no me hubiera visto en su vida.

Sofia me da un fuerte abrazo y me besa en la barbilla. ¿Y Miss Shug?, pregunta.

Trabajando. Pero sintió mucho lo de tu mamá.

Mamá peleó como los buenos. Si en algún sitio hay una gloria, ella estará en primera fila.

¿Cómo estás, Harpo?, pregunto. ¿Sigues comiendo?

Los dos se ríen.

Imagino que Mary Agnes no va a venir, dice Sofia; Estuvo aquí hace un mes. Tendrías que veda con Suzie Q.

No, digo. Ahora tiene trabajo fijo. Canta en dos o tres clubes. La gente la quiere mucho.

Suzie Q. está muy orgullosa de ella. Y le gusta como canta, como huele y como viste. Le encanta ponerse los sombreros y los zapatos de su madre.

¿Cómo va en la escuela?, pregunto.

Oh, muy bien, dice Sofia. Es muy despierta. Cuando se le pasó el disgusto por la marcha de su madre y se enteró de que yo era la verdadera madre de Henrietta, todo empezó a marchar bien. Está loca por Henrietta.

¿Y cómo está Henrietta?

Repelente, dice Sofia. Siempre con carita agria. Pero quizá se le pase con el tiempo. Su papá tardó cuarenta años en aprender a ser simpático. Era la

peste hasta con su mamá.

¿Le ves mucho?, pregunta.

Poco más a menos, como a Mary Agnes, dice Sofia.

Mary Agnes ya no es la misma, dice Harpo. ¿A qué te refieres?

No sé. Anda como ausente y habla como si estuviera borracha. Y siempre parece estar buscando a Grady con los ojos.

Los dos fuman hierba, digo.

¿Qué clase de hierba?, pregunta Harpo.

Es algo que te hace sentir muy bien. Y ver visiones. Algo que te pone en paz con todo. Pero que, si abusas, te vuelve débil mental. Te confunde. Necesitas apoyarte en alguien. Grady lo cultiva detrás de la casa.

Nunca había oído hablar de eso, dice Sofia. ¿Y dices que crece de la tierra?

Sí. Harpo tiene por lo menos dos hectáreas.

¿Hasta dónde crece?, pregunta Harpo.

Las matas son más altas que yo. Y espesas.

¿Y qué parte se fuma?

La hoja.

¿Y se fuman ellos solos toda esa cantidad? No, digo riendo. La mayor parte la venden.

¿Tú lo has probado?

Sí. Hace cigarrillos y los vende a diez centavos. Te da muy mal aliento. De todos modos, ¿queréis probar?

Si embrutece no, gracias, dice Sofia. Bastante nos cuesta ya ir tirando sin ser idiotas.

Es como el whisky, le digo. Tienes que saber dominarte. Una copita de vez en cuando no hace daño a nadie; pero cuando eres incapaz de funcionar sin la botella, malo.

¿Tú fumas mucho de eso, Miss Celie?, pregunta Harpo.

¿Te parezco idiota? Lo fumo cuando quiero hablar con Dios. O cuando quiero hacer el amor. Pero últimamente he notado que Dios y yo hacemos el amor muy bien, tanto si fumo como si no.

¡Miss Celie!, exclama Sofia, horrorizada.

Chica, tranquila, le digo. Dios sabe a lo que me refiero.

Nos sentamos a la mesa de la cocina y encendemos. Yo les enseño cómo hay que chupar. Harpo tose. Sofia se ahoga.

Al poco rato, Sofia dice: Tiene gracia, nunca había oído ese runrún.

¿Qué runrún?, pregunta Harpo.

Escucha.

Nos quedamos escuchando los tres. Sí, se oye un runnnnnnnn.

¿De dónde viene?, pregunta Sofia. Se levanta y mira por la puerta. Nada. El zumbido crece aún. más. Runnnnnnnn.

Harpo se asoma a la ventana. Nada tampoco. Y él tampoco. Y él hace: RUNNNNNN.

Me parece que ya sé lo que es, digo.

¿Qué?

Todo.

Sí, dicen ellos. Eso tiene sentido.

Vaya, dice Harpo en el funeral, ahí vienen las Amazonas.

Y sus hermanos, susurro. ¿Cómo los llamas a ellos?

No lo sé. Los tres apoyan en todo a las locas de sus hermanas. Nada les hace desviarse. No sé qué pensarán sus mujeres.

Entran pisando fuerte. La iglesia retumba. Depositán a la madre de Sofia delante del púlpito.

La gente llora, se abanica y vigila a los niños; pero nadie mira con extrañeza a Sofia ni a sus hermanas. Están como siempre. Adoro a la gente.

Amén.

*

Querida Nettie:

Lo que más me llama la atención en Mr. ——— es lo limpio que va. Le brilla la piel y se ha peinado.

Cuando ha desfilado por delante del féretro, se para, habla con Sofia, le da palmaditas en el hombro y, al volver a su banco, me mira. Pero yo me abanico y vuelvo la cara para otro lado.

Después del funeral, vamos a casa de Harpo. Sofia me dice: No vas a creerme, Miss Celie, pero MI. ——— hace como si estuviera probando abrazar la religión.

Un canalla como él lo más que puede hacer es probar.

No es que vaya mucho a la iglesia, pero ya no juzga a los demás con aquella soberbia. Además, trabaja de firme.

¿Qué dices? ¿Trabajar Mr. ——?

Ya lo creo. Está en el campo de sol a sol. Y limpia la casa lo mismo que una mujer.

Hasta cocina, dice Harpo. Y, lo que es más, friega los cacharros cuando termina.

Nooo. Eso lo habréis soñado.

Pero no habla ni anda mucho con la gente, dice Sofia.

Debe de estar a punto de perder el juicio, digo yo. Justo ahora se acerca Mr. ——.

¿Cómo estás, Celie?

Muy bien, gracias. Le miro a los ojos y veo que tiene miedo de mí. Me alegro de que sepa lo que es eso.

¿Shug no ha venido?, me pregunta.

—No. Está trabajando. Pero ha sentido mucho lo de la mamá de Sofia.

Todos lo hemos sentido. Porque haber traído a Sofia al mundo ya es traer.

Yo no digo nada.

Ha sido un entierro muy digno, dice él.

Sí, mucho.

Y cuántos nietos. Claro que con doce hijos procreando... Sólo la familia ya llenaba la iglesia.

Es verdad.

¿Cuánto piensas quedarte?

Puede que una semana.

¿Sabes que la pequeña de Harpo y Sofia está muy mal?, me dice.

No; no lo sabía. Señalo a Henrietta, que está entre la gente. Pues no tiene mal aspecto.

Es algo de la sangre. De vez en cuando, se le hacen coágulos en las venas y se pone a morir. No creo que dure mucho.

¡Ay, Dios misericordioso!

Sí, es muy triste para Sofia. Además, esa chica blanca que crio, aún le da trabajo. Y ahora se muere su madre. Aparte todo eso, tampoco anda muy bien de salud. Y Henrietta es dura de pelar tanto si está bien como si está mal.

Oh, es un diablillo, digo. Entonces recuerdo que, en una de sus cartas, Nettie me hablaba de una enfermedad que tienen algunos niños allá en África, donde está ella. Estoy haciendo memoria, a ver si me acuerdo qué dice Nettie que hacen los africanos, pero es inútil. Eso de hablar con Mr. — ha sido tanta sorpresa, que mi cabeza no funciona. No puedo pensar. Ni siquiera sé qué decir.

Mr. — se queda esperando que diga algo, mientras mira hacia su casa. Luego me dice: Buenas tardes. Y se va.

Dice Sofia que, cuando yo me marché, Mr. — vivía como un cerdo, sin salir de casa ni dejar entrar a nadie, con una peste que no se podía soportar. Hasta que Harpo se metió allí a la fuerza. Limpió la casa, llevó comida y bañó a su padre. Mr. — estaba tan débil que no pudo resistírsele. Además, ya todo le daba igual.

Por la noche no podía dormir. Le parecía que los murciélagos le arañaban la puerta. Y que había otras cosas intentando entrar por la chimenea. Pero lo peor de todo era tener que escuchar su propio corazón. Durante el día, aún se podía soportar, pero en cuanto se hacía de noche se le disparaba y se ponía a latir tan fuerte que hacía temblar las paredes. Parecía un tambor.

Harpo, dice Sofia, iba casi todas las noches a dormir con él. Mr. — estaba encogido al borde de la cama, mirando cada mueble sin pestañear, por si se le acercaba. Ya sabes lo pequeño que es, dice Sofia, y lo corpulento que es Harpo. Bueno, una noche me acerco a la casa para decide una cosa a Harpo y me los encuentro a los dos en la cama dormidos. Y Harpo tenía a su papá en brazos.

Después de aquello, Harpo volvió a gustarme y, al poco tiempo, empezamos la nueva casa. Se ríe. Pero si te digo que fue fácil te mentiría.

¿Y cómo consiguió recuperarse?, pregunto.

Ah, Harpo le obligó a mandarte el resto de las cartas de tu hermana. A renglón seguido, empezó a mejorar. Y es que la maldad te mata, dice Sofia.

Amén.

*

Querida Celie:

Yo esperaba estar ya de regreso en casa y poder mirarte a los ojos y decirte: ¿Eres tú realmente, Celie? Trato de imaginar lo que los años han

hecho contigo, si te han traído algún que otro kilo y arrugas, y cómo te peinas. Yo, que tan flaquita era, ahora estoy rellena y con el pelo gris.

Pero Samuel dice que me quiere gordita y canosa.

¿Te sorprende?

Nos casamos el otoño último en Inglaterra, durante un viaje que hicimos para pedir a las iglesias y a la Sociedad Misionera ayuda para los olinkas.

Mientras les fue posible, los olinkas trataban de hacer como si no existieran ni la carretera ni los blancos que iban llegando. Pero muy pronto tuvieron que darse por enterados de su existencia, porque lo primero que hicieron los blancos fue decides que tenían que marcharse. Los constructores querían instalar su central en el lugar que ocupa la aldea, porque es el único punto en varios kilómetros a la redonda que tiene agua potable en abundancia.

A pesar de sus protestas, los olinkas y sus misioneros fueron conducidos a un terreno yermo, en el que no hay ni una gota de agua durante seis meses al año y tienes que comprarla a los plantadores. En la estación de las lluvias, el río corre y ahora están intentando horadar las rocas para hacer cisternas. Mientras, almacenan el agua en bidones que trajeron los constructores.

Pero la peor de las desgracias tuvo que ver con las hojas del techo que, como ya te he escrito, esta gente adora como a un dios y que los cobija de la lluvia y del sol. En el nuevo poblado, los constructores levantaron dos barracones, uno para los hombres y otro para las mujeres y los niños; pero como los olinkas habían jurado no vivir en una casa que no estuviera cubierta con la hoja sagrada, los constructores dejaron los barracones sin techo. Luego, arrasaron la aldea olinka y sus alrededores y arrancaron hasta la última mata de la hoja de los techos.

Después de unas semanas casi insoportables, cociéndonos al sol, una mañana nos despertamos al oír llegar al poblado un gran camión cargado de chapa ondulada.

Celie, tuvimos que pagar la chapa. Yeso se llevó los escasos ahorros de los olinkas y casi todo lo que Samuel y yo reservábamos para los estudios de los niños, cuando volvamos a casa. Que es algo que proyectamos hacer año tras año desde que murió Corrine y que hemos tenido que ir retrasando porque estamos cada vez más involucrados en los problemas de los olinkas. No hay nada más feo que la chapa ondulada, Celie. Y las mujeres, mientras techaban los barracones con este metal frío, resbaladizo, duro y feo, lanzaban al aire un canto ululante de dolor que despertaba ecos en las cavernas situadas a varios kilómetros de distancia. Aquel día, los olinkas reconocieron una derrota, por lo menos temporal.

Aunque los olinkas ya no nos piden nada, sino que enseñemos a sus hijos —puesto que ya han visto lo poco que nosotros y nuestro Dios podemos hacer—, Samuel y yo decidimos que debíamos intentar remediar este último ultraje, a pesar de que muchos de nuestros amigos se han ido con los mbeles, o pueblo de la selva, una gente que se niega a trabajar para los blancos y a dejarse mandar por ellos.

Así que a Inglaterra nos fuimos, con los niños. El viaje fue algo increíble, Celie, no sólo porque casi se nos había olvidado ya cómo era el resto del mundo, y los barcos y el fuego de carbón, y los faroles de la calle, y los copos de avena, sino porque en el mismo barco viajaba la misionera blanca de la que nos habían hablado años antes. Ahora se había retirado y volvía a Inglaterra, para instalarse allí. La acompañaba un niño africano que ella decía que era ¡su nieto!

Como ya te puedes figurar, una abuela blanca y un nieto negro no pueden pasar inadvertidos en un barco. Todo el pasaje andaba revuelto. Cuando la mujer y el niño subían a cubierta a dar su paseo diario, los grupitos de blancos se quedaban callados a su paso.

Ella es una mujer alta, delgada, con los ojos azules, el pelo color de plata y hierba seca, la barbilla hundida y la voz de gargarismo.

Voy a cumplir sesenta y cinco, nos dijo una noche en que cenábamos en la misma mesa. He pasado casi toda mi vida en los trópicos. Pero ahora se avecina una guerra grande, más que la que acababa de estallar cuando me fui. Va a ser terrible para Inglaterra, aunque espero que podamos resistida. La otra me la perdí. Ésta, no.

Ni Samuel ni yo habíamos pensado ni por asomo en la guerra.

Pues hay presagios por todas partes, dijo ella. En África, y supongo que también en la India. Primeramente, construyen una carretera que llega hasta la puerta de tu casa, luego, te talan los árboles, para construir barcos y muebles para el capitán, plantan en tus tierras cosas que no puedes comer y te obligan a cultivadas. Está sucediendo en toda África. Y supongo que también en Birmania.

Pero Harold y yo decidimos marcharnos, ¿verdad, Harry?; preguntó al niño, dándole una galleta. El niño no contestó y se puso a masticar la galleta muy serio. Adam y Olivia se lo llevaron a ver los botes salvavidas.

La vida de Doris —la mujer se llama Doris Baines— es muy interesante, aunque no voy a aburrirte con tantos detalles, como llegamos a aburrirnos nosotros.

Nació en Inglaterra, de padres riquísimos. Su padre era Lord Nosecuántos

de Nosedónde y siempre estaban dando o asistiendo a unas fiestas en las que nadie se divertía. Además, ella quería ser escritora y su familia se oponía rotundamente. Sus padres querían casada.

¡Casarme, yo!, nos decía riendo a carcajadas. (Realmente, tiene unas ideas rarísimas.)

Hacían todo lo que podían para obligarme, nos dijo. No tienen ustedes idea. La cantidad de jóvenes intachables que vi de los diecinueve a los veinte. Y a cuál más insípido. Porque, ¿puede haber algo más aburrido que un inglés de piel lechosa? No sé por qué, me recuerdan a los condenados champiñones.

Pues bien, seguía diciendo Doris a lo largo de unas cenas interminables — el capitán nos asignó la misma mesa permanentemente—, la idea de hacerse misionera le vino como una súbita inspiración una noche, mientras se preparaba para acudir a otra pesada cita, tendida en la bañera, pensando que aquel castillo era peor que un convento. ¡Claro, en un convento podría pensar, podría escribir, podría ser dueña de su tiempo! Cuidado. Un momento. Si se metía a monja no sería dueña de nada. Allí el dueño era Dios. Y la Virgen Santísima. Y la madre superiora. Etcétera, etcétera. Pero, ¿y si se hacía misionera? ¡Sola, en las regiones más remotas de la India! Tenía que ser una delicia.

Así que, desde entonces, empezó a cultivar un piadoso interés por los paganitos. Engañó a sus padres y engañó a la Sociedad Misionera que, impresionada por su facilidad para las lenguas, la envió a África (¡qué se le va a hacer!), donde Doris empezó a escribir sobre todo lo que hay bajo el sol.

Escribo con el seudónimo de Jared Hunt, nos dijo. Tengo mucho éxito en Inglaterra y hasta en Norteamérica. Soy rica y famosa. Allí me consideran una excéntrica aficionada a la caza mayor.

Bueno, continuó noches después, no se habrán imaginado ustedes que yo prestara mucha atención a los paganos, ¿verdad? A mí me pareció que estaban bien tal como estaban. Y ellos me toleraban a su vez. En realidad, los ayudé bastante. Al fin y al cabo, yo era escritora y llené resmas de papel hablando de ellos, de su cultura, de sus costumbres, de sus necesidades y todas esas cosas. Les sorprendería la importancia que tiene saber escribir bien cuando uno pide dinero. Aprendí su lengua a la perfección y, para reventar a los fisgones de la oficina misionera de Londres, escribía informes en ella. Saqué casi un millón de libras de las arcas familiares antes de recibir ayuda de las sociedades misioneras y de los amigos ricos de mis padres. Construí un hospital y un colegio. Y un instituto. Y una piscina, el único lujo que me permití, ya que, si nadas en el río, te atacan las sanguijuelas.

¡No se imaginan ustedes qué paz!, nos dijo una mañana durante el

desayuno, a mitad del camino de Inglaterra. Antes de un año, mis relaciones con los paganos eran perfectas. Yo les dije que la salvación de sus almas no era asunto mío, que lo que yo quería era escribir libros y que no me molestaran. A cambio, estaba dispuesta a pagar. Y a pagar bien.

Un día, en un arrebatado de agradecimiento, el jefe —seguramente por no ocurrírsele nada mejor que hacer— me obsequió con dos esposas. Y es que no estoy segura de que me tomaran por una mujer. Yo diría que no sabían qué era yo exactamente. En suma, eduqué a las dos muchachas lo mejor que pude. Las envié a Inglaterra, desde luego, a estudiar Medicina y Agronomía. Cuando regresaron, las di en matrimonio a dos sujetos que andaban siempre rondando por allí e inicié el período más feliz de mi vida, haciendo de abuela de sus hijos. Debo confesar que, como abuela, soy muy blanda. Lo he aprendido de los akweanos, que nunca pegan a los niños, ni los encierran en la choza. Lo único que hacen es cortar un poco por aquí y por allá cuando llegan a la pubertad. Pero la madre de Harry es médico y va a cambiar todo eso, ¿verdad, Harold?

Pueden estar seguros de que cuando llegue a Inglaterra vaya poner fin a sus condenadas usurpaciones, y decides lo que pueden hacer con sus condenadas plantaciones de caucho, su condenada carretera y sus condenados plantadores e ingenieros ingleses que, por más bronceados que estén, siguen tan aburridos. Yo soy muy rica y la aldea de Akwee es mía.

Nosotros la escuchábamos en un silencio más o menos respetuoso. Los chicos estaban encantados con Harold, a pesar de que, delante de nosotros, ni despegaba los labios. Parecía querer a su abuela, pero la verborrea de la señora le impedía hacer cualquier cosa que no fuera ver, oír y callar.

Con nosotros es muy distinto, dijo Adam, que es muy amante de los niños. Si le das media hora, es capaz de hacerse amigo de cualquiera. Gasta bromas, canta, hace payasadas y sabe muchos juegos. Adam tiene una sonrisa que es un rayo de sol y unos dientes grandes y sanos como los de los africanos.

Después de escribir lo de su sonrisa, caigo en la cuenta de que durante todo el viaje ha estado bastante apagado. Interesado y excitado, sí, pero no realmente alegre, salvo si está con Harold.

Tendré que preguntar a Olivia qué le ocurre. Ella está entusiasmada con este viaje a Inglaterra. Su madre le hablaba de los cottages de tejado de paja, que le recordaban los techos de las chozas olinka. Pero son cuadrados, decía. Se parecen más a la iglesia y a la escuela que a las viviendas. Y Olivia lo encontraba muy extraño.

Al llegar a Inglaterra, Samuel y yo presentamos las quejas de los olinkas al obispo de la rama inglesa de nuestra Iglesia, un hombre más bien joven y con

gafas que mientras nosotros hablábamos hojeaba los informes anuales de Samuel. Cuando terminamos, el obispo, sin mencionar siquiera a los olinkas, nos preguntó cuánto tiempo hacía que había muerto Corrine y por qué yo no había regresado a América inmediatamente después de su muerte.

Yo no podía imaginar a qué se refería.

Las apariencias, Miss ———, me dijo. Hay que guardar las apariencias. ¿Qué pensarán los nativos? ¿De qué?

Vamos, vamos.

Somos como hermanos, dijo Samuel.

El obispo sonrió con picardía. Con picardía, sí. Yo sentí que se me encendía la cara.

Bueno, hubo algo más, pero no quiero cansarte.

Ya sabes cómo son algunas personas. Pues así era el obispo. Samuel y yo nos fuimos sin haber podido hablar de los problemas de los olinkas.

Samuel estaba tan furioso que yo tenía miedo. Dijo que, si queríamos seguir en África, no tendríamos más remedio que unirnos a los mbeles y convencer a todos los olinkas para que nos siguieran.

¿Y si no quieren?, le pregunté. Muchos son ya muy viejos para volver a la selva. Otros están enfermos. Hay mujeres con niños muy pequeños. Y luego están los jóvenes que quieren bicicletas y prendas de vestir inglesas, espejos y cacerolas relucientes. Quieren trabajar para los blancos a fin de poder tener estas cosas.

¡Cosas!, exclamó él con repugnancia. ¡Condenadas cosas!

Bueno, nos queda un mes de estar aquí, le dije. Vamos a aprovecharlo.

Habíamos gastado tanto en la chapa ondulada para el tejado y en los pasajes que nuestra estancia en Inglaterra tendría que ser de pobres. Pero lo pasamos muy bien. Por primera vez desde la muerte de Corrine, empezábamos a sentirnos como una familia. La gente decía que los niños se parecían a nosotros dos. Ellos lo aceptaban ya como algo natural. Pronto empezaron a salir solos a recorrer la ciudad, dejándonos a su padre y a mí con nuestros pasatiempos más sosegados, como el de la simple conversación.

Por supuesto, Samuel nació y se crio en el Norte, en Nueva York. Allí conoció a Corrine, a través de, una tía que había estado de misionera en el Congo Belga con la tía de Corrine. Samuel acompañaba a su tía Althea en todos sus viajes a Atlanta, donde vivía la tía Theodosia de Corrine.

Aquellas dos señoras habían corrido grandes aventuras, decía Samuel

riendo. Ataques de leones, estampidas de elefantes, inundaciones, persecuciones de los «nativos». Las historias que contaban eran francamente increíbles. Dos señoras muy serias y peripuestas, llenas de puntillas, tomando el té sentadas en un sofá de crin con macasar de ganchillo y contando fabulosas historias.

Corrine y yo, de adolescentes, tratábamos de sintetizar aquellos relatos en historietas, con títulos tales como: TRES MESES EN HAMACA O LAS AGUJETAS DEL CONTINENTE NEGRO. O: MAPA DE AFRICA, GUÍA DE LA INDIFERENCIA NATIVA POR LA OTRA VIDA.

Nosotros nos reíamos, pero nos fascinaban sus aventuras y su manera de contadas. Porque aquellas damas eran serias, sosegadas y formales. Imposible imaginadas construyendo —con sus propias manos una escuela en la selva. O peleando con reptiles. O con africanos hostiles que creían que, por llevar en el vestido algo que parecían alas, tenían que saber volar.

¿La selva? Corrine me hacía una mueca, o yo a ella. Esta sola palabra bastaba para hacernos contener la risa, mientras tomábamos el té. Porque, naturalmente, ellas no se daban cuenta de lo graciosas que eran. Y para nosotros lo eran, mucho. Naturalmente, contribuía a nuestro regocijo la imagen que la gente se hacía entonces de los africanos. Porque no sólo eran salvajes, sino, además, unos salvajes patosos e ineptos, parecidos a sus patosos e ineptos hermanos de América. Pero nosotros rehuíamos cuidadosamente toda comparación.

La madre de Corrine era una hacendosa ama de casa que no simpatizaba con su intrépida hermana, aunque nunca prohibió a Corrine que fuera a visitada. Y cuando Corrine tuvo la edad, la envió al seminario Spellman, donde había estudiado la tía Theodosia.

Éste era un lugar muy interesante. Fue fundado por dos misioneras blancas de Nueva Inglaterra que siempre vestían igual. Empezó a funcionar en el sótano de una iglesia y después fue trasladado a unos barracones militares. Por fin, las dos mujeres consiguieron importantes donativos de los hombres más ricos de América y la obra creció, con edificios y jardines. Allí se enseñaba a las niñas a leer, escribir, cálculo, costura, cocina, hogar y, sobre todo, a servir a Dios y a la comunidad de color. Su lema era: NUESTRA ESCUELA TODA POR CRISTO, aunque opino que hubiera tenido que ser: NUESTRA COMUNIDAD CUBRE TODO EL MUNDO, porque en cuanto una muchacha salía del seminario Spellman, ya estaba buscando qué podía hacer por su gente en cualquier lugar del mundo. Era realmente asombroso. Aquellas muchachas tan educadas y modosas, que antes de entrar en el seminario nunca se habían movido de su pueblo, no tenían el menor reparo en irse a la India, a África, a Oriente. O a Filadelfia o Nueva York.

Unos sesenta años antes de que se fundara la escuela, los indios cherokee que vivían en Georgia fueron obligados a abandonar sus hogares y trasladarse a pie sobre la nieve a nuevos asentamientos en Oklahoma. Una tercera parte murieron durante el viaje. Pero muchos se negaron a marcharse de Georgia, se hicieron pasar por gente de color y acabaron mezclándose con nosotros. Muchas de las jóvenes de Spellman eran mestizas. Algunas lo sabían, pero la mayoría no, y atribuían su piel color vainilla o cobriza y su pelo lacio a algún antepasado blanco. Y es que nadie atinaba en pensar en los indios. Como por allí no quedaba ninguno...

La misma Corrine lo creía así, dijo Samuel. Sin embargo, yo siempre percibí su cualidad de india. Era tan sosegada y reflexiva. Y, cuando advertía que los que estaban a su alrededor eran incapaces de respetar su manera de ser, sabía pasar inadvertida y borrar su presencia con una rapidez asombrosa.

En Inglaterra, a Samuel no parecía violentarle hablar de Corrine. Ni a mí, escucharle.

Parece todo tan disparatado, dijo. Aquí me tienes, un hombre maduro, que siempre soñó con ayudar al prójimo, y ahora comprende que nunca podrá realizar sus sueños. Cómo nos hubiéramos reído de nosotros mismos Corrine y yo cuando éramos niños: VEINTE AÑOS DE RIDÍCULO O VIVIENDO A LA INTEMPERIE, TRATADO DE LA INOPERANCIA EN LOS TRÚPICOS, etcétera, etcétera Y es que hemos fracasado estrepitosamente. Somos tan cómicos como Althea y Theodosia. Creo que esto agravó la enfermedad de Corrine. Ella era más intuitiva que yo. Conocía mejor a la gente. Decía que los olinkas nos rechazaban, pero yo no quería admitirlo. Y ella tenía razón.

No, dije yo; no es que nos rechacen, es que nos miran con indiferencia. A veces me parece que somos como moscas en el anca de un elefante.

Recuerdo que, antes de que Corrine y yo nos casáramos, en una de las reuniones que se celebraban en casa de tía Theodosia los jueves, conocí a un muchacho que había, estudiado en Harvard. Se llamaba Edward DuBoyce, si mal no recuerdo. Tía Theodosia, como siempre, hablaba de sus aventuras en África y de la medalla que le había concedido el rey Leopoldo de Bélgica. Ese joven, Edward, o quizá se llamaba Bill, era una persona muy nerviosa. Se le notaba en los ojos y en su manera de moverse. No podía estarse quieto. Cuando tía Theodosia nos decía lo sorprendida y contenta que se sintió al recibir la condecoración —reconocimiento de su ejemplar, labor misionera en la Colonia real—, DuBoyce empezó a golpear el suelo con el pie, en un movimiento rápido e incontrolable. Corrine y yo nos miramos alarmados. Era evidente que aquel hombre ya conocía la historia y no estaba dispuesto a escuchada por segunda vez.

Señora, dijo cuando la tía Theodosia terminó su relato y paseaba su famosa medalla por todo el salón, ¿es que no sabe que el rey Leopoldo les cortaba las manos a los obreros que, en opinión de los capataces de sus plantaciones, no cumplían el cupo de caucho que se les fijaba? En lugar de apreciar tanto esa medalla, señora, debería usted considerada símbolo de su involuntaria complicidad con un déspota que explotó, tiranizó y aniquiló a miles y miles de africanos.

Todos nos quedamos mudos y helados, dijo Samuel. ¡Pobre tía Theodosia! Y es que, en cada uno de nosotros, existe el afán de que nos den una medalla por lo que hacemos. Que se reconozca nuestra labor. Y, desde luego, los africanos no reparten medallas. Ni siquiera les importa que existan misioneros.

No hay que desesperar, le dije.

¿Y cómo puedo evitarlo?

Debes pensar que los africanos no nos pidieron que fuésemos. No hay por qué reprocharles nada si nos miran con indiferencia.

Es peor que eso. Ellos ni siquiera nos ven. No nos consideran hermanos suyos.

Oh, Samuel, no digas eso.

Sabes que es verdad. Ahora estaba llorando. Oh, Nettie, me dijo, eso es lo más triste, ¿no lo comprendes? Nosotros los amamos y tratamos, por todos los medios, de demostrarles ese amor. Pero ellos nos vuelven la espalda. Y, cuando les hablamos de nuestros sufrimientos, ni nos escuchan. O, si escuchan, es para decir tonterías. ¿Por qué no hablas nuestra lengua?, preguntan. ¿Por qué no recuerdas nuestras costumbres? ¿Por qué no te has quedado en América, si allí todo el mundo tiene coche?

Celie, sentí deseos de abrazarlo. Y así lo hice. Y asomaron a mis labios palabras que hacía mucho tiempo que llevaba en el corazón. Le acaricié el pelo y la cara y lo llamé querido, queridísimo. Y, Celie, pronto nos arrastró la emoción y nos venció la pasión.

Confío que la atrevida conducta no te escandalice y que no me juzgarás con severidad, en especial si te digo la dicha que sentí y que en los brazos de Samuel encontré el éxtasis.

Tal vez tú hayas sabido desde el principio que estaba enamorada de él; pero yo no me daba cuenta. Sí, lo quería como a un hermano y lo respetaba como a un amigo, pero ahora, Celie, lo quiero físicamente, como a un hombre. Amo su forma de andar, su tamaño, su forma, su olor, su pelo crespo. Amo la textura de la palma de su mano. El rosa de sus labios por dentro. Su nariz grande. Sus cejas. Sus pies. Y amo sus ojos en los que se lee claramente la

hermosura y la sensibilidad de su alma.

Los chicos lo notaron en seguida. Y es que estábamos radiantes.

Nos queremos y vamos a casarnos, les dijo Samuel rodeándome con el brazo.

Pero antes tengo que contarles algo de mí, de Corrine y de otra persona, les dije. Y entonces les hablé de ti, Celie y de lo mucho que les quería Corrine, su madre. Y les dije que yo era su tía.

¿Y qué ha sido de esa otra mujer, tu hermana?, preguntó Olivia.

Les expliqué lo mejor que pude lo de tu boda con Mr. ———.

Adam se alarmó. Es muy sensible y capta con tanta claridad lo que se dice como lo que se calla.

Pronto volveremos a América y la buscaremos, dijo/Samuel para tranquilizarlo.

Los chicos nos acompañaron en una sencilla ceremonia religiosa que tuvo lugar en Londres. Y aquella noche, después de la cena, mientras nos preparábamos para acostarnos, Olivia me dijo qué era lo que entristecía a su hermano. Echa de menos a Tashi.

Pero también está furioso con ella, dijo. Y es que, cuando vinimos, ella estaba decidida a marcarse la cara.

Esto lo ignoraba yo. Una de las costumbres que creíamos haber ayudado a desterrar era la de marcar la cara de las muchachas.

Los olinkas piensan que con ello demuestran que conservan su identidad, a pesar de que el hombre blanco se lo ha quitado todo, dijo Olivia. Tashi no quería, pero consiente para complacer a su pueblo. Y también piensa someterse a la ceremonia de iniciación.

¡Oh, no!, exclamé. ¿Y si pilla una infección?

Yo ya le advertí que ni en América ni en Europa la gente se corta pedazos de carne, dijo Olivia. Además, eso debió hacerla a los once años, en todo caso. Ahora ya es muy mayor.

Algunos hombres se hacen la circuncisión, le dije. Pero para eso sólo hay que cortar un trocito de piel.

Dijo Tashi que se alegraba de que ni en América ni en Europa se practicara la ceremonia de iniciación. Así tiene más valor para ella.

Comprendo.

Adam se puso furioso con Tashi. Sus otras peleas no eran nada,

comparadas con esta. Ahora no se trataba de perseguirla por la aldea ni de enredarle hierbas en el pelo. Estaba tan indignado que la hubiera pegado.

Me alegro de que no lo hiciera, porque Tashi es capaz de meterle la cabeza en el telar.

Tengo muchas ganas de volver a casa, dijo alivia.

No es Adam el único que echa de menos a Tashi.

Nos dio a mí y a su padre un beso de buenas noches. Al poco rato, entró Adam para hacer otro tanto.

Mamá Nettie, me dijo sentándose en el borde de la cama, a mi lado, ¿cómo sabe uno que está enamorado de verdad?

A veces no llega a saberlo, le contesté.

Es un chico muy guapo, Celie. Alto, con los hombros anchos y una voz grave y sosegada. ¿Te he dicho ya que escribe poesías? ¿Y que canta muy bien? Es un hijo del que puedes sentirte orgullosa.

Tu hermana que te quiere,

Nettie.

P.D. Un cariñoso abrazo de tu hermano Samuel.

*

Querida Celie:

Cuando regresamos a casa, todo el mundo pareció alegrarse de vernos. Cuando les dijimos que nuestra petición a la Iglesia y a la Sociedad Misionera había sido denegada se quedaron muy contrariados. Se les borró literalmente la sonrisa de la cara y regresaron a sus barracones, desanimados. Nosotros nos fuimos al nuestro, combinado de iglesia y escuela, y empezamos a deshacer el equipaje.

Los niños... comprendo que no debería llamarles niños, pues ya son mayores, salieron a buscar a Tashi. Una hora después volvieron, desconcertados. No habían podido hallarla. Alguien les dijo que Catherine, su madre, estaba plantando árboles del caucho a cierta distancia del poblado. Pero nadie había visto a Tashi en todo el día.

Olivia estaba muy triste. Adam, por más que trataba de aparentar indiferencia, se mordía las pieles de las uñas.

Al cabo de dos días, estaba claro que Tashi se escondía de nosotros. Sus amigas nos dijeron que, durante nuestra ausencia, se había sometido a la ceremonia de la iniciación y del marcado facial. Adam se quedó petrificado al

oírlo. Olivia, muy apenada, deseaba más que nunca encontrar a su amiga.

No vimos a Tashi hasta el domingo. Estaba muy delgada y con una expresión ausente y fatigada. Aún tenía la cara hinchada a causa de media docena de cortes practicados en cada pómulos. Cuando ella tendió la mano a Adam, él no quiso estrechársela. Le miró las cicatrices, dio media vuelta y se marchó.

Ella y Olivia se abrazaron, pero sin alegría, sin los gritos y las risas a que me tienen acostumbrada.

Por desgracia, Tashi se avergüenza de sus cicatrices y va siempre con la cabeza baja. Además, tienen que dolerle, porque están muy inflamadas.

Y eso es lo que los olinkas hacen a todas las muchachas de la aldea y también a algunos muchachos. Marcan su identidad en las caras de sus hijos. Pero los jóvenes lo consideran un atraso, una reliquia del tiempo de sus abuelos y muchos se resisten. De manera que se les marca a la fuerza y, muchas veces, en condiciones atroces. Nosotros proporcionamos desinfectantes, algodón y un lugar en el que los jóvenes puedan llorar y cuidar sus heridas.

Todos los días, Adam nos apremia a marchar. Ya no puede seguir viviendo aquí. No queda ni un árbol cerca de nosotros, sólo peñascos y polvo y sus compañeros están huyendo del poblado. Pero la verdadera razón es que no soporta el dolor de ver a Tashi que, según creo, ahora empieza a darse cuenta de la magnitud de su equivocación.

Samuel y yo somos muy felices, Celie. Y damos gracias a Dios por esta dicha. Aún mantenemos una escuela para los más pequeños. Los demás, a partir de ocho años, ya tienen que salir al campo. Y es que, para pagar el alquiler de los barracones, el alquiler de las tierras y comprar el agua, la leña y la comida, todo el mundo tiene que trabajar. De modo que, entre enseñar a los pequeños, vigilar a los bebés, cuidar a los viejos y a los enfermos y asistir a las mujeres que dan a luz, estamos más atareados que nunca, y el viaje a Inglaterra es ya como un sueño. Pero todo es más agradable cuando tienes a tu lado a un ser querido con quien compartirlo.

Tu hermana,

Nettie.

*

Mi queridísima Nettie:

El que nosotras llamábamos Pa ha muerto.

¿Cómo puedes seguir llamándolo Pa?, me preguntó el otro día Shug.

Pero ya es tarde para llamarle Alphonso. Ni recuerdo que mamá le nombrara nunca así. Ella decía siempre: Tu Pa. Sería para hacérselo creer. La cuestión es que Daisy, la jovencita que era su esposa, me llamó a medianoche.

Miss Celie, me dijo, malas noticias. Alphonso ha muerto.

¿Quién?

Alphonso, tu padrastro.

¿Y cómo ha muerto? Pienso en una muerte violenta, atropellado por un camión, alcanzado por un rayo, una larga enfermedad.

Pero ella dice: Murió mientras dormía. Bueno, un poco antes. Estábamos los dos juntos en la cama, antes de dormirnos.

Tienes mi más sentido pésame.

Gracias. Yo creí que iba a tener también la casa, pero resulta que es tuya y de tu hermana Nettie.

¿Qué dices?

Tu padrastro murió hace una semana. Ayer fuimos a la ciudad, a abrir el testamento, y me quedé helada. Tu verdadero papá era el dueño de la casa, las tierras y la tienda y lo dejó todo a tu mamá. Cuando ella murió, todo pasó a ti y a tu hermana Nettie. No sé por qué Alphonso no te lo dijo.

Bueno, de todos modos, no quiero nada que venga de él.

Oigo que Daisy sorbe el aire entre los dientes. ¿Y tu hermana Nettie?, me pregunta. ¿Crees que ella pensará lo mismo?

Yo empiezo a despertarme. Cuando Shug se da la vuelta y me pregunta quién es, ya estoy más despejada.

No seas tonta, me dice dándome con el pie. Ahora tienes tu propia casa. Te la dejaron tus padres. El cerdo del padrastro no habrá sido más que un mal olor que entra por un lado y sale por el otro.

Es que yo nunca he tenido una casa mía. Sólo pensarlo me asusta. Además, la casa que me han dejado es más grande que la de Shug, y con más tierras. Y, además, la tienda.

¡Dios mío!, digo. Yo y Nettie, con una tienda. ¿Y qué vamos a vender?

¿Por qué no pantalones?, pregunta ella.

Conque colgamos el teléfono y nos vamos en seguida a ver la propiedad.

A kilómetro y medio de la ciudad, vi la puerta del cementerio de la gente de color. Shug dormía, pero algo me obligó a entrar. Al poco, veo algo que

parece un rascacielos, paro el coche, me bajo y me acerco. Sí, señor; tiene grabado el nombre de Alphonso. Y otras muchas cosas. Miembro de esto y de lo otro. Gran empresario. Amante esposo y padre. Caritativo con los pobres y desvalidos. Lleva muerto dos semanas y aún tiene flores frescas en la tumba.

Shug sale del coche y se acerca.

Finalmente, bosteza haciendo mucho ruido y se despereza. De todos modos, el hijo de perra está muerto, dice.

Daisy hace como si se alegrara de vemos, pero no. Tiene dos hijos y parece que espera otro. Pero tiene bonitos vestidos, el coche y Alphonso le ha dejado todo su dinero. Además, me parece que mientras vivió con él procuró arreglar a los suyos.

Celie, me dice, la casa vieja fue derribada para construir ésta. Alphonso encargó los planos a un arquitecto de Atlanta, y todas esas baldosas las trajeron de Nueva York. Estábamos en la cocina, pero hay baldosas en todas partes. Cocina, baño, porche y alrededor de las chimeneas de los dos salones. De todos modos, la casa forma parte de la propiedad. Los muebles me los llevé, claro, porque Alphonso los compró para mí.

Está bien, le digo. No me hago a la idea de ser dueña de una casa. En cuanto Daisy se va dejándome las llaves, empiezo a correr por las habitaciones como una loca. Mira esto, le digo a Shug. ¡Mira eso otro! Ella mira y se ríe. Y, cuando dejo de moverme, me da un abrazo.

Estás de enhorabuena, Miss Celie. Dios te lleva de la mano.

Luego, saca del bolso unas varas de cedro, las enciende y me da una. Recorremos toda la casa, de la buhardilla al sótano, echando el mal y haciendo sitio para el bien.

¡Oh, Nettie, ya tenemos casa! Una casa lo bastante grande para nosotras, para nuestros hijos, para tu marido y para Shug. Ya puedes volver a casa porque ya tienes casa a la que volver.

Tu hermana que te quiere,

Celie.

*

Querida Nettie:

Estoy deshecha.

Shug ama a otra persona.

Puede que si este verano me quedo en Memphis, esto no pasa, pero estuve arreglando la casa. Pensé que sería mejor tenerla preparada, por si veníais

pronto. Y ha quedado bonita de verdad, y muy cómoda. Además, encontré a una señora muy agradable para cuidarla. Luego, volví a casa de Shug.

Miss Celie, ¿quieres que vayamos a un restaurante chino para celebrar tu vuelta?, me pregunta.

A mí me gusta mucho la comida china, conque allá nos vamos. Me da tanta alegría verme otra vez en casa, que no noto lo nerviosa que está Shug. Ella es casi siempre una mujer muy segura y templada, aunque esté furiosa, y ahora veo que no acierta con los palillos, tira el agua y el rollo de primavera se le abre.

Imagino que es porque se alegra de verme y me pongo muy hueca y me doy importancia y me hincho de sopa Wonton y arroz frito.

Luego llegan los pastelitos de la suerte. Me encantan. Son tan curiosos. Abro el mío y lo leo. Dice así: Por ser quien eres, el futuro te sonríe.

Se lo enseño a Shug, riendo. Ella lo mira y sonríe. Yo me siento en paz con todo el mundo.

Shug saca el papelito muy despacio, como con miedo.

¿Qué dice?, le pregunto.

Ella se queda mirándolo y luego me mira a mí. Dice que he perdido la cabeza por un muchacho de diecinueve años.

A ver, le tomo el papel de la mano, riendo. El dedo quemado se acuerda del fuego, leo.

Estoy tratando de decírtelo, susurra.

¿Decirme qué? Estoy tan espesa que no caigo.

Y es que hace mucho tiempo que no pienso en los muchachos. Y en los hombres no he pensado nunca.

Hace un año, dice Shug, contraté a otro músico para la orquesta. Estuve a punto de decirle que no, porque sólo toca la flauta, ¿y a quién iba a ocurrírsele ponerle flauta a los blues? A mí no, desde luego. Parece un disparate. Pero, para suerte mía, la flauta es lo que estaba haciéndole falta a los blues. Me di cuenta nada más oír a Germaine.

¿Germaine?

Sí, Germaine: No sé quién le puso ese nombrecito, pero le va bien.

Y se pone a cantar las alabanzas del chico. Como si yo me muriera por conocer todas sus gracias.

Oh, dice. Es pequeño y despierto. Y con unos rizos. Un auténtico bantú.

Está tan acostumbrada a contármelo todo que no para de hablar, cada vez más entusiasmada. Cuando acaba de pintarme sus pies de bailarín y vuelve con los rizos color de miel tostada, yo me siento como una boñiga.

Basta, le digo. Para, que me estás matando.

Se queda cortada, se le llenan los ojos de lágrimas y arruga la cara. Oh, Dios mío, Celie, perdona. Me moría de ganas de contárselo a alguien, y tú eres la persona a quien se lo cuento todo.

Si las palabras matasen, yo estaría ya en la ambulancia.

Se tapa la cara con las manos y se echa a llorar. Celie, me dice por entre los dedos, aún te quiero.

Pero yo sólo la miro. Me parece que la sopa Wonton se me ha congelado.

¿Por qué lo tomas así?, me pregunta cuando llegamos a casa. Nunca pareció importarte lo de Grady. Y era mi marido.

Porque Grady no te ponía estrellitas en los ojos, pienso. Pero no digo nada. Me noto muy lejos.

Claro que Grady era un pesado. ¡Jesús! No sabía hablar más que de mujeres y de hierba. Pero, aun así...

Yo no puedo hablar.

Ella intenta reír. Me quitó un peso de encima cuando se largó con Mary Agnes. Ya no sabía qué hacer con él. No sé quién le enseñaría lo que hay que hacer en el dormitorio. Seguramente, un vendedor de muebles.

Yo no digo nada. Siento frío, muerte, la nada. Atacando de prisa.

¿Viste que cuando se marcharon juntos a Panamá no solté ni una lágrima? ¡Y mira que a Panamá! ¿Qué vida harán allí?

Pobre Mary Agnes, pienso. ¿Quién había de decir que el pesado de Grady acabaría dirigiendo una plantación de marihuana en Panamá?

Claro que ganan el dinero a espuestas, dice Shug. Y, por lo que dice en sus cartas, Mary Agnes viste como nadie. Por lo menos, Grady la deja cantar. Lo poco que recuerda de sus canciones. ¡Pero, Panamá! Y, por cierto, ¿dónde cae? ¿Está cerca de Cuba? A Cuba tendríamos de ir tú y yo, Miss Celie. Juego y diversión. Y cantidad de gente de color parecida a Mary Agnes. Aunque también los hay que son negros de verdad, como yo. Y todos en la misma familia. Los hay que podrían pasar por blancos y tienen una abuela como el betún.

Yo no digo nada. Quisiera morirme para no tener que hablar.

Está bien, dice Shug. Todo empezó mientras estabas en tu casa. Te echaba de menos. Ya sabes que soy muy sentimental.

Yo agarro un papel del que uso para los patrones. Y escribo. Cállate, pone.

Pero, Celie, tengo que hacértelo comprender. Mira, me hago vieja. Estoy gorda. Nadie me encuentra bonita más que tú. O así lo creía yo. Él tiene diecinueve años. Es un crío. ¿Cuánto puede durar?

Es un hombre, escribo en el papel.

Sí, un hombre. Ya sé lo que piensas de los hombres. Pero yo soy diferente. Nunca sería tan idiota como para tomar en serio a ninguno. Y hay hombres que resultan muy divertidos.

Ahórrame los detalles, escribo.

Celie, no pido más que seis meses. Sólo seis meses para mi última aventura. Lo necesito, Celie. Soy débil. Pero, si tengo estos seis meses, después todo volverá a ser como antes.

Eso ni por asomo, escribo.

Celie, ¿tú me quieres? Ahora está de rodillas, llenándolo todo de lágrimas. Tengo una angustia en el corazón que no puedo soportar. ¿Cómo puede seguir latiendo, con lo que duele? Pero soy una mujer. Te quiero, le digo. Pase lo que pase y hagas lo que hagas, te quiero.

Ella gimotea un poco y apoya la cabeza en mi sillón. Gracias, me dice.

Pero no puedo quedarme aquí, le digo.

Oh, Celie, ¿vas a dejarme? Tú eres mi amiga. Yo quiero a ese muchacho y estoy muerta de miedo. Soy tres veces más vieja, tres veces más gorda y hasta tres veces más negra que él. Prueba de reír otra vez. Sabes que él me hará más daño del que yo te hago a ti. No me dejes.

Entonces suena el timbre. Shug se seca la cara y va a abrir la puerta. Se quedan fuera. Al poco rato, oigo arrancar un coche. Yo subo a acostarme. Pero esta noche no viene el sueño.

Reza por mí.

Tu hermana,

Celie.

*

Querida Nettie:

Lo único que me mantiene con vida es ver cómo pelea Henrietta con su

enfermedad. Y qué manera de pelear la suya. Cada vez que tiene un ataque, da unos gritos que despertarían a un muerto. Nosotros hacemos lo que tú dices que hacen los africanos. Le damos ñames todos los días. Lo malo es que a ella no le gustan los ñames y no tiene el menor reparo en que lo notemos. De varios kilómetros a la redonda viene la gente con platos de ñame disfrazado. Ñames con huevo, ñames con galletas, ñames con asado de cabra. Y sopa. Dios, la gente hace sopa de cualquier cosa menos de suela de zapato, para disimular el sabor. Pero Henrietta dice que lo huele y es capaz de tirar el plato por la ventana. Nosotros le decimos que, dentro de poco, estará tres meses sin probar los ñames, pero ella contesta que nunca llegará ese día. Y, mientras tanto, tiene todas las articulaciones hinchadas, arde de fiebre y dice que le parece que tiene la cabeza llena de blancos dando martillazos.

A veces, cuando voy a ver a Henrietta, me encuentro con Mr. ————. También él se inventa recetas misteriosas. Por ejemplo, un día camufló los ñames en manteca de cacahuete. Nos sentamos delante del fuego con Harpo y Sofia y jugamos un par de manos de whist, mientras Suzie Q. y Henrietta escuchan la radio. A veces, él me lleva a casa en su coche. Aún vive en la misma casita. Lleva allí tanto tiempo que ya se parecen. Hay en el porche dos sillas de respaldo recto, vueltas de cara a la pared y, en la barandilla, macetas de flores. Pero ahora la tiene siempre pintada de blanco. Y nunca adivinarías lo que colecciona. Conchas. Dice que le gustan. Las tiene de todas clases, de tortuga, de caracol y conchas del mar.

En realidad, por las conchas me hizo entrar otra vez en la casa. Le estaba diciendo a Sofia que había recibido una concha que si te la arrimas al oído puedes oír el mar. Y fuimos a verla. Era grande, pesada y moteada como una gallina. Sí, parecía que las olas rompían en tu oído. Ninguno de nosotros ha visto el mar, pero Mr. ———— ha leído cosas de él en los libros. También pide conchas que vienen en libros, y las tiene por todas partes.

No habla mucho mientras te las enseña, pero las va cogiendo una a una, como si acabara de recibirlas.

Hace tiempo, Shug tenía una concha marina, dice. Fue cuando nos conocimos. Era grande, blanca, en forma de abanico. ¿Aún le gustan las conchas?, pregunta.

No. Ahora le gustan los elefantes.

Él espera un poco y vuelve a poner las conchas en su sitio. Luego, me pregunta: ¿A ti te gusta algo en particular?

Los pájaros.

Es curioso. Cuando viniste a esta casa me recordabas un pájaro. Eras tan flaca. Y a la más mínima parecía que ibas a salir volando.

Así que te dabas cuenta, digo.

Me la daba. Pero era tan estúpido que no me paraba a pensarlo.

Bueno, aquello ya acabó.

Aún somos marido y mujer, me dice. Nooo. Nunca lo fuimos.

Tienes muy buen aspecto desde que estuviste en Memphis.

Shug me cuidaba muy bien. ¿Y cómo te ganabas la vida? Haciendo pantalones.

Ya me he dado cuenta de que toda la familia lleva pantalones hechos por ti. Pero, ¿quieres decir que lo has convertido en negocio?

Eso es. Pero empecé aquí, en tu casa, para no matarte.

Él mira al suelo.

Shug me ayudó a hacer el primer par, le digo.

Y entonces me echo a llorar como una tonta.

La verdad, Celie, ¿es que no te gusto porque soy un hombre?

Me sueno. Si les quitas los pantalones, todos los hombres me parecen ranas. Los mires como los mires, ranas y nada más.

Ya, dice él.

Cuando llegué a casa, me encontraba tan mal que no podía hacer más que echarme a dormir. Probé de trabajar en unos pantalones que estoy preparando para embarazadas, pero sólo pensar que alguien pueda estar embarazada me daba ganas de llorar.

Tu hermana,

Celie.

*

Querida Nettie:

El único papel del correo que Mr. — me ha dado nunca en propia mano es un telegrama del departamento de Defensa de los Estados Unidos. Dice que el barco en el que tú, los niños y tu marido veníais de África fue hundido por minas alemanas frente a las costas de un lugar llamado Gibraltar. Creen que os habéis ahogado todos. Además, el mismo día me devolvieron sin abrir todas las cartas que te he escrito durante estos años.

Estoy sola, en esta casa tan grande, tratando de coser. Pero, ¿de qué sirve coser? ¿De qué sirve nada? Seguir viviendo empieza a parecerme una carga tremenda.

Tu hermana,

Celie.

*

Queridísima Celie:

Tashi y su madre han huido. Se han ido con los mbeles. Samuel, los niños y yo hablábamos de ello ayer mismo y descubrimos que ni siquiera sabemos con seguridad que los mbeles existan. Lo único que sabemos es que viven en plena selva, acogen a los fugitivos, hostigan a los plantadores y persiguen su destrucción o, por lo menos, su expulsión del continente.

Adam y Olivia están desconsolados, porque quieren mucho a Tashi, la echan de menos y hasta ahora de los que se han ido con los mbeles ninguno ha vuelto. Nosotros procuramos mantenerlos ocupados en el poblado, y como en esta época hay tanta malaria, no les falta trabajo. Al arrancar los campos de ñames que cultivaban los olinkas y obligarlos a comer cosas enlatadas, los plantadores les privaron de lo que les ayudaba a defenderse de la malaria. Claro que ellos esto no lo sabían, y sólo querían las tierras para el caucho; pero los olinkas han estado comiendo ñames durante miles y miles de años, para prevenir la malaria y combatir las enfermedades crónicas de la sangre. Y ahora, al faltarles los ñames, la gente —los pocos que quedan— enferman y mueren a ritmo alarmante.

A decir verdad, temo por nuestra propia salud y la de los niños. Pero dice Samuel que, por haber sufrido malaria durante los primeros años de estar aquí, tal vez nos libremos.

¿Y tú cómo estás, hermana? Llevo casi treinta años sin saber de ti. Quizás hayas muerto. A medida que se acerca el momento del regreso, Adam y Olivia no paran de hacer preguntas sobre ti, y son muy pocas las que puedo contestar. A veces les digo que Tashi me recuerda tu manera de ser y como para ellos no hay nadie mejor que Tashi, esto les alegra. Pero, ¿conservarás todavía el espíritu franco y leal de Tashi cuando volvamos a verte? ¿O lo habrás perdido a fuerza de embarazos y malos tratos de Mr. ———? Pero de esto no hablo con los niños, sólo con mi querido compañero Samuel, que me dice que no me aflija, que tenga confianza en Dios y fe en la fortaleza de mi hermana.

Ahora, después de todos estos años pasados en África, concebimos a Dios de otra manera. Más espiritual y más íntima. La mayoría de la gente piensa que Dios tiene que parecerse a algo o a alguien: a una planta para techar las chozas, o a Cristo. Nosotros, no. Y, al no atribuirle una apariencia, nos sentimos libres.

Cuando volvamos a América, hemos de hablar despacio de todo esto,

Celie. Y quizá Samuel y yo fundemos en nuestra comunidad una iglesia sin imágenes, en la que cada cual sea impulsado a buscar a Dios por sí mismo y en la que su creencia en que esto es posible sea robustecida por nosotros como creyentes.

Como puedes imaginar, aquí hay pocas diversiones. Leemos periódicos y revistas de América, o jugamos con los niños a juegos africanos. Enseñamos a los niños pasajes de las obras de Shakespeare: Adam está admirable de Hamlet, en el monólogo «Ser o no ser». Corrine tenía ideas muy concretas sobre lo que había que enseñar a los niños y procuraba que cada libro bueno que se anunciaba en el periódico pasara a formar parte de su biblioteca. Están informados de todo, y no creo que les choque la sociedad norteamericana, aparte lo que se refiere al odio a los negros, que se trasluce claramente en todas las noticias. Pero me preocupa su independencia de criterio —en esto son muy africanos—, su franqueza y su subjetividad. Y seremos pobres, Celie, y tardaremos muchos años en poder comprarnos una casa. ¿Cómo reaccionarán ante la hostilidad de la gente, después de criarse aquí? Cuando los imagino en América, los veo mucho más jóvenes que aquí. Más ingenuos. Lo peor que hemos tenido que sufrir aquí es la indiferencia y cierta superficialidad en nuestras relaciones personales, aparte las que mantenemos con Catherine y Tashi. Y es que, al fin y al cabo, los olinkas saben que un día nosotros nos iremos, y ellos tienen que quedarse. Y, desde luego, en esto no tiene nada que ver el color. Pero...

Querida Celie:

Anoche tuve que interrumpir la carta porque Olivia entró a decirme que Adam ha desaparecido. Tiene que haber ido a buscar a Tashi.

Reza para que no le pase nada.

Tu hermana,

Nettie.

*

Queridísima Nettie:

A veces pienso que Shug nunca me ha querido. Me miro desnuda al espejo. ¿Qué podía querer?, me pregunto. El pelo, corto y encrespado, porque, desde que Shug me dijo que le gustaba así, dejé de alisármelo. La piel, oscura. La nariz, como tantas. Los labios, unos labios. El cuerpo, acusando la edad como el de cualquiera. Nada especial. Ni rizos color de miel, ni figura graciosa, ni nada que sea joven y fresco. A no ser el corazón, que no para de sangrar.

Hablo mucho sola, delante del espejo. Celie, me digo, en tu caso la felicidad fue un camelo. Y es que, como nunca la conociste, creías que ya te

tocaba y que iba a durar. Hasta pensabas que los árboles estaban contigo. Y la Tierra. Y las estrellas. Pero, mírate ahora. Cuando Shug se fue, adiós felicidad.

De vez en cuando, recibo postal de Shug. Ella y Germaine, en Nueva York, en California o visitando a Mary Agnes en Panamá.

Mr. ——— parece ser el único que comprende lo que siento.

Sé que me odias por haberte apartado de Nettie, me dice. Y ahora ella ha muerto.

Pero no lo odio, Nettie. Y no creo que tú hayas muerto. ¿Cómo vas a estar muerta, si aún te siento? Puede que, lo mismo que Dios, ahora seas algo distinto y tenga que hablar contigo de otro modo, pero, para mí, no has muerto, Nettie. Y nunca morirás. A veces, cuando me canso de hablar conmigo, te hablo a ti. Y hasta pruebo de llegar a nuestros hijos.

Mr. ——— no puede creer que yo haya tenido hijos. ¿Con quién puedes tú haber tenido hijos?, me pregunta.

Con mi padrastro.

¿Quieres decir que él ha sabido siempre que te desgració?

Mr. ——— mueve la cabeza.

Se te hará raro que no lo odie, después de todo el mal que ha hecho. Y no lo odio por dos cosas. Una, que él también quería a Shug. Y dos, que Shug lo quería. Además, parece que ahora trata de ser de otra manera. No es sólo que trabaja y se organiza y aprecia esas cosas que Dios se permitió el capricho de hacer. Es que ahora te escucha cuando le hablas y un día, sin venir a cuento, me dijo: Celie: me alegro de haber aprendido por fin a vivir en este mundo una vida natural. Me parece algo nuevo.

Sofia y Harpo no se cansan de buscarme novio. Saben que quiero a Shug, pero piensan que las mujeres queremos así sin más y que cualquiera que esté a mano puede servir. No hay día que vaya a casa de Harpo en que no me presenten a un agente de seguros o un corredor de algo. Y Mr. ——— tiene que venir al rescate. Esta señora es mi esposa, le dice al hombre. Y el otro desaparece.

Nos sentamos, tomamos algo fresco y nos ponemos a hablar de cuando vivíamos con Shug. De cuando la traje a casa enferma. De aquella canción un poco perversa que ella cantaba. De los buenos ratos que pasamos en el club de Harpo.

Entonces ya te gustaba coser, me dice. Me acuerdo de los vestidos que le hacías a Shug.

Es que Shug sabía llevar la ropa, le digo.

¿Y te acuerdas de la noche en que Sofia le saltó las muelas a Mary Agnes?, me pregunta.

¿Cómo voy a olvidarla?

Pero de las desgracias de Sofia no hablamos. Todavía no podemos reímos de eso. Además, Sofia sigue teniendo problemas con esa familia. Es decir, problemas con Miss Eleanor Jane.

No tenéis idea de lo que he pasado con esa chica, dice Sofia. ¿Os acordáis de cómo me incordiaba cada vez que había disgustos en su casa? Pues luego me mareaba también cuando le pasaba algo bueno. Cuando pescó al que se casó con ella, vino corriendo. Oh, Sofia, quiero que conozcas a Stanley Earl. Y antes de que yo pudiera abrir la boca, tenía a Stanley Earl en mitad de la sala.

¿Cómo está, Sofia?, dice tendiéndome la mano con una gran sonrisa. Miss Eleanor Jane me ha hablado mucho de usted.

Me gustaría saber si le ha dicho que me obligaban a dormir en el sótano, dice Sofia. Pero no pregunto. Procuero ser educada y simpática. Henrietta pone la radio muy alta en la otra habitación y tengo que hablar casi a gritos para que me oigan. Ellos miran las fotos de los chicos y me dicen que están muy bien con el uniforme.

¿Dónde combaten?, pregunta Stanley Earl.

Ahora están aquí, en Georgia, pero pronto los mandarán a ultramar.

Me pregunta si sé adónde los destinarán, si a Francia, Alemania o al Pacífico.

Como no sé dónde está ninguno de esos sitios, le digo: No. Él dice que quería alistarse, pero que tiene que quedarse a dirigir la fábrica de algodón de su papá.

Porque el ejército tiene que vestirse para luchar en Europa. Lástima que no luche en África. Y se ríe. Miss Eleanor Jane sonrío. Henrietta pone la radio a tope. Dan una música ramplona de blancos que no sé a qué suena. Stanley Earl chasquea los dedos y lleva el ritmo con uno de sus enormes pies. Tiene una cabeza larga y estrecha, con el pelo muy corto, como pelusa, y los ojos azul celeste, que miran casi sin parpadear. Santo Dios, pienso.

Se puede decir que Sofia me crio, dice Miss Eleanor Jane. No sé qué hubiéramos hecho sin ella.

Es que por aquí a casi todos nos han criado personas de color. Por eso salimos tan buenos. Me guiña un ojo. Anda, bomboncito, le dice a Miss Eleanor Jane, tenemos que ahuecar.

Ella se levanta, como si la hubieran pinchado. ¿Cómo está Henrietta?,

pregunta. Y luego, en voz baja: Le he traído unos ñames tan bien escondidos que ni los olerá. Sale corriendo hacia el coche y vuelve con una cacerola de atún.

Bueno, dice Sofia, hay que decir en honor de Miss Eleanor Jane que sus platos casi siempre engañan a Henrietta. Y para mí eso vale mucho. Claro que a Henrietta no le digo quién los ha traído. Porque saldrían por la ventana. O los vomitaría.

Pero me parece que, por fin, chocaron Miss Eleanor Jane y Sofia. Y no por Henrietta, que no puede ver a Miss Eleanor Jane ni en pintura. Fue por el hijo de Miss Eleanor Jane, a quien su mamá siempre estaba restregando por las narices de Sofia. El pequeño Reynolds Stanley Earl era una casita gorda y blanca con muy poco pelo, como si tirara para la Marina.

¿No es un encanto el pequeño Reynolds?, pregunta Miss Eleanor Jane a Sofia. Mi papá está loco por él. Le entusiasma tener un nieto que es su vivo retrato y, además, lleva su mismo nombre. Sofia no dice nada y sigue planchando unos vestidos de Suzie Q. y Henrietta.

Y es tan listo. Mi papá no ha conocido a otro más listo. Y la mamá de Stanley Earl dice que es más despierto que Stanley Earl cuando tenía su edad.

Sofia tampoco dice nada.

Por fin Eleanor Jane lo nota. Pero tú ya sabes que hay blancos que no pueden dejarte en paz. Cuando se empeñan, tienen que sacarte un elogio aunque haya que matar a alguien.

Sofia está muy callada esta mañana, dice Miss Eleanor Jane, como si hablara con Reynolds Stanley. Él la mira con sus grandes ojos redondos.

¿No es un encanto?, vuelve a preguntar.

No se puede negar que está gordo, dice Sofia dando la vuelta al vestido que está planchando.

Y muy guapo, dice Miss Eleanor Jane.

No puede estar más rollizo, dice Sofia. Y alto.

Y, además, guapo, dice Eleanor Jane. Y muy listo. Lo levanta y le da un beso en la cabeza. Él se la frota y dice: Yiii.

¿No es el niño más listo que has visto nunca?

Tiene una buena cabeza, dice Sofia. Hay gente que le da mucha importancia al tamaño de la cabeza. Y no se puede decir que tenga mucho pelo. Va a tener frío este verano. Dobla el vestido y lo pone encima de una silla.

Es una criatura preciosa, lista, inocente. ¿Es que no lo quieres?, le pregunta a quemarropa a Sofia.

Sofia suspira, suelta la plancha y mira a Miss Eleanor Jane y a Reynolds Stanley. Henrietta y yo estamos en un rincón, jugando a cartas. Henrietta hace como si Miss Eleanor Jane no existiera, pero las dos oímos el ruido que hace la plancha cuando Sofia la deja. Es un sonido que tiene mucho del genio de antes y también del de ahora.

No, señora, dice Sofia. No quiero a Reynolds Stanley Earl. Ya está. Ha estado tratando de averiguado desde que nació. Ahora ya lo sabe.

Yo y Henrietta las miramos. Miss Eleanor Jane en seguida pone a Reynolds Stanley en el suelo y él empieza a gatear y a tirar cosas. Se va derecho al montón de ropa planchada y se lo echa encima. Sofia vuelve a doblar las cosas y se queda al lado de la tabla, agarrando la plancha. Sofia es el tipo de mujer que hace que cualquier cosa que tenga en la mano parezca un arma.

Eleanor Jane se echa a llorar. Ella siempre le tuvo cariño a Sofia. Si no es por ella, Sofia no hubiera aguantado en casa de su papá. ¿Yeso qué? Sofia nunca quiso estar allí. Ni dejar a sus propios hijos.

Ya es tarde para llantos, Miss Eleanor Jane, dice Sofia. Lo único que ahora podemos hacer es reír. Mírelo, dice. Y se ríe. Todavía no anda y ya está enredándose la casa. ¿Le he pedido yo que viniera? ¿Qué me importa a mí que sea un encanto? ¿Es que lo que yo piense de él va a influir en su manera de tratarme cuando sea mayor?

Tú no lo quieres porque se parece a mi papá, dice Miss Eleanor Jane.

Usted es la que no lo quiere porque se parece a su papá. A mí me da igual. Yo no lo quiero ni lo odio. Sólo me gustaría que no estuviera siempre incordiando.

¡Siempre incordiando! Sofia, si es un bebé. Aún no tiene un año y sólo ha estado aquí cinco o seis veces.

Pues a mí me parece que lleva un siglo en esta casa.

No te entiendo. A todas las otras mujeres de color que conozco les gustan los niños. Tú eres muy rara.

A mí me gustan los niños. Pero todas esas mujeres de color que dicen que les gusta Reynolds Stanley mienten. No les gusta más que a mí. Pero si es usted tan indiscreta como para preguntarles eso, ¿qué quiere que le contesten? Hay gente de color que les tiene tanto miedo a los blancos que hasta diría que le gusta la desmotadora.

¡Pero si es un niño!, exclama Miss Eleanor Jane, como si esto lo explicara todo.

¿Qué quiere de mí? Yo le tengo afecto a usted porque, de todas las personas que vivían en casa de su papá, usted era la única que me trataba con humanidad. Pero también era la única a la que yo trataba así. A usted le tengo buena voluntad, pero a sus parientes no puedo darles más que lo que ellos me den a mí. Y no siento nada por ese niño.

Reynolds Stanley ha venido hasta el catre de Henrietta y trata de montarse en el pie. Luego, le muerde la pierna y Henrietta coge una galleta del alféizar de la ventana y se la da.

Yo pensaba que tú eras la única persona que me quería. Mamá sólo quería a Junior, que era el preferido de papá.

Ahora tiene usted a su marido.

Me parece que él prefiere a su fábrica. A las diez de la noche todavía está allí, trabajando. Y cuando no trabaja se va a jugar al póquer con los amigos. Mi hermano lo ve más que yo.

Quizá debería usted dejarlo, dice Sofia. Tiene familia en Atlanta. Vaya a vivir con ellos. Póngase a trabajar.

Mis Eleanor Jane se echa el pelo atrás, y hace como si no la hubiera oído. Es una barbaridad.

Yo tengo mis problemas, dice Sofia. Y cuando Reynolds Stanley sea mayor, él será uno de ellos.

Eso no. Yo soy su madre, y no permitiré que trate mal a la gente de color.

¿Y qué ejército va a ayudarla?, pregunta Sofia. La primera palabra que él diga no la habrá aprendido de usted.

¿Me estás diciendo que no voy a poder querer a mi propio hijo?; pregunta Miss Eleanor Jane.

No, dice Sofia; le estoy diciendo que yo no voy a poder querer a su hijo. Usted puede quererlo cuanto se le antoje. Pero prepárese a sufrir las consecuencias. Así es como vive la gente de color.

El pequeño Reynolds Stanley babea en la cara de Henrietta, tratando de darle un beso. Yo estoy viendo que ella lo va a dejar tonto de un manotazo. Pero se está muy quieta y le deja explorar. El parece querer mirar dentro de sus ojos. Luego, se le sienta en el pecho y se ríe, coge una carta y se la da a morder.

Sofia se lo lleva.

No me molesta, dice Henrietta. Me hacía cosquillas.

Me molesta a mí, dice Sofia.

Bueno, dice Miss Eleanor Jane, tomando al niño en brazos, aquí no nos quieren. Lo dice con mucha pena, como si no tuviera otro sitio adonde ir.

Gracias por todo lo que ha hecho por nosotros, dice Sofia. Ella tampoco está muy contenta y tiene agüilla en los ojos. Cuando se han ido Miss Eleanor Jane y Reynolds Stanley, dice: En semejantes momentos es cuando veo que este mundo no lo hicimos nosotros. Y esa gente de color que dice que todos tenemos que amamos los unos a los otros es que no se ha fijado en lo que dice.

¿Y ahora qué?

Bien, tu hermana está demasiado loca para matarse. Hay veces que me pongo a morir, pero ya he estado a morir antes de ahora, ¿y qué pasó? Tuve una estupenda hermana que se llamaba Nettie. Tuve una estupenda amiga que se llamaba Shug. Tuve unos estupendos hijos que se criaron en África, cantando canciones y escribiendo versos. Los dos primeros meses fueron un infierno, a qué negado. Pero ya han pasado los seis meses y Shug no ha vuelto. Ahora procuro que mi corazón aprenda a no desear lo que no puede tener.

Además, ella me dio muchos años buenos. Ahora, en su nueva vida, está aprendiendo cosas nuevas. Ella y Germaine viven con uno de sus hijos.

Querida Celie, me escribió: Yo y Germaine estamos en Tucson, Arizona, con uno de mis hijos. Los otros dos están vivos y han prosperado, pero no quieren verme. Alguien les ha contado que llevo mala vida. Éste dijo que quería ver a su mamá, a pesar de todo. Vive en una casa como hay tantas por aquí, que parece de barro (de adobe, dicen ellos), por lo que ya supondrás que estoy muy a gusto (sonríe). Mi hijo es maestro y trabaja en la reserva india. Lo llaman el blanco negro. Tiene una palabra para eso, que a él le molesta mucho. Pero, por más que trata de explicarles lo que siente, ellos, hacen como si no lo oyeran. Están tan hundidos que todo lo que les digan los de fuera los deja fríos. Todo el que no sea indio los tiene sin cuidado. Me apena verlo sufrir, pero es la vida.

Fue Germaine quien tuvo la idea de buscar a mis hijos. Él se daba cuenta de cómo me gustaba comprarle ropa y arreglarle el pelo. No me lo dijo para molestarme. Sencillamente, me hizo ver que el saber de mis hijos me haría sentirme mejor.

Este hijo con el que vivimos se llama James. Su mujer, Cora Mae. Tienen dos hijos, Davis y Cantrell. Él dice que se le hacía extraño que su mamá (mi mamá) fuera tan vieja y ella y el abuelo, tan serios y estrictos en sus costumbres. De todos modos, dice, recibió de ellos mucho cariño.

Sí, hijo, le digo yo, tenían mucho cariño que repartir. Pero yo necesitaba cariño y tolerancia. Y de esto andaban escasos.

Hace ya nueve o diez años que murieron, me dice. Pero a todos nos dieron estudios, dentro de lo que cabía.

Tú sabes que yo casi nunca me acordaba de mis padres. Reconozco que soy bastante despegada. Pero ahora que han muerto y veo lo bien que les va a mis hijos, pienso mucho en ellos. Puede que cuando vuelva les lleve unas flores a la tumba.

Oh, sí, ahora me escribe casi todas las semanas. Cartas largas, hablando de cosas que ella creía haber olvidado, y del desierto, de los indios y de las montañas. Me gustaría viajar con ella, pero doy gracias a Dios de que por lo menos ella pueda hacerlo. A veces me enfado y me dan ganas de arrancarle el pelo. Pero luego pienso que también Shug tiene derecho a la vida. Y a correr mundo en compañía de quien se le antoje. El que yo la quiera no le quita ningún derecho.

Lo único que me duele es que no dice nada de volver. Y yo la echo de menos. Tanto echo de menos su amistad que, aunque se trajera a Germaine, yo los recibiría a los dos con los brazos abiertos, o moriría en el intento. ¿Quién soy yo para decirle a quién ha de querer? Lo mío es querer y nada más.

El otro día, Mr. ——— me preguntó por qué quería tanto a Shug. Él dice que la quiere por su clase. Dice que Shug tiene más hombría que muchos hombres. Yo, porque es sincera y leal. Dice lo que piensa, caiga quien caiga, dice él. Shug es de las que pelean. Lo mismo que Sofia. Tiene que vivir su vida y ser ella misma, pese a todo.

Mr. ——— piensa que esto es propio de hombres. Pues Harpo no es así, le digo. Ni tú tampoco. Lo que le pasa a Shug es que es muy mujer, me parece a mí. Lo mismo que Sofia.

Sofia y Shug no son como los hombres, dice él. Pero tampoco como las mujeres.

Querrás decir que no son como tú ni como yo.

Ellas hacen su voluntad, dice él. Es diferente.

Lo que más me gusta de Shug es lo que ha vivido. Cuando la miras a los ojos, te das cuenta de que ha estado donde ha estado y ha visto lo que ha visto y ha hecho lo que ha hecho. Y que ahora sabe.

Es verdad, dice Mr. ———.

Y, como no andes listo, te lo suelta.

Amén, dice él. Y entonces dice algo que me choca, por lo profundo y lo

sensato. Cuando se trata de lo que dos personas hacen con su cuerpo, dice, la opinión de cualquiera vale tanto como la mía. Pero si hablamos del amor, ahí no valen opiniones. Porque yo sé lo que es. Yo he amado y he sido amado. Y bendigo a Dios por haberme dado suficientes luces para saber que al amor no hay quien lo pare, por más que algunos gruñan y protesten. No me sorprende que tú quieras a Shug Avery. Yo la he querido toda mi vida.

¿Quién te ha abierto los ojos?

Nadie. La experiencia. Más tarde o más temprano, todos acabamos por tenerla. Para eso, lo único que hay que hacer es ir viviendo. Y yo empecé a adquirirla cuando le dije a Shug que era verdad que te pegaba porque tú eras tú y no eras ella.

Eso le dije yo también.

Ya lo sé, y no te lo reprocho. Si una mula pudiera decir a la gente cómo la tratan, lo diría. Pero hay mujeres a las que les gusta oír decir a su hombre que pega a su esposa porque no es la otra. Eso le ocurría a Shug con Annie Julia. Entre los dos destrozamos a mi primera mujer. Era un escándalo. Pero ella no se lo dijo a nadie. Tampoco tenía a quién. Después de casarla, su familia hizo como si la hubieran echado a un pozo. La borraron del mapa. Yo no la quería. Yo quería a Shug. Pero mi padre era el que mandaba y me casó con quien quiso.

Pero Shug a ti te defendió. Me dijo: Albert, has maltratado a alguien a quien quiero. Hemos terminado. Yo no podía creerlo. Y es que estábamos locos el uno por el otro. Perdona, Celie, pero es la verdad. Yo traté de echado a broma, pero ella hablaba en serio.

¿Cómo puedes querer a esa tonta de Celie?, le pregunté. Es fea y flaca y no te llega ni a la suela del zapato. No sabe ni joder.

¿Por qué se lo diría? Por lo que ella me ha contado, dijo Shug, no merece la pena. Tú haces el amor como los conejos. Y no eres muy limpio. Al decido, arrugaba la nariz.

Te hubiera matado, dijo Mr. ———. Y te pegué más de una vez. No comprendía cómo tú y Shug podíais llevaros tan bien, y eso me dolía. Mientras te trató con desprecio, yo lo comprendía. Pero cuando empecé a ver que os pasabais el día peinándoos la una a la otra, me consumía.

Ella todavía te quiere, le digo.

Sí, como a un hermano.

¿Y qué tiene de malo? ¿Es que sus hermanos no la quieren?

Son unos imbéciles. Como yo era antes.

Bueno, llega un momento en que todos hemos de empezar a cambiar si queremos mejorar. Y nuestra propia persona es lo que tenemos más a mano.

Me apena que te dejara, Celie. Recuerdo lo que sentí cuando me dejó a mí.

Y el muy granuja me abrazó, allí en el porche, y se quedó muy quieto. Al rato, yo doblé el cuello que tenía rígido y me apoyé en su hombro. Aquí nos tenéis, pensaba yo, dos viejos estúpidos, privados del amor, que se consuelan el uno al otro a la luz de las estrellas.

Otras veces me pregunta por mis hijos.

Le he dicho lo que tú me cuentas, que los dos llevan unas túnicas largas, como vestidos. Eso fue el día que vino a verme y me encontró cosiendo y me preguntó qué tenían mis pantalones de particular.

Que cualquiera puede llevarlos.

Hombres y mujeres no deben vestir igual. Los pantalones tienen que llevados los hombres.

Eso tendrías que decírselo a los africanos.

¿Decirles, qué? Es la primera vez que piensa en lo que hacen los africanos.

Ellos usan la ropa que les es más cómoda con el calor de África. Los misioneros tienen ideas propias, claro. Pero, si pueden elegir, los africanos llevan mucha ropa o muy poca. Aunque tanto a los hombres como a las mujeres les gustan los vestidos bonitos.

Antes dijiste túnica.

Túnica, vestido, lo mismo da. Pero nada de pantalones.

¡Que me aspen!

Y, en África, los hombres también cosen.

¿Sí?

Sí. No son tan atrasados como los de aquí.

Cuando era chico, me gustaba coser con mi mamá, porque ella siempre estaba cosiendo. La gente se reía. Pero a mí me gustaba.

Aquí nadie se reirá de ti, le digo. Anda, ayúdame a pegar estos bolsillos.

Es que no sé.

Yo te enseñaré.

Ahora nos sentamos en el porche a coser, charlar y fumar una pipa.

¿Tú sabías que en África, donde viven Nettie y los niños, la gente cree que

los blancos son hijos de los negros?

Noo, me dice, como si le interesara mucho, pero, en realidad, está pensando en el sesgo de la puntada siguiente.

A Adam le pusieron otro nombre nada más llegar. Decían que los misioneros que habían estado allí antes de que llegaran Nettie y los demás les contaron la historia de Adán según los blancos y todo lo que saben los blancos. Pero ellos ya conocían la historia de Adán según los negros. Y de mucho antes.

¿Y ese Adán de los africanos, quién era?

El primer hombre blanco. Pero no el primer hombre. Dicen ellos que es una tontería creer que uno sabe quién fue el primer hombre. Pero todos se fijaron en el primer hombre blanco por ser blanco.

Mr. ——— frunce el entrecejo, mira los diferentes colores de hilo que tenemos, enhebra la aguja, se moja el dedo y hace un nudo.

Dicen que, antes de Adán, todos eran negros. Hasta que, un día, una mujer a la que mataron en seguida, trajo al mundo ese niño descolorido. Al principio pensaron que era por algo que la madre había comido. Pero luego nació otro niño blanco y algunas mujeres empezaron a tener gemelos. Y la gente mataba a todos los niños blancos y a los gemelos. Así que Adán ni siquiera fue el primer blanco. Fue sólo el primer blanco al que no mataron.

Mr. ——— me mira pensativo. En realidad, si te fijas, no es feo. Y se le está poniendo una cara muy expresiva.

Bueno, le digo, tú ya sabes que, aún hoy, los negros tienen lo que se llama albinos. Pero los blancos nunca han tenido hijos negros si antes no ha habido algún negro de por medio. Y, por aquel entonces, cuando ocurrieron estas cosas, en África no había blancos.

Así que cuando los olinkas se enteraron, por los misioneros blancos, de la historia de Adán y Eva y de cómo Dios los echó del Edén, se quedaron muy intrigados, porque después de expulsar de la aldea a los niños olinka blancos no habían vuelto a acordarse del asunto. Dice Nettie que los africanos son olvidadizos. Y, otra cosa: no les gusta lo que es diferente. Ellos quieren que todo el mundo se parezca y obre del mismo modo. O sea, que un blanco hubiera durado poco. Dice que los africanos echaron a los olinkas blancos por su aspecto y a todos nosotros, los que después nos convertimos en esclavos, nos echaron por nuestro modo de obrar. Parece ser que, por más que nos esforzábamos, no acertábamos. Bueno, ya conoces a los negros. No se puede con ellos. No hay quien los gobierne. Todos tienen un rey en el cuerpo.

Pero hay más, digo a Mr. ———. Cuando los misioneros les hablaron de

que Adán y Eva estaban desnudos, los olinkas casi se ríen en su cara. Y mucho más cuando los misioneros trataron de hacer que se vistieran. Los olinkas explicaban a los misioneros que habían sido ellos los que habían echado de la aldea a Adán y Eva por estar desnudos. Porque, en su lengua, blanco quiere decir desnudo. Decían que basta mirar a un blanco para saber que está desnudo, y que los negros no pueden estar desnudos porque no son blancos.

Claro, dice Mr. ————. Pero estaban totalmente equivocados.

Sí. Lo demuestra la historia de Adán y Eva. Lo que hicieron los olinkas es echar a sus propios hijos porque eran diferentes.

Apuesto a que hoy aún hacen lo mismo, dice Mr. ————.

Oh, por lo que cuenta Nettie, esos africanos son tremendos. Pero ya sabes lo que dice la Biblia, que la fruta nunca cae lejos del árbol. Y, otra cosa. ¿Sabes quién dicen ellos que es la serpiente?

Nosotros, seguro.

Exacto. Los blancos juraron vengarse de sus padres. Estaban tan furiosos porque les habían echado y les habían dicho que estaban desnudos que decidieron aplastarnos allí donde nos encontrarán, como a una serpiente.

¿Tú crees?, me pregunta Mr. ————.

Eso es lo que dicen los olinkas. Y dicen también que así como conocen la historia de antes de que empezaran a llegar los niños blancos, conocen también el futuro, cuando se haya ido el más grande de todos ellos. Dicen que seguirán estando tan furiosos porque se les echara que empezarán a matarse unos a otros. Y que matarán también a gente de color. A tantos matarán que la gente los odiará como ellos nos odian hoy a nosotros. Y ellos se convertirán en la nueva serpiente. Y todos los blancos serán aplastados por los que no sean blancos, como ellos nos aplastan hoy a nosotros. Y algunos olinkas piensan que todo esto se repetirá una y otra vez sin acabar nunca. Y que cada millón de años pasará algo en la Tierra y la gente cambiará de aspecto. Es posible que nazcan niños con dos cabezas y los de una cabeza los echen. Pero otros no piensan así. Piensan que, cuando el más grande de los blancos ya no esté en la Tierra, la única manera de evitar que alguien le toque hacer de serpiente es que todos acepten a todos como hijos de Dios, o como hijos de una madre, sean como sean y hagan lo que hagan. Y, a propósito de la serpiente.

¿Qué?, pregunta él.

Los olinkas la adoran. Dicen que quién sabe si no será un pariente y que, sin duda, es la cosa más lista, más limpia y más rápida que han visto.

Esa gente debe de tener mucho tiempo para pensar, dice Mr. ————.

Nettie asegura que eso de pensar se les da muy bien. Pero piensan tanto en los miles de años que sus apuros les cuesta vivir de un año para otro.

¿Y qué nombre le pusieron a Adam?

Algo así como Omatangu. Significa hombre que no está desnudo, cercano al primero que hizo Dios que supo lo que era. Porque, antes del primer hombre, hubo otros muchos. Sólo que éstos no sabían que eran hombres. Ya sabes lo que tardan algunos en enterarse de las cosas.

Lo que yo he tardado en descubrir lo agradable que es charlar contigo. Y se ríe.

Ya sé que él no es Shug, pero es alguien con quien poder hablar.

Y, por más que el telegrama decía que te habías ahogado, yo sigo recibiendo tus cartas.

Tu hermana,

Celie.

*

Querida Celie:

Después de dos meses y medio, ¡Adam y Tashi han vuelto! Adam alcanzó a Tashi, a su madre y a varias personas del poblado que iban con ellas cerca de la aldea en la que había estado la misionera blanca, pero Tashi no quería ni pensar en volver, y tampoco Catherine, por lo que Adam decidió acompañadas al campamento de los mbeles.

¡Aquello es un Jugar extraordinario!, dice.

En África, Celie, existe una enorme depresión del terreno llamada la Gran Fosa, pero está al otro lado del continente. Según Adam, hay otra «pequeña» fosa en nuestro lado, de varios miles de hectáreas de ancho y más profunda que la grande, que abarca millones de hectáreas. Es un lugar tan profundo que, según Adam, sólo puede verse desde el aire, y aun así debe de parecer un cañón cubierto de vegetación. Pues bien, en este cañón viven un millar de personas de varias docenas de tribus africanas. Hay hasta un negro de Alabama: Adam lo jura. Hay varias granjas, una escuela, una enfermería y un templo. Y guerreros —hombres y también mujeres— que salen en misiones de sabotaje contra las plantaciones de los blancos.

Pero todo esto debía de parecerles más hermoso al contado que mientras lo vivían, porque —o poco conozco a Adam y Tashi— o mientras estuvieron allí no pensaban más que el uno en el otro.

Tendrías que haberlos visto cuando llegaron al poblado. Venían sucios

come; cerdos y con todo el pelo enmarañado. Exhaustos y apestosos, muertos de sueño. Sabe Dios. Pero discutiendo.

No te creas que porque he vuelto voy a casarme contigo, decía Tashi.

Claro que te casarás, respondió Adam airadamente pero bostezando. Se lo prometiste a tu madre. Y yo se lo prometí también.

En América nadie me querrá.

Yo te querré.

Olivia corrió a abrazar a Tashi y empezó a preparar comida y un baño.

Anoche, después de que Adam y Tashi durmieran durante casi todo el día, celebramos consejo de familia. Nosotros les dijimos que, puesto que muchos de los nuestros habían ido a unirse a los mbeles y los plantadores estaban trayendo a obreros musulmanes del Norte, habíamos decidido volver a casa dentro de unas semanas.

Adam anunció su propósito de casarse con Tashi.

Tashi anunció su propósito de no casarse.

Luego, con su sencillez y su franqueza habituales, nos explicó sus razones. La principal era que, por las marcas que tenía en las mejillas, los norteamericanos la mirarían como a una salvaje y la despreciarían, a ella y a los hijos que ella y Adam pudieran tener. Que había visto las revistas que recibimos de América y sabía que los negros norteamericanos no admiraban precisamente a los que tenían la piel tan oscura como ella; y mucho menos a las mujeres. Se blanquean la cara, dijo, y se cuecen el pelo para parecer desnudos.

Además, agregó, me da miedo que Adam se enamore de una de esas mujeres de cara desnuda y me deje. Y entonces no tendría patria, ni tribu, ni madre, ni marido, ni hermano.

Pero tendrías una hermana, dijo Olivia.

Entonces habló Adam. Pidió perdón a Tashi por su estúpida reacción ante las marcas y por la repugnancia que sintió por el rito de iniciación al que ella se sometiera y le prometió que en América tendría patria, tribu, padres, hermana, marido, hermano y amante y que estaba decidido a correr su misma suerte.

Oh, Celie.

Al día siguiente, nuestro muchacho se presentó a nosotros con unas marcas en las mejillas idénticas a las de Tashi.

Son tan felices, Celie, tan felices. Tashi y Adam Omatangu.

Samuel los casó, naturalmente, y toda la gente que quedaba en el poblado vino a desearles felicidad y abundancia de hojas para el techo. Olivia fue madrina de la novia y un amigo de Adam —un hombre demasiado viejo para irse con los mbeles—, el padrino. Partimos inmediatamente después de la boda en un camión que nos llevó a un puerto natural en el que embarcamos.

Dentro de unas semanas estaremos todos en casa.

Te abraza tu hermana,

Nettie.

*

Querida Nettie:

Últimamente, Mr ——— habla mucho con Shug por teléfono. Dice que cuando le contó que mi hermana y su familia habían desaparecido, ella y Germaine se fueron derechos al Departamento de Estado, para enterarse de lo ocurrido. Que dice Shug que la mata pensar lo que yo estaré sufriendo. Pero en el Departamento de Estado no sabían nada. Tampoco en el de Defensa. Es una guerra muy grande. Están pasando muchas cosas. Supongo que barco más o menos no les importa. Además, para esa gente los de color no cuentan.

De acuerdo. No saben nada, ni han sabido, ni sabrán. ¿Y qué? Yo sé que vienes camino de casa. Puede que yo tenga noventa años cuando llegues, pero espero verte un día de éstos.

Mientras, he contratado a Sofia para la tienda. El blanco que trabajaba para Alphonso sigue de encargado, pero he puesto a Sofia para que atienda a los clientes de color, porque nunca han tenido en las tiendas a nadie que los sirva y los trate con amabilidad. Sofia es muy buena para la venta, porque hace como si no le importara si compras o no. No es pesada. Luego, si te decides a comprar, te da un poco de conversación amable. Además, asusta al encargado blanco. Él tiene la costumbre de tutear y llamar «tiíta» o algo parecido a las mujeres negras. La primera vez que se lo dijo a Sofia, ella le preguntó si la hermana de su mamá se había casado con un negro.

Pregunto a Harpo si le molesta que Sofia trabaje.

¿Por qué iba a molestarme? A ella le gusta. Y yo puedo arreglarme muy bien en casa. De todos modos, Sofia ha buscado quien me ayude a cuidar a Henrietta.

Sí, dice Sofia. Miss Eleanor Jane se encargará de Henrietta y ha prometido llevarle algún plato especial cada dos días. Porque los blancos tienen muchas máquinas en la cocina. Ella bate los ñames con todo lo que puedas imaginarte. La semana pasada hizo helado de ñame.

Pero, ¿qué ha pasado?, le pregunto. Creí que ya no os hablabais.

Oh, es que por fin se le ocurrió preguntar a su mamá por qué entré a trabajar en su casa.

Pero no creo que dure mucho, dice Harpo. Ya las conoces.

¿Lo sabe su familia?, pregunto.

Lo sabe, dice Sofia. Y están como ya te puedes figurar. ¿Cómo puede una mujer blanca trabajar para unos sucios negros? gruñen. ¿Cómo pudo una mujer como Sofia trabajar para la chusma blanca?, pregunta ella.

¿Y trae a Reynolds Stanley?

Henrietta dice que no molesta.

Pero, si los hombres de la casa están en contra, lo dejará, dice Harpo.

Que lo deje, dice Sofia. No está trabajando por mi salvación. Y, si no comprende que tiene que juzgar por sí misma, no sabrá ni lo que es vivir.

Bueno, siempre me tienes a mí, dice Harpo. Y yo aplaudo todos tus juicios. Se acerca y le da un beso donde le cosieron la nariz.

Sofia echa la cabeza atrás. En la vida todos acabamos por aprender algo. Se ríen los dos.

A propósito de aprender. Un día me dijo Mr.——— mientras cosíamos en el porche. Yo empecé a aprender hace muchos años, cuando me sentaba en mi porche, mirando por encima de la barandilla.

Estaba hundido. Sí, hundido. Y no podía comprender qué hacíamos en este mundo si la vida no servía más que para damos malos tragos. Shug Avery era lo único que yo le pedía a la vida. Pero no tuve a Shug Avery. Tuve a Annie Julia. Después a ti. Y a esos condenados chiquillos. Y Shug tuvo a Grady y quién sabe a cuántos. Pero ella salió mejor librada. A ella la ha querido mucha gente, y, a mí sólo Shug.

Es difícil no querer a Shug, le digo. Ella sabe corresponder.

Cuando tú te fuiste, traté de hacer algo por mis hijos; pero ya era tarde. Bub estuvo conmigo un par de semanas. Me robaba dinero, se emborrachaba y se tumbaba a dormir en el porche. Las chicas, una liada con los hombres, y la otra, con la religión. No se puede hablar con ellas. Si abren la boca es para quejarse. Dan pena.

Si sientes pena es que no eres tan malo como crees.

En fin, ya sabes lo que pasa. Empiezas haciéndote una pregunta y luego te salen quince. Me preguntaba por qué necesitamos amor. Por qué sufrimos. Por

qué somos negros. Por qué somos hombres y mujeres. De dónde vienen realmente los hijos. No tardé en darme cuenta de que no sabía nada. Y, si te preguntas por qué eres negro, hombre o mujer o planta, a b fuerza has de preguntarte por qué estás aquí, sencillamente.

¿Qué crees tú?

Yo creo que estamos aquí para cavilar. Para preguntar. Y que, preguntándonos por las cosas grandes, encontramos respuesta para las pequeñas, casi por casualidad. Pero sobre las grandes te quedas como al principio. Y cuanto más cavilo y me pregunto, más amor siento.

Y, seguramente, los demás empiezan a sentido por ti.

Es verdad, dice, sorprendido. Harpo me quiere, creo. Y Sofia y los niños. Y hasta ese diablo de Henrietta me quiere un poco. Pero es porque sabe que, para mí, es un misterio tan grande como el del hombre en la Luna.

Mr. ——— está muy atareado diseñando una camisa que vaya con mis pantalones.

Ha de tener bolsillos, dice. Y mangas holgadas. Y debe ser una camisa que se lleve sin corbata. La gente con corbata parece como si los fueran a linchar.

Y entonces, cuando he descubierto que también puedo vivir contenta sin Shug, cuando Mr. ——— me ha pedido que vuelva a casarme con él, esta vez en cuerpo y alma y yo le he dicho: Noo, siguen sin gustarme las ranas, pero podemos ser amigos, Shug me escribe que vuelve a casa.

Vamos a ver, ¿no es vida esto?

Estoy tan serena.

Si viene, yo feliz. Si no, contenta.

Y entonces caigo en que puede que ésta sea la lección que yo tenía que aprender.

Oh, Celie, dice bajando del coche, vestida como una artista de cine, te eché de menos más que a mi mamá.

Nos abrazamos.

Vamos adentro, le digo.

La casa está preciosa, dice al ver su habitación.

Sabes cómo me gusta el rosa.

He pedido elefantes y tortugas.

¿Dónde está tu cuarto?

Al fondo del pasillo.

Vamos a verlo.

Aquí está, le digo, en la puerta. Todo en mi cuarto es púrpura y rojo, menos el suelo, pintado de amarillo chillón. Ella se va derecha a la rana púrpura que tengo en la repisa.

¿Qué es esto?

Una figurita que Albert talló para mí.

Me mira divertida. Yola miro. Nos reímos.

¿Y Germaine?, pregunto.

En la Universidad, dice. En Wilberforce. No podía permitir que se desperdiciara todo ese talento. Pero lo nuestro acabó. Ahora es como alguien de la familia. Como un hijo. O un nieto. ¿Qué habéis estado haciendo Albert y tú?

No mucho.

Conozco bien a Albert, y sé que habrá intentado algo, con lo guapa que te has puesto.

Cosemos y charlamos. ¿Y de qué va la charla?

¿Qué te parece?, pienso. Shug tiene celos. Ganas me dan de inventar un cuento para mortificarla. Pero no lo hago.

Hablamos de ti, le digo. De lo mucho que te queremos.

Ella sonrío, apoya la cabeza en mi pecho y lanza un suspiro muy largo.

Tu hermana,

Celie.

*

Querido Dios. Queridas estrellas, queridos árboles, querido cielo, querida gente. Querido Todo. Querido Dios:

Gracias por traerme a casa a mi hermana Nettie y a nuestros hijos.

¿Quién viene?, pregunta Albert mirando a la carretera. Se ve volar el polvo.

Yo, él y Shug estamos sentados en el porche, después de cenar. Charlando. O callados. Moviendo las mecedoras y espantando las moscas con el abanico. Shug ha dicho que no piensa volver a cantar en público, a no ser alguna noche en casa de Harpo. Que quizá se retire. Albert le pide que se pruebe la nueva camisa. Yo hablo de Henrietta. De Sofia. Del jardín y de la tienda. De cómo

van las cosas. Por la fuerza de la costumbre, como retales, a ver qué sale. Hace fresco para últimos de junio, y da gusto estar en el porche con Albert y Shug. Dentro de una semana, el cuatro de julio, pensamos celebrar una reunión familiar en el jardín de mi casa. Ojalá se mantenga fresco el tiempo.

Podría ser el cartero, digo. Pero conduce muy de prisa.

Podría ser Sofia, dice Shug. Es muy loca conduciendo.

Podría ser Harpo, dice Albert. Pero no es Harpo. El coche se ha parado debajo de los árboles del patio, y bajan unas personas vestidas como los viejos.

Un hombre alto con el pelo blanco y alzacuellos, una mujer bajita y llena, con unas trenzas grises en lo alto de la cabeza. Un hombre joven y alto y dos mujeres jóvenes de aspecto robusto. El del pelo blanco le dice algo al chófer, y el coche se va. Ellos se quedan parados al pie del sendero, rodeados de cajas, maletas y bultos de todas clases.

Yo tengo el corazón en la garganta y no puedo moverme.

Es Nettie, dice Albert poniéndose de pie.

Ellos nos miran. Miran la casa. El patio. Los coches de Shug y de Albert. Los campos. Y empiezan a subir por el sendero, muy despacio.

Yo estoy tan asustada que no sé qué hacer. Es como si se me hubiera atascado la cabeza. Quiero hablar y no me vienen palabras. Voy a levantarme y casi me caigo. Shug me da la mano. Albert me sujeta del brazo.

Cuando Nettie pisa el porche, me parece que me voy a morir. Vacilo entre Shug y Albert. Nettie se tambalea entre Samuel y el que tiene que ser Adam. Las dos nos echamos a llorar y avanzamos la una hacia la otra con los pies torpes, como cuando éramos pequeñas. Estamos tan débiles que, al abrazarme, caemos de rodillas. Pero, ¿qué nos importa? Nos quedamos abrazadas en el suelo.

Luego, ella dice: Celie.

Y yo digo: Nettie.

Pasa un rato. Vemos cantidad de piernas alrededor. Nettie no me suelta. Samuel, mi marido, dice señalando arriba. Olivia y Adam, nuestros hijos. Y Tashi, la esposa de Adam.

Yo señalo a los míos. Shug y Albert, digo.

Todos dicen: Encantado. Luego, Shug y Albert empiezan a repartir abrazos.

Yo y Nettie por fin nos levantamos, y yo abrazo a mis hijos. Abrazo a

Tashi. Y abrazo a Samuel.

¿Por qué tenemos que celebrar siempre una reunión familiar el cuatro de julio, con el calor que hace?, pregunta Henrietta en son de queja, frunciendo los labios.

Porque el cuatro de julio los blancos andan muy atareados festejando su independencia de Inglaterra, dice Harpo, y la mayoría de los negros no tienen que trabajar y pueden festejarse unos a otros.

Ah, Harpo, dice Mary Agnes bebiendo limonada, no sabía que estuvieras tan enterado de historia. Ella y Sofia preparan la ensalada de patatas. Mary Agnes ha venido a recoger a Suzie Q. Ha dejado a Grady y va a vivir en Memphis con su hermana y su mamá. Así tendrá quien cuide de Suzie Q. mientras ella trabaja. Dice que tiene muchas canciones nuevas y que aún puede cantar.

Al cabo de un tiempo de estar con Grady no podía ni pensar, dice. Además, él no es un buen ejemplo para una niña. Yo tampoco lo era, desde luego, fumando tanta hierba.

Todos están como embobados con Tashi. De las marcas no dicen nada, como si pensarán que eso es asunto personal, pero lo que sí dicen es que no imaginaban que las señoras africanas estuvieran tan bien. Hacen una hermosa pareja. Hablan un poco raro, pero ya nos vamos acostumbrando.

¿Cuál es la comida que prefieren en África?, preguntamos.

Ella, tímida, dice que barbacoa.

Todos nos reímos y le damos otro pedazo.

Yo me siento un poco rara con mis hijos. Y es que son ya muy mayores. Y veo que nos miran a mí, y a Nettie, y a Shug, y a Albert, y a Samuel, y a Harpo, y a Sofia, y a Jack y Odessa como si fuéramos muy viejos y no supiéramos muy bien lo que pasa. Pero a mí no me parece que seamos viejos, ni mucho menos. Y somos tan felices. En realidad, yo nunca me había sentido tan joven.

Amén.

